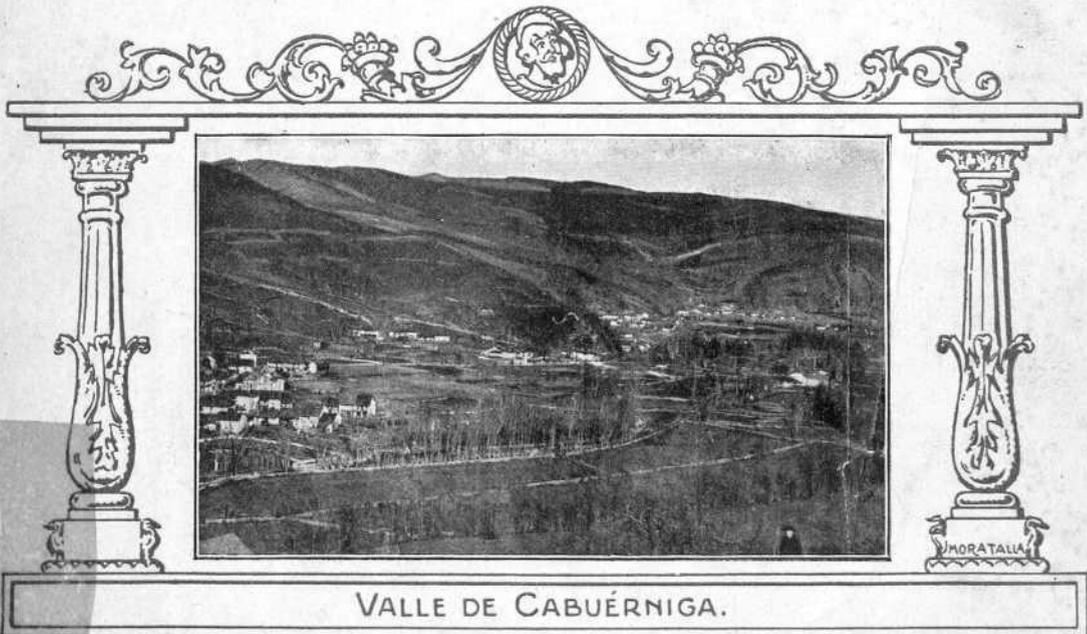




SEMBLANZA
DEL EMM.^o SR. CARDENAL
D. JOSÉ M.^a DE COS
ARZOBISPO D VALLADOLID
POR
EL OBIPO DE SALAMANCA



VALLE DE CABUÉRNIGA.

SALAMANCA—ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA, A CARGO DE MANUEL P. CRIADO.

SA
B
COS
die

200
SA
B
COS
die

IN MEMORIAM

DEL

Emmo. Sr. Cardenal D. José María de Cos

ARZOBISPO DE VALLADOLID



1037994

Tit. u. 32259

IN MEMORIAM

DEL

EMMO. SR. CARDENAL D. JOSE MARIA DE COS

ARZOBISPO DE VALLADOLID

SEMBLANZA

POR EL

Excmo. Sr. Dr. D. Julián de Diego y Alcolea

OBISPO DE SALAMANCA



SALAMANCA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA

A CARGO DE MANUEL P. CRIADO

—
1923



A mi muy venerable Hermano el Sr. D.
Julian de S.ago Alcala; Obispo de Astorga
atentissimo en la antigua caridad y constante
amistad

S. M. Cardenal de Cas,
Arzobispo de Valladolid

11. Diciembre
/ 911.



A GUIA DE PRÓLOGO



o han de holgar enteramente para el lector adventicio algunas palabras que expliquen el hecho insólito de que una obra escrita por egregio autor y que cuenta, antes de tomar individualidad bibliográfica, dos ediciones en la prensa diaria y en la de revistas (1), lleve, a guisa de prólogo, invirtiendo los términos naturales, unos cuantos párrafos de quien, a pesar de los años, no ha logrado aún salir del piso asaz inferior de la Literatura periodística.

Y como los que en ella andamos nos parecemos un poco a los sofistas griegos que tenían a gala defender lo indefendible, aún convendrá hacer el intento de justificar la audacia, alegando para ello motivos sentimentales con algunas razones de Historia y Geografía.

La razón geográfica es grandemente halagadora para todos mis paisanos, que hasta ahora contábamos ufanos entre los más preclaros hijos de la Alcarria a hombres tan eminentes por su sabiduría y su virtud, como el insigne "Cardenal de España,, D. Pedro González de Mendoza; al no menos insigne P. José de Sigüenza, fundador de la Biblioteca del Escorial, y que hoy podemos añadir a las glorias de aquella pintoresca región de España la

(1) *El Universo*, de Madrid, y *La Basílica Teresiana*, de Salamanca.

prócer figura del Dr. D. Julián de Diego y Alcolea, Patriarca de las Indias occidentales, a quien todos sus conterráneos debemos que el nombre de nuestra amada tierra vaya unido de hoy más a nombres tan sonoros y tan sonados en la Historia como los de Alejandría, Babilonia, Antioquía, Jerusalén, Roma, Venecia y Constantinopla.

Lo que pudiera llamarse razón histórica de estas palabras de prefacio, resume casi toda la evolución de los problemas sociales en España, desde que fueron definidos por Su Santidad el Papa León XIII (de siempre felicísima recordación), hace treinta y tres años, en su famosa encíclica *De conditione opificum* inspirada ciertamente por la Sabiduría Divina para iluminar al mundo en medio de las apocalípticas tragedias que había de sufrir en breve.

Pocos meses después de haberse promulgado el referido "Código social del siglo xx.", un corazón de inagotable generosidad servido por un entendimiento providencialmente previsor, dió albergue a un Círculo de Obreros, en un amplio edificio anejo a la histórica y preciosa capilla del Obispo, en el barrio más típico de Madrid. Allí fuimos los que a la sazón éramos jóvenes animosos con otros que aún no son viejos como Paco Silva, actual Marqués de Zahara, Pedro Pablo de Alarcón, Francisco González Rojas, Carlos Martín Alvarez y algunos más que luego han conquistado tantos triunfos en el ejercicio práctico del catolicismo social, y allí no sólo trabajábamos por la buena causa, sino que procurábamos penetrar en el espíritu de aquellas instituciones que llegaban a España ofreciendo grandes novedades y consoladoras esperanzas en el campo, entonces inexplorado, de la acción católica social.

Y desde luego nos sorprendía a todos ver con qué amable facilidad pasaba las veladas entre los obreros un sacerdote de persuasiva conversación, animado rostro

y finos modales, que a todos trataba con natural afabilidad y a quien consultaban siempre, con seguridad de fruto espiritual, así los obreros del Círculo como "los señoritos," que le visitaban.

Aquel modelo de consiliarios, que fué el primero en su orden, y cuya simpática figura se ve todavía clara, en los recuerdos viejos de un viejo recordador, más allá de la figura venerable del Obispo y de la excelsa de Príncipe de la Iglesia, era la del Dr. D. Julián de Diego y Alcolea, ahora Patriarca de las Indias por feliz acuerdo de nuestro Rey D. Alfonso XIII y de nuestro Papa Pío XI.

De aquel germen social, tan amorosamente cuidado por el ilustre sacerdote alcarreño, se deriva toda la espléndida organización de los obreros católicos en la España de hoy, y el amplio caserón de la Costanilla de San Andrés, donde se fundó el primer Círculo de Obreros en nuestra patria, es hoy, gracias a la perseverancia y a la generosidad sin límites de quien queda nombrado sin nombrarle, espléndida y artística Casa social católica de la capital de la Monarquía.

Los motivos sentimentales de esta introducción son harto dolorosos. D. Carlos Martín y Alvarez y el autor de estas líneas, recibieron la comisión tan honrosa como amarga, de representar a la Junta Central de Acción Católica en el entierro del Emmo. Sr. Cardenal D. José María de Cos, fallecido en Valladolid el 16 de Diciembre de 1919. Allí presenciarnos con el corazón atribulado, la inmensa manifestación de duelo que el fiel pueblo vallisoletano tributó a la memoria de su amadísimo Arzobispo en el mismo templo donde su eximio Pastor había gustado, siete años antes, los triunfos espirituales del primer Congreso Catequista español.

Terminada la triste ceremonia del entierro que había de dejar por algún tiempo huérfana de padre a la diócesis de Valladolid, nos reunimos en el Palacio Arzobis-

pal el Dr. D. Julián de Diego y Alcolea, a la sazón Obispo de Salamanca, D. Carlos Martín Alvarez y el autor de estas notas preliminares; y allí comentamos la enorme pérdida que acababan de sufrir la Iglesia y la Patria y allí apunté la idea de perpetuar en una monografía lo que significaba el Cardenal Cos, que, piadosamente pensando, habría ya recibido el premio de sus virtudes.

La indicación fué acogida benévolutamente, y animado por el éxito, me permití añadir:

—Ese trabajo nadie puede hacerlo tan bien como el Sr. Obispo, y las columnas de *El Universo* se honrarían con su publicación.

No necesitó más estímulo el generoso corazón del señor Obispo de Salamanca. Pocas semanas después el interesante original, escrito de *manu propria*, comenzó a publicarse en el diario católico que tengo el honor de dirigir y en *La Basílica Teresiana*, cuyas páginas encierran tantos tesoros artísticos y literarios.

Siendo para mí cuanto queda dicho motivo de inexcusable obligación para redactar este proemio, aún no hubiera salido de las obras en potencia remota, si no le hubiera sacado de la nada a la realidad del sér, la característica bondad del Sr. Patriarca de las Indias, que, además de permitir que estas páginas vayan antes que las suyas, tan apreciadas, me insta a que así lo haga, sin considerar acaso que, invirtiendo el orden natural de las cosas, alcanzará honores de prólogo por lo que tuviera a mucha honra ir detrás a manera de epílogo en calidad de humilde gacetilla a larga distancia del texto, por tantos motivos digno de loa, del Excmo. Sr. Dr. don Julián de Diego y Alcolea.

Vale que, según la liturgia de la Iglesia, en toda procesión van delante los acólitos para preparar el paso del que oficia de preste, cumpliéndose así una vez más la frase inspirada por el Espíritu Santo: "Los últimos son los primeros".

Y en lo que a este volumen se refiere, no hay necesidad de advertir la notoria verdad de tan clara afirmación.

* * *

Tampoco es necesario escribir largas disertaciones para ponderar el mérito de la preciosa monografía redactada por el Excmo. Sr. Dr. D. Julián de Diego y Alcolea, Patriarca de las Indias, *In memoriam* del Eminentísimo Sr. Cardenal D. José María de Cos, Arzobispo de Valladolid.

No se trata solamente de un mero acopio de datos biográficos cuidadosa y críticamente depurados por persona acostumbrada a moverse con soltura en los campos de la erudición al calor de una biblioteca tan copiosa y selecta como la que había ordenado el docto Prelado en el Palacio Episcopal de aquella ciudad maravillosa, cuyo nombre han hecho sinónimo de "sabiduría," los dichos populares y la historia de la civilización española; no se trata tampoco de unos párrafos de puro valor lírico fácilmente arrancados a cualquier persona culta sometida al estímulo creador de los grandes dolores morales, ni es tampoco el estudio del Sr. Patriarca de las Indias una mera expresión de gratitud para quien tanto le quiso porque pronto le conoció.

El trabajo a que me refiero es una hermosa semblanza de un insigne Príncipe de la Iglesia, escrita con datos de indubitada exactitud histórica, que han sido hábilmente intercalados en la narración de una vida ejemplar, contada con suavísima y comunicativa emoción por un testigo presencial de los sucesos de mayor importancia.

Descuella en esta obra la serena y difícil imparcialidad del historiador, que necesita haber vivido los acontecimientos para relatarlos con precisión, y necesita igualmente elevarse luego a las alturas de la crítica

para ver el panorama de la Historia, apreciando los hechos en la debida proporción, y formular, por último, con probidad el juicio y los comentarios.

El asunto de la obra es por demás interesante, porque es la vida de un magnate que edifica con su ejemplar sencillez.

El Dr. D. Julián de Diego y Alcolea, que conoce de sobra el valor histórico y moral de una biografía, sabe también que la más bella figura de un cuadro queda como forastera y sin ambiente, separándola del resto de la composición, y así ha procurado que la excelsa personalidad del Cardenal Cos se destaque vigorosamente sobre el fondo variado de cosas y personas que la dieron extraordinario relieve. Por esto una obra, al parecer, de puro interés individual, es un valioso documento para la Historia contemporánea de España y para la Historia de la Iglesia en nuestra patria.

Aparte de que un estudio biográfico de un Príncipe de la Iglesia es siempre de legítimo interés para todo el mundo civilizado.

Y como la vida del Cardenal Cos se extiende desde el reinado de D.^a Isabel II hasta el término de la Gran Guerra que ha perturbado al mundo, el estudio biográfico hecho por el Dr. D. Julián de Diego y Alcolea, ofrece todo el múltiple interés, a veces intensamente dramático, de una época que sólo ha sido constante en su inconstancia y en su vertiginoso variar.

Con la riqueza de contenido contrasta la apacible disposición del relato engastado en la alegoría, siempre nueva porque siempre es bella, de un astro de primera magnitud que aparece con luz tenue en el horizonte, que avanza gallardamente hasta el cenit, que declina con serena majestad hasta el ocaso y que desaparece cumpliendo inexcrutables designios en la insondable eternidad, dejando a los mortales una estela de aromas espirituales de suficiente virtud para permitirnos esperar

que los cielos sigan narrando las glorias del Señor que los sustenta.

Queda una sola palabra que añadir respecto a las condiciones literarias de *In memoriam*.

Líbreme Dios de juzgarlas para que no parezca del todo incongruente este pórtico iliterario, que tocaría en los límites de lo inverosímil, si tratándose de un Obispo, quisiera *confirmarlas* con las frases de alabanza que he recibido de los lectores de *El Universo* mientras estuve publicando en sus columnas esta meritísima monografía del Dr. D. Julián de Diego y Alcolea; pero sí conviene anotar "la ingenua sorpresa," de algunos que no habían estimado suficientemente hasta ahora las bellezas de estilo del que era entonces amadísimo Obispo de Salamanca.

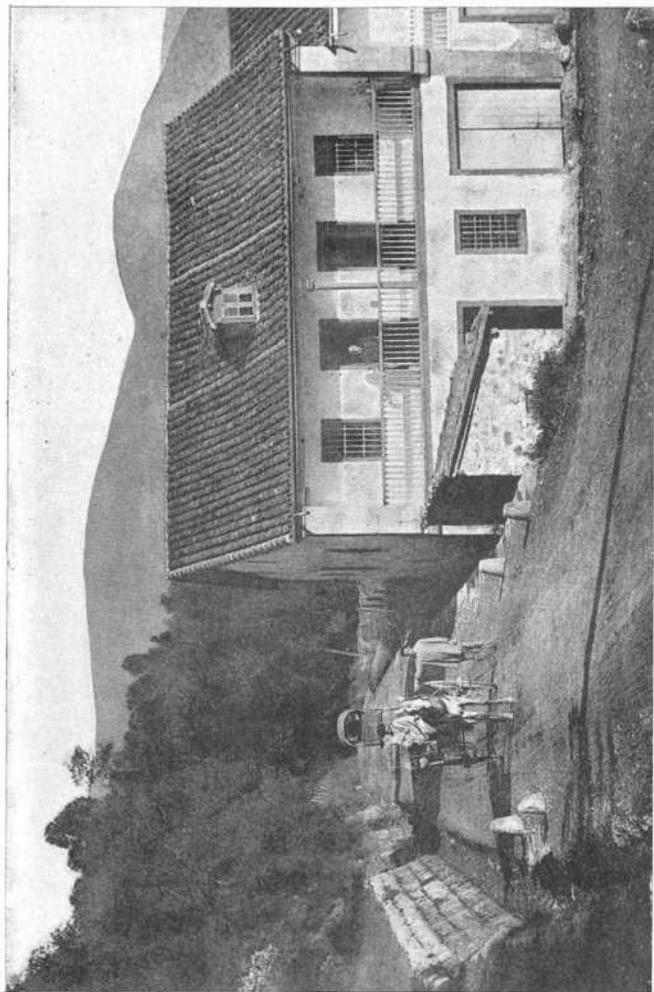
Bienaventurados ellos, en su apacible ignorancia, que acaso es completa porque no sepan tampoco que no hay miel en el mundo como la miel de la Alcarria, y que la famosa de Híbla ni de cerca se le parece...

* * *

Habiendo concluído con la paciencia del lector, fuerza será concluir agradeciendo al Sr. Patriarca de las Indias el honor inmerecido que me ha dispensado permitiéndome entrometer entre su nombre ilustre y el del insigne Cardenal Cos, el de este indigno foliculario.

RUFINO BLANCO

Madrid, 28 de Octubre de 1923.



Carretera del valle y casa en que nació el Cardenal Cos.



I

El amanecer.



s el valle de Cabuérniga uno de los más típicos de la Montaña. Extiéndese al pie de la sierra de Isar, que vierte en él multitud de arroyos que se despeñan de las alturas de Palombera y Cueto Cordel y rinden su caudal al río Saja, en cuyas orillas se agrupan los principales pueblos del valle. Abundan en ellos, tal vez más que en cualquiera otro del Occidente de Santander, las casas solariegas de ancha corralada, solana al Mediodía y escudo de armas bajo alero saledizo un tanto resquebrajado por los años, que evocan la sombra de aquel D. Robustiano Tres Solares y de la Calzada, de *Blasones y Talegas*, cuyos ilustres progenitores *fablaban al Rey sin homenaje* y adornaban su escudo con esta leyenda:

•Antes que nobles nacieran,
Antes que Adán fuera padre,
Por noble era insigne ya
La casa de Tres Solares•.

No faltan tampoco desmedradas casucas de sillares desconcertados, pero muy puestas, con escudo de armas sobre una desvencijada ventana, por cuyo hueco asoma el interior obscuro y ahumado de no muy cómoda vivienda. Por esto puede decirse que la hidalguía, tan extendida en la provincia de Santander, alcanza a la mayor parte de las familias de este valle.

De una de ellas nació el día 6 de Agosto de 1838 el que, andando el tiempo, había de ser Arzobispo de Valladolid y Carde-

nal de la Santa Iglesia Romana (1). Su padre, como tantos otros de las provincias del Norte, atendía al sustento de su familia, compuesta de seis hijos, de los que el más joven era el niño José María, siendo un poco labrador y otro poco ganadero, con sus puntas y ribetes de artesano, que tan pronto cultivaba sus tierras como cuidaba de sus novillas o echaba el asta a un *dalle*. Era, además, el padre del Cardenal Cos, un legítimo representante de aquella raza española de los pasados siglos, de recias y arraigadas creencias y honrados proceder, que hacen adivinar el arnés del caballero aun bajo la modesta indumentaria del labriego o del artesano, y puede asegurarse que en él no desmereció el cristiano y caballeresco mote que de antiguo orla el blasón de la familia Cos: *Pon la vida por la honra y la honra por el alma*.

Educado en las cristianas costumbres de su familia; asistiendo a la escuela del pueblo; oyendo con atención las explicaciones de una tía suya, mujer muy devota y lectora asidua del *Año Cristiano* y de otros libros piadosos, pasó su niñez el futuro Príncipe de la Iglesia, el cual, al llegar a la edad de doce años, era un niño de figura tan atrayente y simpática, que se captaba el cariño de todos los que le trataban.

Acertó entonces a venir al pueblo de Terán, cuna del niño José María de Cos, el P. Garriko, de la Compañía de Jesús, que con otro Padre de la misma Compañía, recorría la provincia de Santander, dando misiones. No estaba entonces autorizada la Compañía para tener casas en España; pero habían quedado en nuestra Patria algunos Padres que auxiliaban a los Obispos en la tarea de dar misiones en los pueblos.

Comenzaron las misiones de Terán con gran concurso de aquel pueblo y de los circunvecinos, que llenaban el templo parroquial de Santa Eulalia. Distinguíanse por su asiduidad a los actos de la misión los niños, siempre bullidores y dispuestos a seguir a los misioneros a todas partes, a entonar los cánticos que les enseñaban los Padres Jesuítas y a ocupar el lugar más visible de la iglesia, no sin que alguna vez fuese preciso llamar al orden a los inquietos muchachos. Durante los sermones se atra-

(1) Sus padres se llamaban Isidro de Cos Salceda y Francisca Macho y Fernández de las Cuevas.

jo la atención del P. Garriko un niño de facciones finas, de mirada inteligente y viva, que se destacaba entre todos por su aspecto devoto y ejemplar comportamiento.

Era costumbre de los Padres reunir a los niños solos algún rato en la iglesia con el fin de darles lecciones catequísticas. En ellas los Padres les hacían preguntas, no sólo para conocer el grado de instrucción en que se encontraban, sino también para ver la facilidad mayor o menor con que discurrían sobre los misterios de la Fe, de los que se da noticia compendiada en el *Catecismo de la Doctrina Cristiana*. En estas lecciones notó el Padre Garriko que se distinguía sobremanera y rayaba a gran altura sobre todos los demás aquel niño de facciones finas y mirada inteligente que le había llamado la atención en la iglesia; pero guardó para sí por entonces la profunda impresión que el niño le había causado y limitóse a expresar a varios sacerdotes de los que acudían a la misión su sorpresa por encontrar un niño tan instruido y que tan bien discurría. Preguntó su nombre y las circunstancias de su familia. Dijéronle que se llamaba José María de Cos y que era el sexto y último de los hijos de un labrador modesto que vivía en el pueblo de Terán.

Termináronse las misiones, dejando una corriente de cariño y simpatía entre los Padres misioneros y el niño José María, que, acompañado de otros amiguitos suyos, acudía a los pueblos del valle de Cabuérniga, y aun a los ribereños del Nansa, donde los Padres continuaban dando misiones, asistiendo con asiduidad a los sermones y explicaciones catequísticas.

En el pueblo de Cossío, después de asistir el futuro Magistral de Oviedo a un sermón del P. Garriko, salió fuera de la iglesia, reunió a los demás muchachos y, subido sobre un asiento de piedra que por allí había, predicó con fidelidad notable y gran elocuencia parte del sermón que acababa de oír.

Sabedor del suceso el P. Garriko, conoció que Dios llamaba a aquel niño para destinos más altos que para labrar tierras y cuidar ganados, y dirigiéndose a él le preguntó si querría seguir la carrera eclesiástica. Contestó el niño que ese sería su mayor gusto, si su padre se lo consentía. El misionero, una vez obtenido el consentimiento del padre de José María, no descansó hasta conseguir que fuese admitido en la Preceptoría que tenía establecida otro Jesuita, el P. Lasa, en el pueblecito de Segura (Gui-

púzcoa), donde vivía a la sazón una hermana del P. Garriko, que se ofreció a costear los primeros estudios del joven aspirante al sacerdocio.

Llegadas estas noticias al valle de Cabuérniga, dispúsose la partida. Eran en aquellos tiempos los viajes mucho más difíciles y complicados que en los nuestros. Los medios de comunicación eran escasos; los caminos ofrecían poca seguridad; los tropiezos por las turbulencias y asonadas políticas de la época eran frecuentes e inevitables. Por eso no parecía prudente enviar solo a un niño que apenas había traspuesto el estrecho horizonte del valle nativo. Allanó todas las dificultades el generoso ofrecimiento de Pedro José, el mayor de los hermanos de José María, que llevaba a éste diez años, que se ofreció a ser guía y ángel tutelar del aspirante a latinista.

Salieron ambos hermanos del pueblo de su naturaleza y, caminando alguna vez en un desvencijado vehículo, las más de las veces a pie, haciendo noche en aquellas destartaladas ventas, que en aquellos tiempos eran inexcusable asilo nocturno de los caminantes, llegaron al cabo a Segura, donde el nuevo estudiante obtuvo benévola acogida del P. Lasa.

Una vez instalado el joven José María en la Preceptoría de Segura, dispuso su vuelta a la casa paterna su hermano Pedro José. Acompañóle largo trecho el hermano menor, siguiéndole después con la vista desde un altozano hasta que le ocultó un recodo del camino, y tornóse a la Preceptoría lloroso y entristecido, pero muy resuelto a trabajar con ahinco en el estudio del Latín.

Eran los alumnos que concurrían a las lecciones del padre Lasa todos vascongados, que difícilmente podían pronunciar algunas palabras en castellano y tropezaban en el estudio del Latín con la enorme dificultad de encontrarse con una lengua cuyos giros e hipébaton eran totalmente distintos de los del vascuence; no fué, pues, difícil al alumno montañés, que hablaba con soltura la lengua castellana, hija de la latina, y había estudiado bien la Gramática de este idioma, colocarse pronto en el primer lugar de la clase.

Supo aprovechar el P. Lasa las buenas disposiciones de su discípulo, y tal maña se dió en enseñarle y el alumno en aprovecharse de las lecciones del maestro, que en período de tiempo

brevísimo convirtió el buen Jesuíta al joven Cos en el humanista consumado que tan grandes muestras de su saber había de dar después.

Creyó el P. Lasa que José María de Cos había alcanzado toda la instrucción que podía dársele en la Preceptoría, y expidió a su favor un diploma, que entonces equivalía a la aprobación de todas las asignaturas del grupo de Latinidad y Humanidades, que servían de base al estudio de la carrera eclesiástica, y el joven alumno regresó presuroso a la casa paterna, sin haber avisado previamente, porque las comunicaciones entre Segura y el valle de Cabuérniga, sobre ser tardas, eran inseguras y difíciles.

Estaba una noche reunida la familia Cos, como de costumbre, en la cocina de su casa, cuando sintieron que llegaba a ella, abría la puerta, que estaba solamente entornada, una persona que no debía ser desconocida, porque entraba resuelta, sin llamar y sin mostrar vacilación alguna. Apenas tuvo tiempo el padre para preguntar quién era el visitante, porque apareció en la cocina, decidido y alegre, José María de Cos. Levantáronse airados su padre y su hermano mayor, que no podían presumir que en tan breve tiempo hubiera terminado sus estudios de Latinidad, creyendo que alguna travesura de mal género había obligado al P. Lasa a expulsarlo de la Preceptoría, dispuestos a pedirle cuentas de su mal comportamiento; pero José María les demostró con el diploma que le había dado su preceptor, que sólo plácemes y recompensas merecía. El júbilo de todos fué grande, y así el padre como los hermanos mayores resolvieron que el joven alumno continuase sus estudios, aunque para ello fuese menester imponerse los mayores sacrificios.





II

Las primeras horas de la mañana.



PRESENTÓSE a poco una ocasión propicia. El Sr. Obispo de Santander acababa de fundar en Corbán el Seminario diocesano y no perdonaba medio para elevarlo a la mayor altura posible. Eligió profesores a los sacerdotes más ilustrados de la diócesis santanderina; llamó a él a sacerdotes expertos y experimentados de otras diócesis de España y, sobre todo, tuvo el gran acierto de nombrar rector del mismo al sabio y prudente D. Saturnino Fernández de Castro, que en poco tiempo hizo florecer en el Seminario de Corbán, al par de las ciencias eclesiásticas, una piedad y una disciplina verdaderamente ejemplares.

El Prelado santanderino no se contentó con promover la formación espiritual de los seminaristas, sino que procuró atraer a Corbán a jóvenes bien inclinados y aptos para el estudio, y con este fin anunció la concesión de cierto número de medias becas a los que acreditasen su buena conducta mediante rigurosos y concienzudos informes y sus talentos y aptitudes por medio de una oposición. Presentóse a ella el alumno de Segura y obtuvo el segundo lugar entre todos los que acudieron a probar su disposición para el estudio, que fueron muchos.

Conseguida la media beca y habiéndose comprometido el padre de José María de Cos a satisfacer la otra media, pudo este joven ingresar en el Seminario y comenzar sus estudios de Filosofía. En las aulas de Corbán encontró a varios condiscípulos que, formados bajo la dirección del Sr. Fernández de Castro, llegaron a ser después ornamento y lustre de la Escuela de Cor-

bán. Tales fueron D. José Tomás de Mazarrasa, piadosísimo y ejemplar Obispo de Ciudad-Rodrigo; D. Luis Felipe Ortiz, Obispo de Zamora, de gran cultura y aménísima conversación; don Gaspar Zuzúnegui, gran orador, Magistral de Santiago y Auditor del Supremo tribunal de la Rota, y otros varios.

Distinguió entre todos el Rector al joven Cos, a quien tuvo en tanta estima que, años después, siendo ya Obispo de León, decía a un amigo suyo, también montañés, que «entre los alumnos que habían pasado por el Seminario de Corbán durante su rectorado, a ninguno había encontrado tan equilibrado, tan ecuánime, ni tan formal como a Cos».

No era, sin embargo, huraño ni retraído, y después de aplicar al estudio el tiempo debido, entregábase a las diversiones que se autorizaban a los seminaristas en los ratos de asueto como el más alegre y decidido de sus compañeros. Sobre todo, demostró una rara habilidad en componer trozos literarios, latinos o castellanos, ya en verso, ya en prosa; en que imitando el estilo clásico de los más notables escritores, enjarétaba donosamente pensamientos totalmente desatinados o se burlaba de algún *lapsus* en que hubiese incurrido alguno de sus compañeros. Tales composiciones burlescas, que Cos solía decir desde la tribuna del comedor en los días en que, por ser muy solemnes, se permitía este género de diversiones, llegaron a hacerse célebres.

Entre estos divertimientos literarios sólo recordaré uno, que el difunto Cardenal consideraba como su mayor travesura durante su vida de estudiante. Antes de la fundación del Seminario de Corbán, para aspirar al sacerdocio, bastaba acudir a la Secretaría del Obispado manifestando esta pretensión y acreditando el aspirante su aptitud por medio de certificación expedida por algún preceptor particular, que daba testimonio de que el aspirante poseía conocimientos bastantes para recibir las sagradas órdenes; mas después de establecido el Seminario, el señor Obispo sólo admitía a los que hubiesen estudiado algún tiempo en dicho centro docente y de los que informaba el Rector favorablemente acerca de su ciencia, virtud y espíritu de piedad. Por esta razón vino a caer en Corbán un sacristán de pueblo, hombre ya talludo, muy cerrado de barba y mucho más de

mollera, grandote y fornido, de voz hueca y asochantrada, que se vanagloriaba de ser el mejor cantor de *parce miquis* (1) de la provincia y esperaba que esta cualidad había de abrirle de par en par las puertas del sacerdocio.

No era costumbre que la iniciativa para solicitar órdenes partiese de los alumnos, sino que éstos aguardaban a que el Rector los llamase y les manifestase que podían aspirar a tal o cual orden; mas pasaban días y celebrábanse ordenaciones sin que el Rector hiciese la menor insinuación al sochantre del lugar. Lamentábase éste con frecuencia de tales pretericiones y las atribuía a que el Rector desconocía sus excelentes cualidades de cantor, por lo que deseaba ardientemente encontrar ocasión de darse a conocer. Un día en que se quejaba de su mala fortuna en un corro de seminaristas entre los que se encontraba Cos, aconsejéronle éstos que aprovechase la ocasión de haberse introducido poco hacia la práctica de que los alumnos pronunciasen durante la comida discursos en castellano para ejercitarlos en la composición y declamación y pidiese licencia para pronunciar una disertación castellana sobre las excelencias del canto llano. No pareció mal a Pérez—que así se llamaba el sochantre—la idea de sus compañeros; pero objetó la dificultad de componer un discurso, aunque fuese breve, por no haber jamás acometido empresa de tanta monta. Ofrecióse entonces Cos a sacarle del apuro, con la condición de que todos habían de guardar el secreto y de que Pérez no había de revelar jamás, *sucediese lo que sucediese*, quién era el autor de la pieza literaria. Con esto todo quedó arreglado. Pérez pidió ser uno de los llamados a pronunciar discursos en el comedor, lo que se le concedió sin dificultad, porque eran preferidos los que voluntariamente lo solicitaban; aprendió de memoria el discurso que Cos le había escrito y estudió los ademanes y entonación delante de alguno de los compañeros que le habían incitado a tal empresa. Llegado el momento, subió Pérez a la tribuna y expuso con gran solemnidad el texto, que era el siguiente: *Psallite Domino; psallite sapienter: Cantad bien canto llano*. Alguna sonrisa causó tan extraña versión del sagrado texto; pero una mirada del Vi-

(1) En aquel tiempo los cantores de pueblo decían «miqui», «niquil», en lugar de «mihi», «nihil», que decimos ahora.

corrector, que presidía la mesa, impuso silencio. Pérez, impertérrito, con voz campanuda, comenzó su discurso, en que se enjaretaban tal cúmulo de desatinos, dispuestos tan ingeniosamente y con tanta gracia, que la explosión de carcajadas fué general. Reían a más no poder todos, hasta los Superiores del Seminario, de tal modo, que se interrumpió la comida; y a todo esto, el buen Pérez, tomando el bureo y algarazara como señal del mérito incontestable de su discurso, seguía cada vez con más bríos, soltando desatinos, hasta que el Vicerrector le impuso silencio y mandó al malogrado orador que entregase el manuscrito de su fracasado ensayo oratorio. Leyóse éste en la habitación del Rector ante los profesores todos del Seminario, con gran regocijo de los oyentes; y cuando éstos hacían suposiciones diversas acerca de quién pudiese ser el autor de la burlesca composición, pues Pérez, sin titubear, aseguraba una y otra vez que era engendro suyo, el Rector dijo a los demás profesores:

—No se cansen ustedes la cabeza; ese discurso nadie ha podido componerlo más que Cos. Algo pesada ha sido la broma; pero merece indulgencia el autor por la gracia y donosura con que la ha dado.

Gustaba el Sr. Fernández de Castro, no sólo de que los alumnos de Corbán se aplicasen a los estudios de las ciencias eclesiásticas, sino también de estimular a los más aplicados a que leyesen los clásicos latinos y castellanos y a que se ejercitasen en composiciones literarias. Merced a esta sabia dirección hubo muchos seminaristas de aquel tiempo que se distinguieron por su cultura literaria; pero entre todos rayaron a mayor altura en el manejo de la prosa D. Luis Felipe Ortíz y en el del verso D. José María de Cos. De entonces datan algunas composiciones poéticas del difunto Cardenal, que logré leer hace ya bastantes años, pero que no he podido encontrar entre sus papeles. Presumo que el autor no las encontró a su gusto y las hizo desaparecer. Eran todas ellas muy sentidas e ingenuas, semejantes a un arroyuelo cristalino, cuyas ondas conservan el aroma de los tomillos, entre los que ha tenido su nacimiento.

Quando yo estaba próximo a terminar su carrera el ilustre montañés, llegó a la capital de la Montaña la Reina Isabel II. Apresuráronse todas las Corporaciones y Sociedades de Santander a honrar a S. M. con diversos festejos, y entre ellos con una

especie de corona literaria, formada por los ingenios más preclaros de la ciudad. A ella contribuyó el Seminario de Corbán con algunos trabajos literarios de sus más aventajados alumnos. Entre ellos figuró una poesía muy tierna y patriótica del alumno Cos.

Otra ocasión hubo en que demostró de una manera muy señalada sus aptitudes literarias el mencionado seminarista. Habían nombrado primer Arzobispo de Valladolid al sabio transmerrano Sr. Lastra y Cuesta, y habiendo éste elegido para que fuese su Secretario de Cámara a D. Saturnino Fernández de Castro, vino con tal motivo a visitar el Seminario de Corbán. Creyóse el Seminario en el deber de obsequiar a un visitante tan distinguido con una velada literaria, que fuese a la vez, felicitación entusiasta al Prelado vallisoletano y un adiós de despedida al querido Rector a quien todos amaban como a un verdadero padre. Encargaron a Cos una composición poética, y el alumno predilecto supo pintar con acentos tan tiernos la tristeza de los hijos al perder a su padre, y de tal manera conmovió el corazón del Rector, que éste al día siguiente dimitió el cargo de Secretario del Arzobispado de Valladolid, y a pesar de las instancias del Sr. Lastra y Cuesta, no quiso revocar su dimisión.

Sintió, a par del alma, el Sr. Lastra perder la cooperación del Sr. Fernández de Castro, cuyos grandes méritos conocía muy bien, y según me manifestó varias veces su sobrino, don Luis Felipe Ortiz, solía quejarse con frecuencia de la mala partida que le había jugado aquel joven imberbe, que había tenido más fuerza de persuasión que todo un Arzobispo.

—¡Aquel Cos, aquel Cos, que me ha robado el Secretario!— decía.





III

A plena luz.



ORRIERON los años y en las Témporas de San Mateo del de 1862 fué elevado al sacerdocio el seminarista Cos, que acababa de cumplir veinticuatro años y había sido nombrado recientemente catedrático de Latinidad en el Seminario de Corbán. Celebró su primera misa el domingo primero de Octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, y en ella le apadrinó el que hasta entonces había sido su Rector, D. Saturnino Fernández de Castro. Este ilustre comillés continuó dispensando al nuevo presbítero el mismo afecto que había profesado al seminarista, y con la autoridad paternal que ejercía sobre su subordinado le persuadió a que pusiese digna corona a su carrera literaria obteniendo los grados mayores en la Facultad de Teología.

Ya no era la Salamanca de 1864 aquella *scientiarum omnium princeps Salmantica docet* de los siglos anteriores, pero tenía un Seminario floreciente y acreditado, en el cual se cultivaban las ciencias eclesiásticas con gran provecho de los numerosos alumnos que de todas las diócesis de España concurrían a la ciudad del saber, y a ella se encaminó el catedrático de Corbán, ansioso de ostentar en su ejecutoria científica el título de doctor por Salamanca, que, como ya se decía en tiempo de Cervantes, era el más brillante blasón del que aspiraba a figurar entre los sabios.

Detúvose D. José María de Cos en Valladolid con el fin de conocer esta ciudad castellana y descansar del fatigoso viaje que por entonces era necesario hacer desde la capital de la Montaña. En Valladolid le instaron a que recibiese en aquel Semi-

nario el grado de bachiller, y accedió a ello, llegando, por fin, a Salamanca, donde le acogieron con gran amor y benevolencia los PP. Jesuítas, que a la sazón regían aquel Seminario y no desconocían la historia de las misiones del P. Garriko y de la Preceptoría de Segura.

Practicó el candidato con gran lucimiento los ejercicios que exigía el plan de estudios vigente, y superadas muy satisfactoriamente las pruebas necesarias, le fueron otorgados los grados *nemine discrepante*, y en el día 12 de Octubre de 1864 recibió la investidura de doctor en la *Magna aula* del Seminario salmantino.

Todo parecía sonreír al joven catedrático; mas un inesperado accidente hizo pensar que Dios iba a cortar el hilo de aquella vida en tiempo en que aún no había llegado a su madurez.

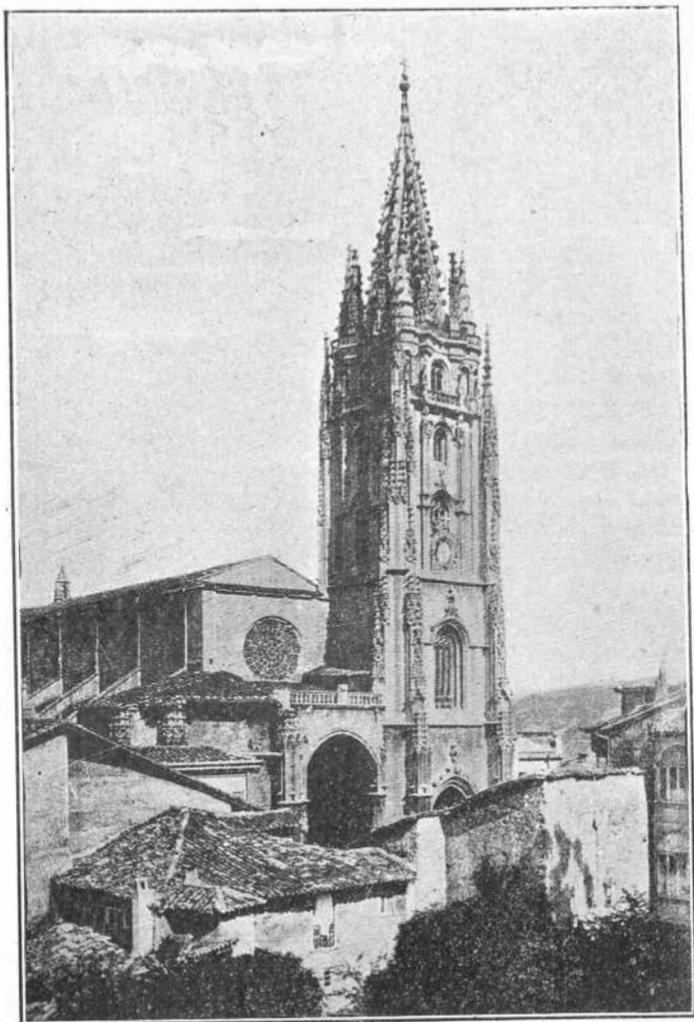
Hallábase un día en el descanso que después de la comida solían disfrutar los profesores del Seminario de Corbán, ligeramente apoyado sobre el antepecho de uno de los balcones, conversando tranquilamente con sus compañeros, cuando de repente se removió el antepecho y cayó desde una altura de más de diez metros, al prado que se extiende al pie del edificio.

Creyéronle todos muerto; mas al ver que todavía respiraba, sacáronle de entre los escombros y lleváronle a la enfermería, donde estuvo varios días entre la vida y la muerte, hasta que por fin comenzó a mejorar francamente, vencido ya el peligro en que tan grave caída le había puesto.

Convaleciendo estaba, cuando se anunció la provisión de la Canonjía Magistral de Oviedo. Varios amigos le dieron noticia de la vacante y le aconsejaron que no dejase escapar la ocasión de conseguir un puesto tan en armonía con sus cualidades de orador, que ya se habían dado a conocer en distintos sermones que había predicado dentro y fuera del Seminario.

Resistíase Cos, alegando su estado aún convaleciente y el apartamiento de toda clase de estudios en que había vivido durante mucho tiempo; mas el consejo y casi mandato del Sr. Fernández de Castro, le decidió a pedir el oportuno consentimiento al Sr. Obispo de Santander.

Contra lo que se esperaba, mostróse éste opuesto a conceder su licencia, dando por motivo la juventud del aspirante a Magistral, aunque es probable que influyese principalmente en



Torre de la Catedral de Oviedo.

la negativa del Prelado santanderino el deseo de no privarse tan pronto de la labor provechosa de Cos en la enseñanza de las Humanidades.

Desistió sin dificultad de su proyecto el joven profesor; mas al cabo de pocos días varió de opinión el Sr. Obispo de Santander, y no sólo concedió su permiso al opositor, sino que le alentó para que llevase adelante su empresa y prometió recomendarle en Oviedo.

Salió D. José María de Cos del Seminario de Corbán el día de la Dominica *in albis*, que en aquel año de 1865 cayó el día 23 de Abril, y llegó a Oviedo al día siguiente, comenzando a poco las oposiciones, en las que fué destacándose cada vez más entre sus coopositores (1), especialmente en la Homilía, que unánimemente fué reputada, por doctos e indoctos, como la más perfecta y acabada de las que se predicaron en aquellos ejercicios literarios. A la terminación de éstos fué elegido por el Cabildo Canónico Magistral, con gran aplauso de la ciudad de Oviedo, cuyas personas más notables habían asistido a los diversos actos en que había consistido la oposición, especialmente a las Homilias en castellano.

Poco queda del Oviedo de mediados del siglo XIX, convertido hoy en una de las capitales de provincia más ricas, industriosas y animadas de España. Agrupábanse entonces sus 15.000 habitantes al pie de la esbelta torre gótica de su Catedral en varias calles estrechas y solitarias, cuyo modesto caserío era interrumpido por caserones de fachada severa ennegrecida por las nieblas del monte Naranco. En estos semipalacios habitaban las familias aristocráticas de la provincia, todavía muy numerosas, y en sus amplios salones, un tanto sombríos, tapizados de damasco rojo y alumbrados con candelabros de plata, recibían las damas de aquella época, amables y corteses, pero muy apegadas a la etiqueta, a sus visitantes graves y ceremoniosos que no hubieran osado acercarse al señorial estrado sin la clásica levita y el tradicional sombrero de copa.

¿Cómo ha de formarse idea de aquellos tiempos y de aquellas

(1) Fueron muchos los aspirantes que en aquella fecha se mostraron opositores a la Canonjía Magistral de Oviedo, y, entre ellos, el que luego fué Provisor y Vicario general del Sr. Cos en Madrid, el docto teólogo y humanista D. Joaquín Torres Asensio.

costumbres nuestra dorada juventud, que estima elegante y distinguido el recostarse pierna sobre pierna en uno de esos incómodos muebles, que ahora se llaman modernistas, de tal modo que justifica la chistosa advertencia que hacía a los que le visitaban aquel D. Nilo, cuyo fingido americanismo se ridiculiza en LOS LEALES: *Siéntese no más, señor; siéntese no más?*

¿Qué dirían las circunspectas señoras de 1865 si oyeran decir a algún joven imberbe que viene de presenciar una fiesta *bestial* y que en ella se ha divertido una *burrada*? Seguramente que les faltaría tiempo para arrojar de sus salones al descomedido galán, creyendo que, por equivocación, habían dado entrada en ellos a un lacayo descortés disfrazado de caballero.

La sociedad de entonces, a pesar de las corrientes democráticas que comenzaban a infiltrarse en nuestras costumbres, era, sobre todo en provincias, harto mirada y circunspecta, y sólo concedía su favor a personas irreprochables y verdaderamente distinguidas. A esa sociedad llegó D. José María de Cos cuando no había cumplido veintisiete años, y a pesar de la facilidad con que en circunstancias parecidas fracasan personas ya maduras, el joven Magistral supo comportarse de tal manera, que al cabo de dos años, no sólo se le habían abierto las puertas de todas las casas de Oviedo, aun de las de más elevada alcurnia, sino que sus visitas, dispensadas raras veces y sólo en los casos de exigirlas la caridad o los deberes de cortesía, eran apreciadas como una distinción suprema.

Había dotado Dios al Magistral de Oviedo de una figura atrayente y aristocrática en extremo; sus padres le habían dado las bases de la educación sólida y verdadera, que son una profunda modestia y una caridad dispuesta siempre al sacrificio en beneficio de los demás; el Rector de Corbán había cuidado de enseñar a sus seminaristas una urbanidad correcta y bien entendida (1); pero sobre todo eso, Cos poseía esa autoeducación propia de las personas de inteligencia superior y de fina percepción que les enseña a ocupar su puesto sin torcerse a la derecha

(1) El Sr. Fernández de Castro había establecido en el Seminario de Corbán clases semanales de urbanidad, y no sólo prohibía severamente las bromas de mal gusto, tan frecuentes entre jóvenes, sino que había mandado que nadie se tuteara, por estimar que la supresión del ceremonioso «usted» entre compañeros trae como consecuencia familiaridades inconvenientes.

ni a la izquierda, ni dar esos traspies tan frecuentes en la vida, que empequeñecen las más altas reputaciones.

El nuevo Magistral comenzó a cumplir sus deberes de tal, haciéndose acreedor desde los primeros sermones al aplauso de todos sus oyentes. El agrado con que le oían no disminuyó en los veinte años en que ejerció el cargo, y a diversas personas de las que vivieron en Asturias durante este período de tiempo he oído decir que, lo mismo en los primeros que en los últimos años, era grande el concurso que se congregaba para oirlo, siendo muchas las personas que desde varios pueblos de la provincia arreglaban sus viajes a la capital de modo que coincidiese su estancia en ella con alguno de los sermones del Magistral.

Se prodigaba poco, y su oratoria era muy ingeniosa y original, de modo que, aun los asuntos más frecuentemente tratados en los púlpitos, parecían nuevos en sus labios. Así se explica la avidez con que le escuchaban las personas más ilustradas y cultas, y el renombre alcanzado por algunos de sus sermones, que después de tantos años se recuerdan con entusiasmo por las personas que los oyeron.

Acudía también con asiduidad al confesonario, y desde muy joven adquirió gran reputación de maestro de espíritu, grave y prudente. Todas estas circunstancias fueron causa de que el respeto, la consideración y el afecto de todos los ovetenses, rodeasen como un nimbo glorioso la persona de su Magistral. Esta general estimación se mostró muy particularmente en las críticas circunstancias que sobrevinieron el año 1868.

En Septiembre de este año estalló la Revolución, que tan honda huella ha dejado en los fastos de la historia de España. Desde los primeros momentos se marcó su carácter profundamente antirreligioso. Se profanaron iglesias, se lanzaron fuera de España los pocos religiosos que aquí había y se persiguió con verdadera saña a cuantas instituciones existían en nuestra patria con tendencias manifiestamente católicas; pero no bastaba esto a los revolucionarios; pretendían acabar con la vida católica de la nación, y para conseguirlo, trataron de sitiar por hambre al clero, pues si éste quedaba envilecido y anulado, quedaría inevitablemente destruída su obra, y los sentimientos católicos de las muchedumbres irían debilitándose, hasta extinguirse. No solamente dejaron de pagarse totalmente las asigna-

ciones de culto y clero que el Estado se comprometió a pagar al celebrarse el Concordato, como escasa compensación de los bienes de la Iglesia de que injustamente se había apoderado anteriormente, sino que por todos los ámbitos de la península se hizo activísima propaganda contra el pago de los derechos llamados de *estola y pie de altar*, de modo que al poco tiempo, el clero todo se encontró en la más triste situación. Párroco hubo de pueblecitos situados en las montañas de Burgos y Palencia, que, careciendo de todo medio de sustento, se vió forzado a trabajar como peón en obras públicas, para ganarse el pan de cada día.

No era más lisonjero el estado a que se veía reducido el clero Catedral. Salvo alguno que otro, muy raro, que poseía algunos bienes de fortuna adquiridos anteriormente o heredados de sus padres, todos los demás, destituidos de todo elemento de vida vivían en suma estrechez, llenos de deudas y sin saber qué rumbo tomar en situación tan aflictiva.

Esta deshecha tormenta sobrevino a poco de haber comenzado su vida de canónigo el Magistral de Oviedo. Vivía modestamente como huésped en una casita, ni holgada ni lujosa; pero a pesar de eso, acabadas las pocas reservas que tenía y no siendo ricas las dos piadosas hermanas en cuya casa vivía, que por su edad ya no podían dedicarse a otros trabajos que a los de cuidar sus huéspedes, y no teniendo otra manera de vivir, necesitaban que se las pagase puntualmente, no parecía fácil encontrar el medio de hacer frente a las necesidades de la vida.

Los ovetenses, que amaban y respetaban al Magistral, se hicieron bien pronto cargo de la situación en que se encontraba, y de una manera delicada acudieron a remediarla. Ya era una persona piadosa que hacía llegar a sus manos cantidades crecidas como estipendio de misas, ya una Congregación que le encargaba un sermón y se lo retribuía amplia y generosamente, ya algún desconocido que por medios ingeniosos ocultaba su nombre y enviaba a su casa como regalo prendas de vestir o artículos de comer, de que estaba necesitado. Dios permitía que alguna vez se encontrase apurado; pero siempre le sacó providencialmente de sus apuros.

En cierta ocasión habían llegado éstos al colmo. Hacía más de cuatro meses que no había podido pagar un cuarto a sus patronas, sus recursos se habían agotado totalmente y los oveten-

ses parecían haberse olvidado del Magistral, al que no llegaban ni estipendios de misas ni otra clase de ingresos. Las patronas nada decían; pero andaban alcanzadas, y ya debían cantidades de consideración en las tiendas donde se abastecían. El Magistral, que no lo ignoraba, daba mil vueltas en su imaginación sin encontrar medios para salir del conflicto. En esto, llegó a la casa de huéspedes un recado para que el Magistral se presentase aquella misma tarde en casa de Fr. Manuel de la Peral.

Éra Fr. Manuel de la Peral un fraile exclaustro de gran prestigio y excelentes relaciones con las familias más principales de la ciudad, que vivía ocupado en el ejercicio del ministerio sacerdotal y tomaba poca parte en todo aquello que con esto no se relacionase.

Creyó, por tanto, el Magistral, que el aviso de Fr. Manuel de la Peral se relacionaría con alguna obra de caridad o de celo de las que solía traer entre manos el buen fraile, mas cuál no sería su asombro cuando Fr. Manuel le puso en la mano cuarenta monedas de oro de a veinticinco pesetas, diciéndole:

—Tome V., señor Magistral, y aplique unas misas por la intención del donante, que no soy yo, como V. podrá suponer; pero el nombre no hace al caso.

Volvió a su casa el Magistral, dando gracias a Dios, que de una manera tan providencial le había concedido los medios para salir del conflicto en que se hallaba y para vivir sin agobios durante un período de tiempo relativamente largo; mas nunca pudo saber, ni aun conjeturar, quién había sido el misterioso donante.

Así, entre aflicciones y consuelos, entre agobios y recursos inesperados, transcurrieron aquellos años calamitosos, y al venir la Restauración, D. José María de Cos había conseguido hacer frente a todos sus gastos y pagar todas sus deudas con los recursos que la caridad de los buenos ovetenses había puesto a su disposición.



IV

Sol radiante.



AS con todo eso, ni la predicación ni el confesonario, fueron la obra principal del Magistral de Oviedo: su obra por excelencia fué la catequesis.

La revolución de Septiembre de 1868 desató sobre toda España, y en especial sobre los pueblos y aldeas de Asturias y Galicia, una activísima propaganda antirreligiosa. En todas las villas importantes de esta región constituyéronse comités republicanos que enviaban a las aldeas circunvecinas jovencuelos imberbes, casi todos de largas melenas y desaforadas corbatas de color encarnado. Estos propagandistas solían presentarse en las parroquias a la terminación de la misa en los días festivos y congregaban a los sencillos feligreses de la aldea a la misma puerta del templo. En sus discursos, ordinariamente preparados de antemano por los corifeos del republicanismo, y aprendidos de memoria, alternaban las diatribas contra el clero, «que tenía aherrojado al noble campesino en las tinieblas de la ignorancia y de la superstición» y los ditirambos «al sol de la libertad cuyos rayos iluminaban ya las cumbres de los montes y descenderían pronto a los valles más hondos y escondidos», las patéticas descripciones del «poder tiránico que arrancaba los hijos de los brazos de sus madres para vestirlos con la ominosa librea de la esclavitud militar», y los cánticos a la República que «libraría a los pueblos de la pesada carga de pagar contribuciones, y a la juventud del humillante tributo de servir en las filas del Ejército».

La cultura e ilustración de los oradores, puede medirse por la siguiente anécdota que oí referir hace algunos años a un ilustre general ya difunto:

Llegó a un pequeño pueblo de los alrededores de Pravia un joven de pelo muy escarolado, gafas, al parecer, de oro, barba negra un poco rala y enorme corbata roja. Reunió a los hombres que salían de misa bajo la sombra de un castaño, y comenzó su perorata proclamando la libre discusión e invitando a todos los presentes a manifestar sin temor alguno las dudas que pudiesen ocurrírseles. Pasó adelante lanzando denuestos contra los *déspotas* que esclavizaban las inteligencias con los *horrores* de la Inquisición (1), y, por último, comenzó a pintar con vivos colores las bienandanzas que iban a llover sobre España desde el feliz momento en que se proclamase la República que había de abolir las quintas y suprimir las contribuciones. Habíanle oído hasta aquí muy tranquilamente los aldeanos de aquel lugar, mas entonces, de improviso, pidió la palabra un labrador de alguna edad y pocas letras, pero de gran sentido práctico. Conocióse claramente que la interpelación del labriego no había agradado al propagandista republicano, a pesar de las manifestaciones hechas al principio de su perorata; mas no pudiendo contradecirse de un modo tan palmario, concedió la palabra al campesino. Este se limitó a oponer al preopinante esta sencilla objeción: «Señor, si nosotros *non* pagamos las *contribuciois*, ¿quién las ha de pagar?» Quedóse pensativo el orador unos momentos, frunció el ceño, miró airado a la concurrencia y dijo con voz estentórea: *los extranjeros*; siguiendo adelante en su discurso sin aguardar a razones.

Hicieron, sin embargo, gran daño estos propagandistas en los sencillos campesinos, que hasta entonces habían vivido tranquilos en sus costumbres cristianas, sinceramente adheridos a la fe de sus padres, sin sospechar quizás que más allá de sus montañas los revueltos mares de las ambiciones humanas amenazaban convertir en ruinas cuanto quedaba en pie de aquella gloriosa España de los Reyes Católicos. Las promesas que se les hacían de bienandanzas sin medida, de libertad absoluta contra

(1) Orador revolucionario hubo que en un mitin celebrado en teatro muy renombrado de una ciudad gallega descubrió a los oyentes la tenebrosa conspiración tramada nada menos que por la Reina Isabel II, confabulada con Sor Patrocinio y con ayuda del P. Claret, para restablecer el Tribunal de la Inquisición. De tan horrendas maquinaciones nos había librado, según el orador, la insurrección de Cádiz. Así se engañaba a los pueblos.

todos los monopolios y cortapisas que les eran odiosas, la abolición de las quintas y matrículas de mar que se les presentaba como consecuencia inmediata del establecimiento de ciertas formas de gobierno, el suponer a éstas incompatibles con la Religión Católica, hizo que muchos, desapercibidos para la defensa de sus ideas religiosas, se apartasen de las prácticas cristianas y viniesen a caer en un estado de indiferencia y de duda, precursor de las luchas sociales que vinieron después, cuyo principal estímulo ha sido el cambio de las consoladoras esperanzas en una felicidad de ultratumba por el ansia febril de comodidades y riquezas que de lejos semejan la felicidad terrena.

Hacia las postrimerías de aquel turbulento año 1868 llegó a Oviedo el insigne Prelado Sr. Sanz y Forés, espejo y modelo de Obispos celosos emprendedores (1). Apenas comenzó a ocuparse en el gobierno de su diócesis, comprendió la urgente necesidad de poner dique a los grandes estragos que entre las gentes sencillas causaba la propaganda revolucionaria, y conoció que el único remedio eficaz era dar al pueblo una instrucción religiosa sólida y bien provista de argumentos para combatir los sofismas de los enemigos de la Iglesia.

Poco más de un mes había transcurrido desde la llegada a Oviedo del nuevo Obispo, y ya el celoso Prelado se afanaba en ver el modo de crear una catequesis convenientemente organizada, que sirviese de norma a las que pensaba establecer en toda la diócesis. Con el fin de lograrlo, comenzó a trazar en unas cuartillas diversos planes, ninguno de los cuales le satisfacía por completo. En esto le anunciaron la visita del Magistral, que después de la presentación oficial hecha en unión de los demás capitulares, no había vuelto a aparecer por el palacio episcopal.

Las distinguidas maneras del Magistral y su original elocuencia puesta de manifiesto en un sermón que le había oído el Sr. Sanz y Forés, orador notabilísimo, y, por consiguiente, muy conocedor de la oratoria de verdadero mérito, habíale atraído una cariñosa simpatía de su Obispo, que salió alborozado al encuentro del Magistral, diciéndole: «Magistral, creí que os ha-

(1) El Sr. Sanz y Forés fué presentado para el Obispado de Oviedo en Marzo de 1868, preconizado en 22 de Junio, e hizo su entrada en la capital de su Obispado el 15 de Diciembre del mismo año.

báis muerto» «Señor—contestó el Magistral—, suponía a vuestra señoría ilustrísima muy ocupado en proveer cargos retribuidos; ahora vengo a ponerme a su disposición por si ha quedado algo gratuito para mí». En aquel momento tuvo el Prelado ovetense una como intuición de que el Sr. Cos era el hombre providencial que necesitaba para organizar la enseñanza catequística en su diócesis, y contestó rápidamente: «Sí que tengo, y ahora mismo lo va usted a ver» y entrando en su despacho sacó en la mano un buen número de cuartillas llenas de enmiendas y tachaduras, y entregándolas al Magistral, le dijo: «Ahí tiene usted esas cuartillas en las que he esbozado un pensamiento que en estos días tiene absorbida mi imaginación. Creo que es urgentísimo dar al pueblo la instrucción religiosa que necesita, y para conseguirlo hay que empezar por los niños, porque a los hombres difícilmente se les atrae. Vea usted lo que le doy, y sobre esa base trace usted un plan catequístico, lo más completo posible».

No era desconocida para D. José María de Cos la enseñanza del catecismo. En sus tiempos de seminarista, unas veces por propio impulso y otras por mandato de sus superiores, reunía con frecuencia a los niños de las aldeas cercanas a Corbán, y les enseñaba con gracia singular las verdades de la Religión. Por esto aceptó con agrado el encargo que le hizo el Sr. Sanz y Forés, e inmediatamente puso manos a la obra.

Unos cuantos días de trabajo y dos conferencias más con el Sr. Sanz y Forés bastaron para que el Magistral de Oviedo presentase a la aprobación de su Obispo el reglamento que ha servido de modelo para establecer la catequesis, en la mayor parte de las diócesis de España.

Lo encontró muy de su gusto y lo aprobó inmediatamente el Sr. Sanz y Forés, que sin dilación alguna se propuso establecer en Oviedo dos grandes catequesis, una de niñas y otra de niños. Nombró para dirigir la primera al Magistral D. José María de Cos, y puso al frente de la segunda al Penitenciario D. Manuel Fernández de Castro, más adelante sucesor del Sr. Cos en el Obispado de Mondoñedo.

Poco tiempo tardó el Magistral en convertir la catequesis de niñas de Oviedo en una maravilla de organización, a pesar de encontrarse a los principios casi sin auxiliares, viéndose obliga-

do él mismo a organizar las secciones, a pasar lista en cada una de ellas y a enseñar a las niñas los cánticos con que se solían amenizar las explicaciones catequísticas.

En los primeros días veía el pueblo de Oviedo concurrir las niñas a la catequesis sin mostrar gran interés en ello, estimando sin duda, que la escuela de catecismo que había abierto el Magistral era una escuela más, árida y enfadosa, como solían ser entonces la mayor parte de las escuelas; pero a medida que fué exteriorizándose el afán, cada vez mayor, que mostraban las niñas por asistir a la enseñanza del catecismo, la verdadera inquietud que se apoderaba de ellas cuando se acercaba la hora señalada y la impaciencia con que pedían a sus madres que las enviasen sin tardanza, dejando a veces sobre la mesa los postres y los dulces sin tocarlos, por no llegar tarde, dieron a conocer bien pronto que la catequesis del Magistral era algo muy original y muy interesante.

La catequesis estaba tan bien organizada y con tal maestría se distribuía el tiempo, que a las niñas no se las dejaba vagar alguno para aburrirse ni para inquietarse. Alternaban los cánticos con las explicaciones que se les hacían en las secciones, los diálogos, las ingeniosas concertaciones sobre puntos doctrinales; pero el interés culminante estaba en la explicación que el Magistral hacía a todas las niñas. Era ésta tan diáfana, tan inteligible, tan amena y estaba matizada de comparaciones tan ingeniosas y salpicada de preguntas tan oportunas para sostener la atención, que las niñas la oían sin pestañear.

Yo no he tenido la fortuna de asistir a ninguna de las enseñanzas catequísticas del Sr. Cos en Oviedo; pero más adelante, siendo él Obispo de Madrid y yo su secretario de cámara, tuve que hacer en distintas ocasiones viajes a los pueblos en que hacía visita pastoral, con el fin de consultarle sobre asuntos graves pertinentes al gobierno de la diócesis, y con tal motivo se me presentó ocasión de presenciar las explicaciones de Doctrina Cristiana que solía hacer a los niños, y eran, sin duda, tráfundo y reflejo de las explicaciones de Oviedo y declaro ingénuamente que me parecieron todas, sin excepción, insuperables, y el recogimiento y atención que sabía inspirar a sus pequeños oyentes verdaderamente maravillosos.

La fama de la catequesis de niñas se extendió rápidamente

y pronto el Magistral encontró auxiliares, así entre los sacerdotes como entre las señoras y señoritas jóvenes, que tuvieron a gran honor coadyuvar a la enseñanza del Catecismo. Al poco tiempo puede decirse que, según frase vulgar, la catequesis de niñas se puso de moda en Oviedo y no cesó de estarlo en los diez y siete años en que la dirigió el Magistral.

El año 1876, restaurada ya en España la Monarquía, organizóse la peregrinación llamada de Santa Teresa, por haberla recibido solemnemente el día de la fiesta de esta Santa el Sumo Pontífice Pío IX, y en ella formaba parte el director del Catecismo de niñas de Oviedo, quien presentó a Su Santidad una ofrenda modesta en su valor material, pero muy rica en valor moral, la cual consistía en un mensaje sentidísimo suscrito por las niñas de la catequesis ovetense, y 250 moneditas de plata con que contribuían al Dinero de San Pedro, desprendiéndose de una parte de las pequeñas cantidades con que sus padres solían obsequirlas para comprar golosinas.

El Papa recibió bondadosamente el mensaje y obsequio de las niñas, y contestó con un autógrafo muy expresivo que el señor Cos conservó hasta su muerte como una preciosa reliquia del Pontífice de la Inmaculada.

Los buenos montañeses del Valle de Cabuérniga quisieron realzar una de sus fiestas más solemnes con la predicación de su paisano el Magistral de Oviedo, y le rogaron que concediese este honor a su pueblo natal. No solía el Sr. Cos predicar fuera de la Catedral, y raras veces accedía a encargarse de sermones en los pueblos, salvos los casos de inauguración de catequesis; pero no pudo negarse a las instancias de sus conterráneos y predicó en la iglesia de Santa Eulalia de Terán, donde había sido bautizado, con gran complacencia de la inmensa muchedumbre que llenaba el templo hasta desbordarse por sus alrededores. El entusiasmo de los oyentes fué grande e hizo explosión clamorosa al terminar la fiesta y salir de la iglesia el predicador, al que entre vítores y aclamaciones acompañaron las mozas del valle, cantando al son de sus panderos:

El señor «predicador»
bien merece una corona,
ser Obispo y «Arcebispo»
y Padre Santo de Roma.

El cantar de las mozas de Cabuérniga fué una especie de profecía que se cumplió en todas sus partes, menos en la última.

Las múltiples y contínuas ocupaciones del Magistral no fueron obstáculo para que cumpliese con gran ejemplaridad sus deberes de canónigo, y desempeñase durante muchos años el pesado y molesto cargo de fabriquero o administrador de los fondos de la fábrica de la Catedral, con la consiguiente inspección y vigilancia de sacristanes, monaguillos y demás empleados inferiores, cuidado y conservación de altares, ornamentos y alhajas. Este cargo despertó en el Sr. Cos una grande afición al estudio de las grandes riquezas artísticas encerradas en la Catedral de Oviedo, cuyo fruto fueron unas curiosas notas históricas y descriptivas que hasta ahora permanecen inéditas y que tal vez algún día vean la luz pública.

Este conocimiento del valor artístico del templo y de cuanto en él se encerraba, así como de las tradiciones, historias y leyendas relacionadas con la Catedral, fué motivo de que el Cabildo de Oviedo designase al Magistral para acompañar en su visita a los muchos personajes que después de la restauración llegaron a la capital del Principado y quisieron conocer sus monumentos, entre los que descuella la iglesia Mayor.

Uno de los personajes que por aquel entonces visitaron la ciudad de Oviedo, fué el conocido político D. José Luis Albareda, a la sazón ministro de Fomento. Era el Sr. Albareda, hombre de gran ingenio y fácil palabra, pero había sido más dado a bucear en el turbulento piélago de la política que a remontarse a la serena atmósfera de las artes, y por esta circunstancia le era más fácil hacer con frase ingeniosa la semblanza de un político de altura, o improvisar una arenga en el Parlamento, que discurrir acertadamente sobre arte y estilos. Llegó a la Catedral el Sr. Albareda, fué recibido a su puerta por dos capitulares, uno de los cuales era el Magistral, y comenzó la visita del templo. Albareda no se paró en barras; emitió juicios y formuló apreciaciones rotundas, sazoadas con alguno que otro chiste andaluz, sin cuidarse cosa mayor de su exactitud. Sabía muy bien que las personas que formaban su séquito no habían de rebatir sus afirmaciones, y suponía que los dos canónigos que le acompañaban serían dos buenas personas cuya instrucción se limitaría a unos conceptos teológicos ya muy anticuados, y a

unas nociones de filosofía e historia aprendidas en latín bárbaro y completamente inservibles. El político andaluz había tratado poco con sacerdotes, y en cuestiones científicas los consideraba dos o tres siglos atrasados con relación a los tiempos de *civilización progresista*, cuyos esplendores habían alcanzado su mayor intensidad al sonar aquel grito lanzado pocos años antes por los marinos sublevados en la bahía de Cádiz: *¡Viva España con honra!*

Alguna ligera observación se permitió hacer el Magistral con el fin de volver por los fueros de la verdad, sin que esto fuese parte para atajar la verbosidad de Albareda; pero en esto llegaron los visitantes a la capilla de las Reliquias, y aquí sí que fueron lamentables las caídas del señor ministro. Confundió estilos, cambió fechas y llamó plateresca a una arquita bizantina, sin duda por estar recubierta de planchas de plata labrada. El Magistral tomó la palabra, y muy cortésmente comenzó a rectificar las equivocaciones que había padecido el Sr. Albareda, y pasando después a explicar los caracteres de los distintos estilos a que pertenecían las arquetas y relicarios depositados en la capilla y las noticias y leyendas que acerca de ellas contenían los documentos que se conservaban en el archivo de la Catedral vino a dar una breve pero completa lección de arqueología oventense a los que le escuchaban.

Oyóle atentamente el ministro, que ya después habló poco, limitándose casi a contestar con monosílabos cuando le dirigía la palabra el Magistral. Al llegar a la puerta de la basilica oventense, despidióse de los canónigos que le habían acompañado, y especialmente del Magistral, con grandes muestras de afecto; y apenas se separó de ellos, dijo a los demás que le acompañaban:

—¡Cuánto sabe el curita éste! Será pronto Obispo o no hay justicia en la tierra.

Regresó al poco tiempo a Madrid el Sr. Albareda, y apenas llegó a la corte, gestionó y obtuvo para el Magistral de Oviedo una encomienda de Carlos III, cuyo título le envió con una tarjeta que decía: *José Luis Albareda, a su maestro en arqueología.*

En 1881 fué promovido a la sede arzobispal de Valladolid el Sr. Sanz y Forés, y vino a sucederle en la diócesis de Oviedo el Ilmo. Sr. D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros,

que poco antes había dimitido el obispado de Vitoria. Este Prelado quiso utilizar las altas dotes de gobierno del Sr. Cos y le nombró su secretario de cámara.

Poco tiempo ocupó la sede ovetense el Sr. Herrero y Espinosa de los Monteros. Motivos de salud le obligaron a pedir a Su Santidad el traslado a clima más benigno y menos húmedo que el de Oviedo, y el Romano Pontífice, accediendo benignamente a estas instancias, le designó para regir la diócesis de Córdoba. Quedó en Oviedo el Sr. Cos, consagrado exclusivamente a la predicación, al confesonario y a la dirección de diversas asociaciones piadosas, en especial a la catequesis de niñas. Mas el Obispo de Córdoba no se olvidó de su antiguo secretario de cámara, y en 1884 le nombró Arcediano de su Catedral. Fué a Córdoba el Sr. Cos y tomó posesión de la dignidad con que había sido agraciado; pero, no pudiendo olvidar a su querida ciudad de Oviedo, permutó en el mismo año con el maestrescuela de su Catedral, y volvió a vivir entre los ovetenses hasta que Dios se sirvió llamarle a más altos destinos.





V

Los esplendores del mediodía.



Los pronósticos de D. José Luis Albareda no tardaron en cumplirse. A fines de 1885 falleció el Obispo de Mondoñedo, Ilmo. Sr. D. José Manuel Palacios, y en Mayo del siguiente año fué presentado por el Gobierno de S. M. la Reina Regente para el obispado vacante el Maestrescuela de la Catedral de Oviedo, D. José María de Cos. Aceptada por S. S. el Papa León XIII la presentación del Gobierno español, fué preconizado en el Consistorio de 10 de Junio del mismo año.

No es posible describir el entusiasmo y sincero júbilo que llenó el alma de los ovetenses al ver elevado a la dignidad episcopal al que durante tanto tiempo había sido su querido Magistral. Apenas llegó la noticia de la preconización, comenzaron a llover en el modesto hospedaje del Obispo de Mondoñedo obsequios muy variados en riqueza y valor material, pero de gran estima por el afecto verdadero y profundo que demostraban. Allí había de todo, desde el pectoral de oro y pedrería regalo del prócer, hasta la modesta capillita de metal plateado regalo de la criada de servir, que no olvidaba los tiempos de su asistencia a la catequesis, o el humilde limpiaplumas en que una niña pretendía lucir en obsequio al director de su enseñanza catequística sus primeras habilidades en el bordado.

Una parte muy considerable de los habitantes de la ciudad sintió el deseo de ofrecer al Sr. Cos un presente que perpetuase en su memoria el recuerdo de Oviedo, y recogiendo estas aspiraciones el periódico de la capital de Asturias *El Carbayón*,

abrió una suscripción popular, con el fin de dar forma al deseo de los ovetenses. Al frente de las listas de suscriptores apareció el siguiente encabezamiento del periódico citado:

«Presentado el dignísimo Maestrescuela de nuestra Catedral Basílica para la Sede episcopal de Mondoñedo, y aceptada, como creemos lo haya sido, por el interesado tan oportuna designación, no obstante las excusas que en su modestia reconocida hizo aquél llegar a elevadas regiones, el suceso ha tenido en nuestra ciudad una resonancia imposible de ocultar, y a todo el mundo consta que no exageramos al expresarnos así.

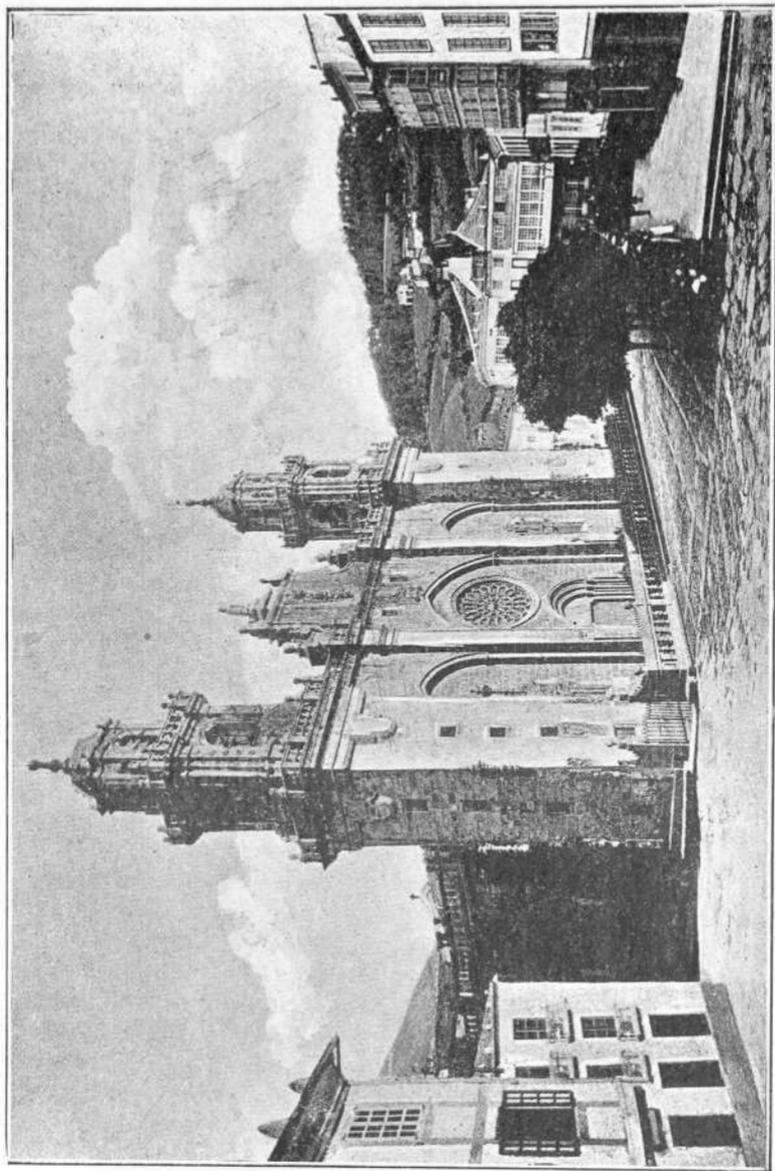
Eco nuestro diario de la pública opinión, y habiendo llegado por más de un conducto a nuestra noticia el deseo que tienen muchos amigos y allegados del antiguo y elocuente Magistral de demostrarle su afecto de una manera digna y expresiva con algo que en sí y por su forma perenne y duradera simbolice la expresión de la simpatía que el Sr. Cos tiene entre nosotros, hacemos nuestro el aludido pensamiento y nos parece la manera más aceptable de ponerlo en vías de realización abrir en *El Carbayón* una suscripción con el objeto de regalar al doctor don José María de Cos, dignidad de Maestrescuela de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Oviedo, indicado para la Sede de Mondoñedo, un PECTORAL, que use en su día como insignia del alto puesto a que por su virtud y méritos es llamado el tan universalmente estimado capitular.

Si es necesario añadir una sola palabra más, ésta será la de que la suscripción ha de responder única y exclusivamente al mérito personal del señor Maestrescuela y al cariño que siempre se le ha tenido en esta ciudad y provincia, y por tanto, a la lista que en nuestras columnas se inicia pueden asociar su nombre toda clase de personas».

Cubriéronse pronto varios pliegos con listas de suscriptores, y en ellas abundaron las antiguas alumnas de la catequesis, que así lo hacían constar como un timbre de gloria.

El pectoral adquirido con el producto de la suscripción popular está descrito en las siguientes líneas, que reproduzco de un periódico de Oviedo correspondiente al día 14 de Septiembre de 1886:

«Pendiente de una cadena de oro de 102 eslabones pende la cruz sostenida por dos ángeles. Tiene la forma de la figurada en las armas de Oviedo y en el centro está sobrepuesta la Cruz de la Victoria, reliquias que se conservan en la Cámara Santa



Catedral de Mondoñedo.

de nuestra Iglesia Catedral. Ambas cruces reunidas, la de Pelayo y la de Alfonso el Casto, forman un conjunto de sobresaliente gusto artístico. Fué construída según dibujo de un amigo y colaborador de nuestro diario y bajo la dirección del inteligente joyero D. Manuel Bobes, dueño del conocido establecimiento «La Esmeralda», montado a la altura de los mejores de España.

Los remates de las cruces son de estilo gótico, tomados de detalles arquitectónicos de la Catedral ovetense, y están adornados con ocho zafiros y cuatro brillantes. El contorno interior de la cruz de los ángeles está formado por 64 brillantes alternando con 60 rubíes, y la cruz de Pelayo, adornada en Gauzón por Alfonso el Magno, está figurada con 25 brillantes, cinco esmeraldas en los extremos y centro, doce rubíes en los remates y otro círculo de doce rubíes en torao de aquel centro.

El reverso de oro mate tiene esta sencilla y expresiva inscripción: *Oviedo, al doctor Cos, Obispo de Mondoñedo, 1886*.

Llegó el día 12 de Septiembre, fecha en que cayó aquel año la Dominica Infraoctava de la Natividad de Nuestra Señora, que fué la designada para la consagración del Sr. Cos, y la muchedumbre invadió de tal manera la Catedral de Oviedo, que fueron muchas las personas que no pudieron penetrar en el templo, teniendo que contentarse con esperar la conclusión de la ceremonia para ver salir al nuevo Obispo ya revestido con las insignias de su alta dignidad y enviarle desde lejos un expresivo saludo.

Fué consagrante el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Victoriano Guisasola y Rodríguez, Arzobispo de Santiago de Compostela, y los asistentes los Excmos. e Ilmos. Sres. D. José Tomás de Mazarrasa, Obispo titular de Filipópolis y administrador apostólico de Ciudad-Rodrigo, y D. Ramón Martínez Vigil.

Está situada la ciudad de Mondoñedo al nordeste de Galicia, no lejos de los límites que separan por aquella parte la provincia de Oviedo de la de Lugo; mas a pesar de eso, la falta de comunicaciones rápidas hacía que las relaciones entre Oviedo y la ciudad gallega fuesen escasas y tardías. No fué esto, sin embargo, obstáculo para que llegaran a Mondoñedo noticias de las altas cualidades que adornaban al Obispo elegido por la Divina Providencia para regir la diócesis mindoniense. Los que tenían personas conocidas en la capital del Principado escribían a sus conocidos pidiendo algún detalle o algún rasgo biográfico del señor Cos, con el propósito de embargar y suspender el ánimo

de sus amigos dándose por bien enterados, y no faltaba quien, careciendo de noticias ciertas, se entretenía en fantasear con toda puntualidad y como si fuese el más íntimo confidente del nuevo Obispo, los planes que iba a desarrollar, qué personas gozarían de privanza y quiénes no durante su pontificado.

Lo cierto es que en la primera quincena de Octubre la conversación preferida en corrillos y tertulias, comercios y reboticas, era la figura aristocrática del Sr. Cos, su elocuencia atrayente, el afecto que le profesaban los asturianos, su distinción por todos reconocida, y con estos elementos se formaban cábalas y se hacían pronósticos de lo que ocurriría cuando llegase el recién consagrado a la capital de su diócesis y empuñase las riendas del gobierno.

En esto mediaba Octubre cuando se anunció que el Prelado mindoniense había salido de Oviedo por la carretera de la costa y que llegaría a Mondoñedo en la tarde del día 15, fiesta de Santa Teresa.

Constituye el Municipio mindoniense una circunscripción territorial de unos diez o doce kilómetros cuadrados, y la mayor parte de su población se distribuye en multitud de aldeas y caseríos colgados unos de las laderas de las montañas que circundan el valle, colocados otros en gargantas bravías por donde se precipitan espumosas las aguas de la multitud de arroyos que caen saltando en mil caprichosas cascadas por las laderas de las montañas, asentados los de más allá entre bosquecillos y huertos en las márgenes de los ríos, y forman entre todos un conjunto de los más bellos que se pueden disfrutar entre los bellísimos panoramas que a cada paso ofrecen al visitante las regiones costañas de Galicia. Es cabeza del valle y del Ayuntamiento la ciudad de Mondoñedo, de caserío reducido, pero limpia y aseada y con cierta ejecutoria de pasadas grandezas, cuando en sus alrededores se criaban naranjos y moreras (1) que constituían la base de un comercio importante.

En las postrimerías del siglo XIX se acentuó la decadencia de Mondoñedo, iniciada al perder la capitalidad de una de las siete provincias en que antiguamente estaba dividido el reino de

(1) Consta en unas antiguas Ordenanzas que en los siglos XV y XVI existía en aquellos valles una producción no despreciable de seda y naranjas.

Galicia, por el alejamiento en que quedó la comarca de las nuevas vías de comunicación; pero bastaba para animar la ciudad la muchedumbre de campesinos que de todos los caseríos del valle concurrían a ella, llenando sus calles y plazas los días de las fiestas más solemnes o aquellos en que se celebraban ferias, mercados y romerías.

Llegó el día 15 de Octubre templado y sereno, y aunque se había anunciado la llegada del Sr. Cos a la caída de la tarde, desde antes de las tres comenzó a llenarse de gente la carretera que une la ciudad con la costa. Adelantábanse unos al encuentro de la comitiva, agrupábanse otros a uno y otro lado en las proximidades del arrabal de San Lázaro, ansiosos de ver al Obispo, y adelantarse después por atajos y vericuetos para presenciar su llegada a la plaza y su entrada en el Palacio episcopal.

Eran las cuatro muy corridas y trasponía el sol las altas montañas de Poniente, cuando el alegre repique de las campanas de la Catedral, a las que siguieron inmediatamente las de las demás iglesias y una salva de estruendosas bombas, anunciaron que el Prelado daba vista a la ciudad. Apareció éste a poco en un landó abierto, a la derecha del alcalde, saludando y bendiciendo afable a la muchedumbre que le aclamaba, la cual se hacía cada vez más compacta, hasta el punto de que muchas veces el coche tenía que pararse para no atropellar a los que se amontonaban a su alrededor. Llegó por fin al Palacio episcopal, entró en él el nuevo Obispo seguido de las autoridades y representaciones que concurrieron a darle la bienvenida y ofrecerle sus respetos, y la multitud que llenaba la plaza fué retirándose lentamente, viéndose al cabo de un rato invadidas las tabernas y figones por los forasteros que comían apresuradamente una modesta cena con el fin de estar prontos para visitar las iluminaciones y presenciar la sesión de fuegos artificiales con que el Cabildo y el Ayuntamiento obsequiaban a su Obispo.

Comenzó la velada a eso de las nueve de la noche, luciendo bonitas iluminaciones la Casa Consistorial, la Catedral, el Seminario y muchas casas particulares; quemáronse muchos y muy vistosos fuegos artificiales, y amenizaron los intermedios dos bandas de música, colocada la una en la cabecera de la plaza y otra delante del Palacio episcopal.

En esta fiesta, por un conjunto de circunstancias fortuñas,

me correspondió dar la nota más saliente. Hacía poco más de un año, una persona piadosa había ofrecido al Seminario una cantidad importante para dotar la cátedra de Física del material necesario para la enseñanza de esta asignatura, y con este donativo se adquirieron en París numerosos aparatos elegidos entre los más perfeccionados y mejor contruidos que pudieron encontrarse en la capital de Francia. Llegaron los instrumentos de Física a Mondoñedo en la primavera de 1886, y estando a la sazón vacante la cátedra de la asignatura, se me encargó a mí, que era profesor del mismo Seminario, aunque de otra Facultad, desembalar, clasificar y preparar los aparatos para su colocación definitiva en las vitrinas que se estaban construyendo. Me ocupé en esta labor durante el verano, y al fin de Septiembre estaban todos ellos en disposición de funcionar. Llegó por aquellos días la noticia de la próxima venida del Sr. Cos, y el rector reunió a los profesores con el fin de acordar los festejos con que el Seminario habría de celebrar la entrada del nuevo Obispo. Se discutió, en primer lugar, la forma en que se había de adornar la fachada y la iluminación que había de lucir durante la sesión de fuegos artificiales, y yo ofrecí colocar en el balcón central un foco potente de luz eléctrica. Aceptóse la idea con gran entusiasmo por ser entonces la luz eléctrica cosa no vista en la ciudad, y se nos autorizó a otro profesor y a mí para que dirigiésemos el ornato y decorado de la fachada.

Cundió la noticia y causó gran expectación, por lo que apenas comenzaron a encenderse las luces y sonaron los primeros cohetes, se congregó una multitud compacta en la plazuela del Seminario. Dejé que acabasen de sonar las bombas de gran estruendo, que señalaron el principio de la fiesta y que estuviesen totalmente encendidos los farolillos de las iluminaciones, puse en contacto una gran batería de cincuenta pilas Bunsen con un excelente arco voltaico, sistema Foucault, y brotó una especie de cascada de vivísima luz, que empalideció todas las demás e hirió la vista de los curiosos que se vieron obligados a volver sus ojos a otra parte. Surgió un gran murmullo seguido de recios y repetidos aplausos, los cuales se reprodujeron distintas veces, sobre todo, cuando se movía el reflector y se dirigía el haz luminoso sobre distintos objetivos. Fueron muchos los que quisieron penetrar en el salón de la Biblioteca, en el que se habían insta-

lado las pilas, pero yo había dado órdenes muy severas para que a nadie se permitiese la entrada, fuera de los que nos habíamos encargado de cuidar y vigilar la instalación, pues el contacto con los cables hubiera sido peligrosísimo. Cuando ya faltaba poco para que terminase la velada, permití que se acercasen al foco luminoso cinco o seis compañeros de profesorado, que deseaban vivamente verlo de cerca, a los que se había agregado un sacerdote empleado en la Sacristía de la Catedral, hombre candoroso en extremo, que nunca había salido de Mondoñedo y que por efecto del aislamiento en que había vivido, tenía unas ideas raras sobre los inventos modernos. Expliqué a todos brevemente el aparato Foucault y el mecanismo con que se aproximaban los carbones a medida que se iban desgastando, y después, con las debidas precauciones para que ninguno se aproximase a los cables conductores, conduje a los visitantes al lugar donde se habían instalado las pilas Bunsen. Eran éstas de gran tamaño y despedían con abundancia gases nitrosos que afectaban la forma de humo de color gris. El buen sacristán de la Catedral, que oía muy atento mis explicaciones, pero me parece que sin entenderlas cosa mayor, creyó que la causa de aquellos humos no podía ser otra que algún gran brasero colocado de modo invisible debajo de la batería de pilas, y exclamó muy admirado: «¡Qué cosas tan maravillosas hace Dios! ¿De modo que aquí se pone la lumbre y allá lejos sale la llama?»

Acabóse la fiesta al filo de la media noche, y poco después, apagadas las luminarias y extinguido el eco de los últimos cohetes en las concavidades de las montañas, sólo se oían, cada vez más lejanos, los alegres cantares de los lugareños que tornaban a sus casas después de haber visto a su Obispo y haber presenciado las fiestas con que se había celebrado en la ciudad su llegada a la capital de la diócesis.

Al día siguiente fué la solemne entrada del Obispo en la Catedral. Salió del Palacio episcopal revestido de capa magna y acompañado del Cabildo, y en un altar colocado delante de la puerta principal del templo, prestó el juramento acostumbrado de guardar bien y fielmente las constituciones y loables costumbres de aquella Iglesia. Revistióse después el Obispo con los ornamentos pontificales, y mientras en el exterior sonaban las campanas y en el interior los dos órganos, fué marchando la pro-

cesion por las naves hasta la capilla mayor. Dirigió el Prelado desde el altar un saludo a sus diocesanos, entonó después un «Te-Deum» que se cantó con acompañamiento de orquesta y al final bendijo por primera vez a su pueblo.

Fué la concurrencia a esta solemnidad algo menor que la del día precedente, porque faltó el concurso de campesinos que no podían abandonar dos días seguidos sus faenas agrícolas, pero acudió, sin embargo, gran gentío procedente de la ciudad y de sus arrabales, y si fué grata la impresión que produjo la presencia del Sr. Cos vestido con su traje habitual, fué mucho más grata al verle revestido de capa magna y de ornamentos pontificales. La alta estatura del Obispo y sus modales verdaderamente majestuosos, arrancaban exclamaciones de admiración a las sencillas mujeres de los barrios del Carmen o de Los Molinos que no cesaban de decir: *¡Minha xoya!* *¡Qué guapo e!* (1)

Había en Mondoñedo un pequeño grupo compuesto por tres o cuatro señores mayores, tan mayores que no había persona viviente que los hubiese conocido jóvenes; su aspecto daba la impresión de que aquellos señores no habían pasado por las edades de infancia, adolescencia y juventud, por que pasamos los demás hombres, sino que Dios los había creado así, en plena ancianidad, y los sostenía por un milagro de su omnipotencia divina sin mutación sensible, viendo desfilar ante su mirada escrutadora generaciones de Obispos y Canónigos para ser la tradición viva de aquella Catedral. Asistían puntualmente a la misa mayor y a todas las solemnidades y se colocaban a la puerta de la capilla mayor, un poco dentro de ella, considerándose allí con tanto derecho como el Deán o el Arcediano en sus sillas respectivas. Si algún fiel poco conocedor de las pragmáticas catedralicias se adelantaba y ocupaba cualquiera de los puestos adosados a la verja de la capilla mayor por la parte de dentro, cuando llegaba alguno de aquellos respetables ancianos dirigía al intruso miradas rencorosas y con buenos o malos modos, casi siempre con malos, le quitaba el puesto usurpado y en él se instala-

(1) La exclamación *¡Minha xoya!*, muy usada en el Norte de Galicia, difícilmente puede traducirse, porque tiene diversos significados, según es el tono con que se dice, o según se desprende de las palabras que la acompañan. Ordinariamente se usa para significar gozo, admiración o cariño. Traducida al pie de la letra quiere decir: *¡Joya mía!* *¡Encanto mío!*

ba, mientras el usurpador se alejaba confuso, murmurando excusas. Eran estos señores fieles defensores de todas las costumbres tradicionales; sabían con exactitud qué días debía cantarse misa *a cuatro* y qué otros misa *a ocho*, en qué festividades debían salir seis capas a vísperas y en cuáles solamente cuatro, cuándo correspondía cantar el *aria* en kalenda y cuándo *villancicos* (1), y ¡ay del Canónigo, sacristán o monaguillo que faltase a los loables usos y costumbres, porque no tardaba en sentir sobre sí las iras del *santo sínodo de la tradición!* La reconvencción al delincuente no se hacía esperar, y ésta era amistosa, pero enérgica, si iba dirigida a un Canónigo; severa y dura si el reconvenido era un sacristán; fiera y acompañada de pescozones si el corrigiendo era monaguillo.

Acudió, como era natural, todo el venerable cónclave a la entrada del Sr. Cos en la Catedral, y después de examinar con toda escrupulosidad la persona y modales del nuevo Obispo, declaró unánimemente:

Primero. Que el Sr. Cos tenía agradable y majestuosa presencia.

Segundo. Que hacía las ceremonias con gravedad.

Tercero. Que tenía una voz agradable, aunque algo quebrada (2), era elocuente en el decir y cantaba bien.

Todos estos antecedentes presagiaban un mayor esplendor en las funciones solemnes de la Catedral.

No menos favorable acogida mereció el Prelado mindoniense del grupo de señoras que asistían diariamente a misa mayor y vísperas y por su asiduidad habían sido condecoradas por los

(1) Para la inteligencia de esto es de advertir que el Cabildo de Mondoñedo fué gran cultivador de la música durante la primera mitad del siglo XIX. Esta solicitud del Cabildo debióse principalmente a un maestro de capilla que ocupó el cargo, siendo muy joven, al terminar la guerra de la Independencia, y vivió hasta el año 1867 o 68. Era buen músico, pero muy influido por la música rossiniana y muy alejado de los buenos modelos de música religiosa. Esta circunstancia fué causa de que en las fiestas religiosas de la Catedral de Mondoñedo se oyesen sinfonías de las óperas más en boga, duetos, concertantes, romanzas, arias y villancicos. En las vísperas de las fiestas principales, al anunciarse en la kalenda la festividad del día siguiente, se interrumpía el coro y se cantaba unas veces un aria de tenor y otras un villancico, según la clase de solemnidad anunciada.

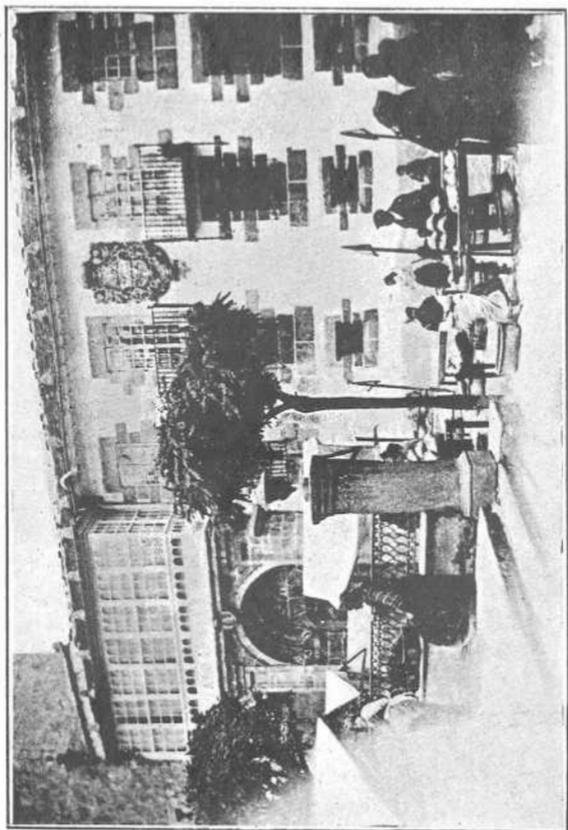
(2) Padecía el Sr. Cos en aquellos días una ligera afección a la garganta.

monaguillos con el título de *canónigas honorarias*. Estas señoras, con el rosario arrollado en la muñeca y en la mano el euco-logio, de tamaño más o menos grande, algunos había de formidables dimensiones, estuvieron largo rato reunidas al pie de la torre de las campanas comentando el suceso del día y todas manifestaron su convicción de que el pontificado que comenzaba sería muy del agrado de todos los diocesanos; solamente alguna apuntó el temor de que fuese de corta duración por parecerle que las maneras distinguidas del Sr. Cos serían motivo de que pronto lo trasladasen a diócesis más céntrica y de capital más populosa.

Gran actividad desplegó el Sr. Cos en el régimen de la diócesis mindoniense y fué el primer objeto de sus acertadas iniciativas el Seminario, al cual mejoró moral y materialmente. Amplió el edificio del siglo XVIII que antes existía, dictó muy sabias disposiciones disciplinares, fomentó el internado y sometió al externado a un estatuto que evitaba en gran parte los riesgos a que los jóvenes alumnos se veían expuestos, estimuló el celo de los profesores y de los alumnos, creó algunas cátedras e imprimió a la labor docente movimiento y vida, asistiendo él mismo a los exámenes y consultando frecuentemente a los profesores, de modo que al finalizar aquel mismo curso de 1886 a 1887 la faz del Seminario estaba transformada y mejorada.

No podía el gran catequista de Oviedo dejar de promover la enseñanza del Catecismo en la diócesis cuyo gobierno le había confiado la Divina Providencia, y en este sentido la visita pastoral que emprendió a los pocos meses de su llegada a Mondoñedo, fué un verdadero apostolado. En todas las parroquias que visitaba reunía los niños y niñas, examinaba el estado de instrucción en que se encontraban, les dirigía pláticas catequísticas que bien pueden pasar por modelo, estimulaba a los párrocos, y a pesar de las enormes dificultades que ofrecen al establecimiento de la catequesis aquellas Parroquias gallegas de extenso territorio y población dispersa, en una forma o en otra dejaba establecida la enseñanza de la Doctrina Cristiana.

En Mondoñedo fundó una gran catequesis de niños y otra de niñas, regidas ambas por el mismo reglamento de las catequesis de Oviedo. A ellas asistían de 600 a 700 niños y un número de niñas próximamente igual. Celebrábase con esplendor ex-



Palacio episcopal de Mondoñedo.

traordinario la primera comunión de niños y niñas, y a ésta y otras fiestas de la catequesis no faltaba el Sr. Cos, que tenía para los niños un atractivo singular, y cuyas visitas eran celebradas por los pequeños asistentes al Catecismo como el premio de más valía.

La complacencia con que los mindonienses veían el acierto y laboriosidad de su Obispo en el gobierno de la diócesis, fué pronto turbada. Un día del mes de Septiembre de 1888 estando el Sr. Cos visitando las Parroquias de su diócesis más cercanas a la diócesis de Lugo, comenzó a correr por la ciudad de Mondoñedo el rumor de que iba a ser trasladado a la archidiócesis de Santiago de Cuba. Tratóse de averiguar el origen de la noticia, pero no se pudo conseguir hasta que *La Correspondencia de España* del día siguiente vino a desvanecer todas las dudas. Este periódico publicaba la noticia de que el Gobierno, teniendo en cuenta la situación en que se encontraba la archidiócesis de Santiago de Cuba (1), había propuesto a la Santa Sede que fuese promovido a ella el Obispo de Mondoñedo. La confirmación de esta noticia causó a los mindonienses honda pena, pero no extrañeza, porque desde que fué conocido el Sr. Cos, sus diocesanos abrigaron el temor de que pronto sus relevantes cualidades habían de llevarle a más altos destinos. El común sentir lo expresó gráficamente un hojalatero muy conocido por sus dichos ingeniosos y desenfadados, el cual tomando unas copas en la taberna de *Luisito*, dijo del Sr. Cos al conocer la noticia de su promoción a Santiago de Cuba: *Era demasiado Obispo pra un pueblo tan pequenno*. Era Obispo demasiado grande para una ciudad tan pequeña.

(1) Temíase entonces que estallase una insurrección separatista, en la que se creía comprometida una parte del clero indígena.





VI

Más allá del Atlántico.



N el Consistorio de 14 de Febrero de 1889 fué preconizado el Sr. Cos Arzobispo de Santiago de Cuba y le fué comunicada oficialmente la preconización en los primeros días de Junio, en Madrid, donde se hallaba a la sazón ultimando la división de la única parroquia que hasta entonces existía en la ciudad de El Ferrol, en tres parroquias, división que hacía indispensable la población de más de 25.000 habitantes a que ascendía la parroquia mencionada. Por esta razón ya no pudo volver a Mondoñedo, ni despedirse personalmente de los que dejaban de ser sus diocesanos, con harto sentimiento suyo, y así lo expresó en una Carta Pastoral de despedida.

En Octubre de aquel mismo año se trasladó a Cádiz con el fin de embarcar en el vapor que había de conducirle a la isla de Cuba. En dicha ciudad andaluza residía una numerosa colonia montañesa de la que formaban parte un buen número de oriundos del valle de Cabuérniga. Dispensaron los montañeses un buen recibimiento a su paisano y distinguieronse, entre todos, los cabuérnigos, que ofrecieron al Sr. Cos, como recuerdo de su paso por Cádiz, una gran bandeja de plata, en cuyo centro campeaban las armas del Arzobispo y a su alrededor los nombres de los pueblos del valle a los que pertenecían los oferentes (1).

Detúvose unos días en la Habana el Sr. Cos, y el día 2 de Enero hizo su entrada solemne en Santiago de Cuba, cuyos ha-

(1) Esta bandeja fué donada por el Sr. Cos a la iglesia de Santa Eulalia de Terán, donde se conserva.

bitantes recibieron a su Arzobispo con grandes manifestaciones de cariño.

Las afectuosas y corteses maneras del Sr. Cos cautivaron la estimación de los cubanos, como habían cautivado la de los ovetenses y mindonienses, y pronto el Arzobispo se hizo popular en toda la ciudad. Sobre todo, los niños, cuyas escuelas visitaba con frecuencia el ilustre Prelado, entreteniéndose en preguntar y en contar ejemplitos a los pequeños alumnos con aquella gracia atrayente que en él era singular, corrían a su encuentro apenas le vislumbraban en las calles, ansiosos de besar su anillo y de conversar con él.

Mucho bien hacía en aquellas familias criollas, buenas en el fondo, pero algo tocadas de tibieza e indiferentismo, los relatos de los niños, que no cesaban de repetir en sus casas lo que les había dicho «su amigo» el Arzobispo, como ellos le llamaban, y esta circunstancia preparó maravillosamente la creación de las catequesis de niños y niñas que fundó el Sr. Cos a poco de su llegada a Santiago de Cuba, con el mismo reglamento, salvas ligeras variantes, que el de las catequesis de Oviedo.

Confió estas enseñanzas catequísticas a la dirección de los Padres Paules, única comunidad religiosa de varones que allí existía a la sazón, mas a pesar de eso, puede decirse que, mientras el Sr. Cos residió en Santiago de Cuba, él fué el verdadero director de las catequesis. Las visitaba con frecuencia y hacía él mismo las explicaciones de doctrina cristiana que niños y niñas oían con la misma avidez que en Oviedo y Mondoñedo y escuchaba con gran atención y religioso silencio el numeroso público que solía concurrir a oír la misa de la catequesis y las explicaciones del Arzobispo.

Asistían a estas enseñanzas de doctrina cristiana la mayoría de los niños de la ciudad, y para que en ellos se conservase al llegar a la peligrosa edad de la juventud el fruto de la enseñanza recibida en la catequesis, dispuso el Sr. Cos que se celebrase con gran solemnidad la primera comunión de los niños y que se invitase a los padres y madres de los mismos a acompañarlos en la recepción del sacramento. En la tarde de los días de primera comunión celebrábase una procesión solemnísima, a cuya terminación los niños renovaban las promesas del Bautismo y quedaban adscritos a una congregación que tenía por objeto fo-

mentar la frecuencia de los sacramentos y apartar a los adolescentes de los peligros de pecado y de las malas compañías. Estas congregaciones adquirieron pronto notable desarrollo y un alto grado de prosperidad sobre todo la de niños, a la que regaló y envió desde España un magnífico estandarte la Marquesa de Comillas.

Acaso la mayor de las dificultades con que tenía que luchar el Arzobispo de Santiago de Cuba era la escasez del clero para un territorio muy extenso, cuya población, de escasa densidad, estaba esparcida en pequeños poblados distantes entre sí y en innumerables bohíos, levantados aquí y acullá sin orden ni concierto alguno, allí donde los negros encontraban un pedazo de tierra de su gusto, que se apropiaban sin permiso de nadie, y en el que, después de haber talado los árboles y arrancado las malezas, plantaban boniatos y otras plantas del país con cuyos frutos se alimentaban, viviendo sumidos en una ignorancia profunda y gozando de una independencia semisalvaje.

Con el fin de remediar en parte esta necesidad pidió y obtuvo el Sr. Cos, del ministerio de Ultramar, algunos recursos, y con ellos, llevó a su archidiócesis unos pocos sacerdotes de la península, jóvenes y activos, que quisieron arrostrar las grandes dificultades de aquel penosísimo servicio parroquial; mas conociendo el Arzobispo que de nada serviría tener clero si éste no estaba dotado de celo apostólico y dispuesto a los más grandes sacrificios, convocó a todos los sacerdotes súbditos suyos a practicar Ejercicios Espirituales, que hacía muchos años no se practicaban. Asistió casi todo el clero de la Archidiócesis, a pesar de que alguno de los sacerdotes asistentes tuvo que recorrer más de doscientos kilómetros para venir desde su pueblo a la capital del Arzobispado y de que no pocos eran ancianos o padecían achaques producidos por el clima insano de la región oriental de la isla de Cuba.

Gran satisfacción produjo en el ánimo del Sr. Cos la docilidad de su clero, y así lo manifestó en una sentidísima plática con que después de distribuir la comunión a los ejercitantes se despidió de ellos con frases tan cordiales y afectuosas, que al fin, asomándose el corazón a los ojos, no pudieron contener las lágrimas ni el Arzobispo ni los sacerdotes, los cuales allí mismo prometieron obediencia y adhesión inquebrantable a su pastor.

La salud del Sr. Cos comenzó a sentir los efectos enervantes del clima tropical, y los médicos le aconsejaron que trasladase por algún tiempo su residencia a lugar más sano y ventilado que el de Santiago de Cuba. Obedeció el Arzobispo a las prescripciones facultativas y se trasladó al poblado de Boniato, situado a once leguas de la capital del Arzobispado, e instaló su residencia en una casita de campo que alquiló para este fin, y se llamaba «La Balbina».

Rodeaban a Boniato gran número de pequeñas barriadas y bohíos habitados por gente de color, como llaman en Cuba a los negros y mulatos. Todos estos campesinos carecían casi en absoluto de instrucción religiosa, llamábanse católicos y no querían que se les llamase de otra manera porque estaban bautizados y consideraban la profesión de la religión cristiana como signo de superioridad, pero sin tener idea exacta de sus dogmas ni de sus preceptos; érales muy difícil acudir al templo, que solía estar lejos de sus viviendas, y no asistían a misa los días festivos; cuando llegaban a la edad núbil se unían maritalmente, guardándose bastante bien fidelidad mútua, pero sin que el Sacramento del matrimonio consagrarse estas uniones, algunos practicaban devociones raras y extravagantes que habían aprendido en su niñez, y a esto se reducía su religión.

Apenas llegó el Sr. Cos a Boniato, acudieron muchos de los negros y mulatos que poblaban los alrededores, dominados por la infantil curiosidad de ver lo que era un Arzobispo, que ellos se figuraban debía ser algo raro y descomunal. Recibíalos el Sr. Cos con grande afabilidad y cariño, y de tal manera les ganaba el corazón, que los pobres campesinos no se hartaban de oírle, de curiosear todo lo que encontraban a su paso, y hasta de palpar sus ropas y aun besarlas con gran respeto. Aprovechaba el Arzobispo estas buenas disposiciones para instruir a los sencillos visitantes; y una vez instruídos en las verdades más fundamentales de la Religión, los confesaba y les distribuía la sagrada comunión.

Para facilitar la regularización de las uniones ilegítimas publicó el Arzobispo en el *Boletín Eclesiástico* de la Archidiócesis una circular anunciando que casaría gratuitamente a todos los pobres que quisiesen acudir a su casa de Boniato. Fueron muchos los que respondieron a este llamamiento, y el Arzobis-

po pasaba los días enteros averiguando si existía impedimento entre los contrayentes, desenredando datos confusos y rectificando noticias equivocadas, hasta que ponía en claro la libertad y soltería de los que pretendían casarse. Procedía después a confesarlos y a administrarles el Sacramento del matrimonio por sí mismo o por medio de uno de los sacerdotes que le acompañaban.

Fué tan grande el número de uniones legitimadas, que en un solo día, el 29 de Octubre de 1890, se celebraron 29 matrimonios en el salón principal de la casa de Boniato, convertido para éste y otros casos semejantes en capilla.

Cuando el número de contrayentes era grande, el Arzobispo los confesaba, decía después misa de velaciones en que todos comulgaban, y, por último, iban celebrándose los casamientos uno a uno, ante el Padre Francisco Llera, autorizado expresamente para ejercer el ministerio parroquial.

El bien que estos trabajos apostólicos del Sr. Cos hicieron en todos aquellos contornos fué incalculable y el cariño que los habitantes de Boniato y sus cercanías profesaban a su Arzobispo era superior a toda ponderación, sin que fuese parte para entibiarse la activa propaganda separatista que por entonces se hacía en toda la isla y especialmente en su región oriental, y que cobró nuevos bríos con un viaje de propaganda de Maceo. Era este jefe uno de los más conspicuos entre los que se agitaban preparando la insurrección que estalló pocos años después y gozaba gran influencia entre la gente de color, a cuya raza pertenecía. A fines de 1890 llegó a Santiago de Cuba, donde fué recibido clamorosamente, y pocos días después pasaba por las cercanías de la finca en que se hospedaba el Sr. Cos.

Reunióse para verle pasar un número considerable de habitantes de aquellos alrededores, entre los que no faltaban enemigos encubiertos de la dominación española, que se daban a conocer por las aclamaciones entusiastas con que recibían a Maceo. Estaba entre los espectadores, muy callado y sin meterse con nadie, el cochero del Arzobispo, que era un negro muy listo y muy apegado a la casa arzobispal. Alguno de los acompañantes del cabecilla cubano le dió a conocer a éste el carácter de servidor de un español, y por añadidura Arzobispo, que tenía el negro, y Maceo aprovechó la ocasión para decir en voz alta fra-

ses despectivas para el Arzobispo e insultantes para la nación española. No lo pudo sufrir el cochero arzobispal, y contestó a Maceo una desvergüenza. Dirigióse el caudillo cubano al cochero en son de amenaza; pero la actitud del público, que comenzó a increparle por su falta de respeto al Arzobispo, le obligó a retroceder y alejarse.

No ejercía menos el Arzobispo las obras de caridad corporales que las espirituales, y al mismo tiempo que enseñaba con gran paciencia la Doctrina cristiana y los Mandamientos de la Ley de Dios, se complacía en dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, de tal modo, que su popularidad fué creciendo de día en día y la afluencia de los que acudían a «La Balbina» para ver y hablar al Arzobispo aumentaba a medida que cundía la fama de la bondad inagotable con que todos eran recibidos. Aun los más pobres y miserables tenían fácil acceso y hablaban al Arzobispo con sencillez y confianza, como un hijo habla con su padre.

Llegó en cierta ocasión a la residencia de Boniato un pobre negro, que vivía en un miserable bohío; venía muy mal vestido y hambriento. El Sr. Cos le recibió cariñosamente y mandó que le diesen de comer y le proporcionasen algunas ropas. Cuando el negro se encontró bien comido y regularmente vestido, dijo: *Aquí se está bien*; y se quedó a cenar y a dormir. Al día siguiente, apenas se despertó le sirvieron un tazón de café y un tabaco, y repitió: *Aquí se está bien*; y como allí se estaba bien se quedó en la casa durante tres días.

Desde el día siguiente al de su llegada cobró gran confianza y lo recorría todo, haciendo preguntas acerca de las cosas que veía con infantil y sencilla impertinencia; gustaba de hablar largamente con el Arzobispo, y el Arzobispo aprovechaba su curiosidad para instruirle en sus deberes religiosos y darle consejos, que el negro oía con grande atención y con muestras de estar dispuesto a seguirlos.

Uno de los días estaba viendo cómo se desayunaba el Sr. Cos, que por prescripción facultativa no tomaba café ni licores ni por aquel entoces fumaba, aunque antes había sido gran fumador. Miróle el negro sin pestañear y en silencio durante un rato, y al cabo le dijo:

—*Si su LUSTRISIMO no toca café, ni bebe rom, ni fuma tabaco, ¿a qué ha VENIO a Cuba?*

Después de haberse instalado el Sr. Cos en Boniato pareció que se había contenido el estrago que en su naturaleza causaba el clima tropical; pero pasado algún tiempo volvieron a notarse síntomas de debilidad creciente que movieron a los médicos que le asistían a prescribirle el retorno a la Península, desesperanzados de que pudiera aclimatarse en Cuba. Obedeciendo esta prescripción, resolvió el Arzobispo volver a España en el verano de 1891, decidido a exponer su situación al Nuncio de Su Santidad y presentar la dimisión del arzobispado, ya que Dios, en sus altos designios, parecía negarle la salud y robustez necesaria para regir con fruto la Archidiócesis de Santiago de Cuba.





VII

El sol en el cénit.



LEGÓ a España el Sr. Cos en la primera mitad del año 1891 y conferenció en Madrid con el Nuncio de Su Santidad, cargo que por aquel tiempo desempeñaba monseñor Di Pietro, años después Cardenal Datario, exponiéndole el estado de su salud y sus propósitos de dimitir el Arzobispado de Santiago de Cuba. Disuadióle de ellos monseñor Di Pietro y le aconsejó que pasase algún tiempo en el Norte de España con el fin de ver si el clima del país natal le devolvía la robustez necesaria para regir de nuevo su archidiócesis. Obedeció el Sr. Cos las insinuaciones del Nuncio de Su Santidad y pasó aquel verano en Asturias y en la Montaña, visitando el valle nativo y la ciudad de Oviedo, que le demostró con inequívocas muestras de cariño no haber olvidado a su antiguo y querido Magistral.

Comenzado ya el otoño visitaron al Sr. Cos dos eminentes médicos muy acreditados en la Corte, oriundo de la Montaña uno de ellos. Aprovechó la ocasión el Arzobispo para consultar el estado de su salud, y ambos estuvieron contestes en afirmar que, si bien era evidente la mejoría que había experimentado en España, sería temerario exponerla de nuevo al influjo perjudicial del clima cubano. Los mismos médicos, después de haber regresado a Madrid, expusieron personalmente su parecer a monseñor Di Pietro, el cual desde este momento formó el propósito de trasladar al Sr. Cos a una de las diócesis de la Península, y así se lo comunicó a éste en carta muy expresiva y afectuosa.

Por el mes de Noviembre corrieron rumores, quizá no desti-

túidos de algún fundamento, de que el Sr. Cos ocuparía la sede palentina, que había vacado en Julio de aquel año por muerte del Ilmo. Sr. Lozano y Torreira; mas, resuelta definitivamente en los primeros días de Marzo de 1892 la promoción del Sr. Sancha a la archidiócesis de Valencia, se acordó que le sucediese en la diócesis de Madrid el Sr. Cos. La presentación se publicó en la *Gaceta* de 26 de Junio, y en el Consistorio del 11 de Julio fueron preconizados el Emmo. Sr. Cardenal Monescillo para la archidiócesis de Toledo, el Excmo. Sr. Sancha para la de Valencia y el Excmo. Sr. Cos para la diócesis de Madrid Alcalá.

Ocupóse entonces el ya preconizado Arzobispo-Obispo (1) de la capital de la Monarquía en elegir los auxiliares precisos para el gobierno de la diócesis que Dios le había confiado, y quiso contar con mi modesta colaboración, la cual me pidió personalmente de una manera original, que merece ser referida.

Cuando el Sr. Cos comenzó a regir la diócesis de Mondoñedo era yo un joven de veinticinco años, profesor de aquel Seminario. Desde que le ví por primera vez me sentí atraído por su amabilidad y extremada cortesía. La atracción de simpatía debió ser mútua, porque durante el poco tiempo que gobernó aquel obispado me dió inequívocas muestras de consideración, y a pesar de mi juventud, me confió varias comisiones delicadas en aquel Seminario. Todo esto había aumentado mi estimación y afecto profundo y sincero hacia él; mas, habiendo sido yo elegido Magistral de la Catedral de Palencia en Mayo de 1889 y habiendo salido el Sr. Cos de Mondoñedo en el mes siguiente, habíanse interrumpido las relaciones entre ambos. Ni el Arzobispo de Santiago de Cuba había necesitado de mis servicios ni yo me había creído autorizado para distraer su atención con cartas impertinentes. En los días en que llegó a Santander enfermo, después de su breve estancia en la isla de Cuba, le escribí interesándome por su salud, y esta carta fué contestada, por otra, muy cortés, de seis líneas. Había transcurrido casi un año cuando apareció en la *Gaceta* su presentación para el Obispado de Madrid, y nuevamente estimé un deber de gratitud escribirle ex-

(1) La Santa Sede le preconizó con este título porque, habiendo llegado a la categoría de Arzobispo, según costumbre de la Iglesia Romana debía conservar las preeminencias y prerrogativas de tal.

presando mi satisfacción por este nombramiento. En esta carta hacía yo alusión a los rumores de su traslación al obispado de Palencia y le decía que mi egoísmo hubiera preferido que esos rumores hubiesen sido confirmados por la realidad; pero que reconocía que la diócesis de Madrid era más adecuada a su categoría y a sus aptitudes. A esta felicitación contestó el Sr. Cos con una tarjeta, en que, después de agradecer en breves frases las que yo le había dirigido, se excusaba de la brevedad de la contestación, motivada por la multitud de cartas que se veía obligado a contestar en aquellos días.

Parecía, pues, poco probable que la Providencia me llevase a colaborar con él en la difícil labor del gobierno de la diócesis palentina. Ciertamente a mí no me había ocurrido tal pensamiento, y lejos de abrigar planes de traslados, encontrábame muy a gusto en la ciudad de Palencia, y en aquel verano de 1892 absorbía por completo mi atención la Comisaría Regia de que había sido investido por el Gobierno, a propuesta del P. Fita y de mi conterráneo D. Juan Catalina García, para promover y organizar en la provincia y diócesis de Palencia la Exposición de arte retrospectivo con que se solemnizó el cuarto centenario del descubrimiento de América. Deseaba yo que la diócesis de Palencia, riquísima en objetos artísticos de los siglos XVI y XVII, ocupase en la Exposición el puesto preeminente que de derecho le correspondía, y para conseguirlo recorría pueblos, examinaba personalmente ornamentos, tablas pintadas, cruces parroquiales, cálices, y demás objetos que me parecían dignos de ser transportados a Madrid, y para nada me acordaba de gobiernos de diócesis, de oficinas ni de expedientes.

En esto, llegó una mañana de las primeras del mes de Agosto, y al entrar en la sacristía de la iglesia de San Francisco, que tenían y siguen teniendo a su cargo los Padres Jesuitas de aquella residencia, con el fin de revestirme de los sagrados ornamentos para celebrar la misa de siete, como de costumbre la celebrada todos los días, se me acercó el Padre Superior para decirme que el Provincial le avisaba que llegaría a Palencia aquella noche, a las nueve y media, y teniendo que tratar conmigo de un asunto urgente y grave, le encargaba que me transmitiese la noticia, para que a la llegada del tren, yo procurase estar en la casa-residencia con el fin de conferenciar con él.

Me causó alguna extrañeza la noticia, porque no acertaba a vislumbrar siquiera qué clase de negocios graves y urgentes tendría que tratar conmigo el Padre Provincial de los Jesuitas, y durante todo el día hice varios cálculos y suposiciones, sin encontrar explicación verosímil. Apenas dieron las nueve de la noche en el reloj de la Catedral, me encaminé a la casa-residencia, y antes de llegar a ella me encontré a dos padres que, acompañados del hermano portero, iban apresuradamente a la estación a esperar al Provincial. Seguí yo a la residencia, conforme se me encargaba en el aviso recibido, y entré en el comedor de la casa donde terminaba su cena otro de los padres, que por haber predicado en el ejercicio de la Hora Santa que se practicaba en la iglesia de San Francisco los primeros jueves de cada mes, estaba cenando en segunda mesa. Poco rato había pasado, cuando entró muy alborozado en el comedor el hermano portero, que por haber vivido muchos años en Poyanne solía mezclar algunas palabras francesas en la conversación, exclamando: «¡Oh, mon Dieu, mon Dieu! ¿Saben ustedes quién es el Padre Provincial que ha llegado? Es monseñor «l'archeveque de Madrid».—¿Cómo?—dije muy sorprendido—¿Está aquí el Sr. Cos?—El mismo—contestó el hermano portero—; «l'ancien archeveque de Cuba».

Salimos precipitadamente el otro padre y yo, y encontramos al Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá acompañado de un antiguo familiar suyo y de los padres que habían salido a recibirle a la llegada del tren, en un saloncito de tránsito que unía la portería con las habitaciones interiores y solía servir a los padres del lugar de recreación después de la comida. Le saludé con grandísimo gusto y respetuoso afecto y no fué menor la satisfacción que mostró el Sr. Arzobispo al verme, después de tres años de ausencia, durante los cuales yo había obtenido la canonjía Magistral de Palencia y había sido nombrado Provisor y Vicario General de aquella diócesis. Pasados breves momentos en que se cruzaron los primeros saludos y manifestaciones de alegría, el Sr. Cos me fué llevando con aparente naturalidad a un rincón de la estancia, y allí, lejos de las personas que en ella estaban, me dijo:

—Usted me escribió diciendo que se hubiera alegrado mucho de mi venida a Palencia.

—Ciertamente—le contesté yo—, hubiera tenido mucho gusto en ser nuevamente súbdito de vucencia.

—Pues eso se puede conseguir—replicó—de dos maneras; o viniendo yo a donde V. está o yendo V. a donde esté yo.

Causáronme viva sorpresa estas palabras, y sólo contesté:

—Difícil me será trasladar mi residencia a otra parte, ahora que tengo sobre mí las obligaciones de una canonjía de oficio.

Hasta ahora—continué diciendo—, no se me han ocurrido pensamientos de variar de posición. Mis aspiraciones todas están más que satisfechas y en el tiempo que aquí llevo residiendo no tengo más que motivos de gratitud hacia los palentinos. Yo creo que me estiman en más de lo que valgo.

—Ya sé que le estiman a V.—repuso el Sr. Arzobispo—; sin embargo puede haber razones suficientes para cambiar de puesto. En una palabra, y circunloquios aparte, yo ofrezco a V. la Secretaría de Cámara de Madrid. ¿Acepta V.?

Tan de improviso me cogió la proposición, que no sabía qué contestarle, pues por una parte superaba en importancia el cargo ofrecido a cuanto yo podía soñar entonces, y por otra las dificultades que su desempeño entrañaba, me causaban temores muy fundados. Al cabo de una ligera vacilación, que no escapó a la mirada penetrante de mi interlocutor, contesté:

—Puesto que vucencia se habrá decidido a ofrecerme la Secretaría de Madrid, sabiendo que yo hasta ahora no he ejercido cargos análogos y que por fuerza he de tropezar con dificultades mientras no adquiera la experiencia y desembarazo convenientes, nada tengo que añadir y estoy a las órdenes de vucencia.

—Dejémoslo en las manos de Dios—concluyó el Sr. Cos—y si El quiere, todo se arreglará. Yo pediré a la Santa Sede la licencia necesaria para que V. pueda trasladar su residencia a Madrid, y cuando tenga noticias, las comunicaré. Entretanto, encargo a V. un absoluto y completo silencio sobre todo esto aun con las personas de su mayor intimidad. Más adelante podrá V. comunicar lo que deba comunicarse al Vicario Capitular; pero hasta que yo avise, chitón.

Terminada esta breve conferencia, volvimos a reunirnos con los padres y pasamos todos al comedor donde sirvieron la cena al Sr. Arzobispo, terminada la cual, me despedí para volverme

a mi casa, preocupado y sin saber si debía alegrarme o no, con el cambio de vida que veía en lontananza.

El Sr. Arzobispo marchó a la mañana siguiente muy temprano, y de tal manera se guardó el secreto de su paso rápido por Palencia, que nadie habló de ello ni los periódicos locales publicaron la noticia.

Dos días después volvía yo de la Catedral a mi casa, cuando tropecé en la calle con un caballero seglar que tenía la debilidad de creerse enterado de cuanto pasaba en toda la redondez del orbe. Este señor me paró para decirme:—«Acabo de saber quién va a ser Secretario del Obispado de Madrid». Me causó la noticia no pequeño sobresalto, y llegué a temer que alguna indiscreta pared, única que, a mi juicio, pudiera haber escuchado mi conversación con el Sr. Cos, hubiese descubierto el secreto. El sobresalto debió poner mi semblante al rojo cereza, pero, afortunadamente, mi interlocutor usaba habitualmente gafas oscuras, y no pareció advertir mi turbación. «Sí»—continuó—«El designado es un íntimo amigo mío» (1), y dió el nombre de un ilustre montañés, a la sazón canónigo de una de las Catedrales de Andalucía.—«¿Lo conoce V.?»—«Sólo de oídas»—le contesté, recobrando por completo la serenidad—; pero me alegro mucho que sea tan amigo de V., porque ya sé a quién recurrir cuando tenga necesidad de que me recomienden en las oficinas de la curia eclesiástica de Madrid, que no faltará ocasión».

Pasaron días y semanas sin que yo tuviese la menor noticia del Sr. Arzobispo. Confieso que al ver tan prolongado silencio llegué a creer que, tal vez, yo no había entendido bien sus palabras, dichas rápidamente y en voz baja, y que el ofrecimiento de la Secretaría del Obispado de Madrid, no había existido más que en mi imaginación. Al fin, corrida ya la mitad del mes de Septiembre, recibí una carta del Sr. Cos. En ella me decía que Su Santidad, por medio de la Secretaría de Estado, me concedía una dispensa para que pudiese residir en Madrid durante seis meses, y encargaba que se me procurase en el más breve plazo posible colocación en la diócesis que iba a servir. A pesar de eso, me encargaba nuevamente el silencio más absoluto hasta nueva orden.

(1) Andando el tiempo supe que sólo le conocía de vista.

A fines del mes de Septiembre tuve que trasladarme a Madrid, con objeto de instalar en la sala que designó la Junta que presidía la Exposición, todos los objetos artísticos que envió la diócesis y la provincia de Palencia; que fueron muchos y muy valiosos. Ocupaba yo las mañanas y las tardes en los trabajos de instalación, y apenas me quedaba tiempo para otra cosa; sin embargo, alguna vez tuve ocasión de oír los rumores que corrían acerca de la llegada del Obispo, recientemente preconizado, y de las personas que habían de ejercer los cargos de confianza en el pontificado que iba a comenzar en breve, mas ninguno se refería a mí en lo más mínimo, y ya puede presumirse cuán grato me era sorprender juicios y comentarios resguardado tras el incógnito más completo e impenetrable.

El día 14 de Octubre tomó posesión de la diócesis de Madrid, en nombre del Arzobispo-Obispo, el actual Arzobispo de Sevilla, Excmo. Sr. Cardenal Almaraz, entonces Deán de aquella Catedral. Al acto asistí como un simple curioso, confundido entre los demás que concurrieron a la Catedral con el fin de presenciar la ceremonia.

En los últimos días del mismo mes recibí carta del Sr. Cos; avisándome su próxima venida a Madrid, en la que deseaba que yo le acompañase, y dándome permiso para comunicar la noticia de mi nombramiento a mi familia, que nada sospechaba, y al Vicario Capitular de Palencia. Este, al saber mi traslado, hizo cuanto pudo para disuadirme de mi resolución; pero yo le hice presente mis deberes de gratitud al Sr. Cos, y la absoluta imposibilidad de rechazar decorosamente un puesto de honor y de confianza que se me ofrecía con tanta espontaneidad y sin que yo hubiese hecho la menor gestión para obtenerlo.

En la noche del 19 de Noviembre me unía yo en la estación de Palencia con el Sr. Cos, que venía a Madrid en el tren correo de Santander. Aquella noche, el traqueteo del tren y los pensamientos en que estaba abismado, no me permitieron dormir. Recostado en un rincón del departamento, con los ojos medio cerrados, me parecía encontrarme a bordo de un buque que acababa de abandonar las tranquilas aguas del puerto para internarse en las inmensidades de un mar desconocido, cuyos escollos y peligros se escondían tras de las tinieblas de una noche oscura. Mi

fantasía me representaba de ese modo el puesto que iba a ocupar desde el día siguiente.

Aún no había amanecido cuando llegamos a Segovia. Poco después de haberse detenido el tren entró en el departamento el revisor de billetes, anunciando que una comisión del Cabildo Catedral deseaba saludar al Sr. Arzobispo-Obispo. Despertóse prontamente el Sr. Cos, que venía dormido, y salió al encuentro de los comisionados, que eran el Sr. Caparrós, más tarde Obispo de Sigüenza, y el canónigo montañés y trasmerano Sr. Santiuste. Después de los primeros saludos, hizo el Sr. Cos a los comisionados mi presentación y la de otro familiar, que también le acompañaba, y se entabló animada conversación, que no cesó hasta que dimos fin al viaje en Pozuelo de Alarcón, poco después de las nueve de la mañana. En la estación de este pueblo esperaban el Deán y gobernador eclesiástico de Madrid, Sr. Almaraz, el párroco y Ayuntamiento de Pozuelo y una comisión de párrocos de Madrid.

Desde la estación se trasladó el Sr. Arzobispo-Obispo a la finca de D. Rafael Cabezas, en cuyo oratorio celebró misa, y a las dos y media de la tarde, salimos en dirección a Madrid en tren especial, que llegó a la corte diez minutos después. En la Estación del Norte esperaban los ministros de Gobernación y Gracia y Justicia, muchas comisiones y crecido número de curiosos. Terminada la recepción de comisiones, se organizó larga comitiva de coches. El otro familiar y yo nos quedamos a recoger el equipaje, que era algo voluminoso y que, no sin protesta del cochero, metimos en un coche simón, en el cual nos instalamos también nosotros. Era el jamelgo que arrastraba el coche harto desmedrado y al cochero no parecía correrle prisa llegar al término de la carrera, por lo que, apenas comenzamos a subir la cuesta de San Vicente, perdimos de vista la comitiva que acompañaba al Sr. Arzobispo, y cuando llegamos frente a la iglesia de las religiosas del Sacramento, en la que provisionalmente se había instalado la Parroquia de Santa María, estaba ya su Excelencia revestido de los ornamentos pontificales y comenzaba a organizarse la procesión en la calle del Sacramento. Rogué al cochero que avivase un poco el paso, y por la calle de Ciudad Rodrigo, Plaza Mayor y calle de Toledo llegamos al pie

de la escalinata del templo de San Isidro, hoy Catedral. Allí me quedé, mientras el coche con el otro familiar se encaminaba al Palacio Episcopal, esperando la procesión, que no tardó en llegar. En el numeroso público que se había congregado a la puerta de la Iglesia causó verdadero entusiasmo el majestuoso porte del Sr. Cos. El entusiasmo se manifestó al exterior por medio de aplausos muy nutridos y de frases varias, entre las que recuerdo la de un caballero que estaba a mi derecha:

—Parece un Santo Padre.

En la Catedral se cantó un solemne «Te Deum», acompañado por los dos órganos y a su terminación dirigió el nuevo Obispo al clero y pueblo que le escuchaba breves, pero muy elocuentes frases de salutación. Se concluyó la ceremonia con la obediencia prestada a su Prelado por el clero, que fué desfilando ante el trono. Tardó el Sr. Cos más de tres cuartos de hora en poder salir del templo, porque la muchedumbre se agolpaba a su paso con el fin de contemplarle de cerca y besar su anillo. Al fin pudo tomar el coche y llegar al Palacio Episcopal, en el que hubo recepción de autoridades y de muchas personas particulares que acudieron a saludar al Obispo.

Durante la semana siguiente hizo su presentación el clero secular agrupado por parroquias y el regular presentado por comisiones de las Ordenes religiosas que tenían en Madrid residencia establecida. Todos tuvieron la cortesía de saludarme después de haber ofrecido sus respetos al Sr. Arzobispo-Obispo. En la breve conversación que conmigo sostuvieron manifestaron, al parecer muy sinceramente, la buena impresión que les había causado la afabilidad y las maneras corteses del Sr. Cos. No debió ser tan favorable la que yo causé. En las miradas penetrantes que muchos de ellos me dirigían, registrándome de pies a cabeza, me pareció sorprender cierta desconfianza. Sin duda les parecía demasiado joven (1) y de poco fuste para los graves negocios que se me confiaban.

(1) Acababa de cumplir treinta y tres años, pero representaba algunos menos.



VIII

Horas meridianas.



s, indudablemente, la diócesis de Madrid, la que, entre todas las de España, exige para ser gobernada con acierto, atención más sostenida y más extrema- da prudencia, pues a la complejidad de asuntos propia de una diócesis cuya populosa capital es centro de la vida de la nación, hay que añadir las múltiples cuestiones de carácter más bien nacional que diocesano que han de tratarse y resolverse por lo regular en la capital de la Monarquía antes que en parte alguna.

A esto había que agregar en la época en que el Sr. Cos fué elegido Arzobispo-Obispo de la diócesis de Madrid-Alcalá, el estado todavía embrionario de esta diócesis, constituida seis años antes, segregando su territorio de la extensísima archidiócesis de Toledo. En el poco tiempo transcurrido desde su fundación, ni las felices iniciativas del Sr. Martínez Izquierdo, segadas en flor por el criminal atentado de Galeote, ni los habilísimos trabajos del Sr. Sancha habían podido consolidarse con esa solidez que sólo pueden dar largos años de trabajo no interrumpido.

Era una de las virtudes características del Sr. Cos la prudencia, y por eso procedió en los primeros meses de su pontificado con tan extraordinaria cautela, que algunos llegaron a tacharla de excesiva, pero que sin duda era muy oportuna y conveniente, mientras no se consiguiese formar un juicio exacto sobre las cosas y personas de la diócesis. Para poder formarlos con la perfección que cabe en lo humano, ordenó el Sr. Arzobispo-Obispo hacer una estadística minuciosa y completa de las parroquias del obispado, comenzando por la capital. Fué neces-

rio reunir multitud de datos acerca de cada feligresía, número de fieles que pertenecían a ella, distinguiendo quiénes cumplían con sus deberes religiosos y quiénes no; acerca del personal eclesiástico que en cada una prestaba sus servicios, asociaciones piadosas, escuelas e institutos benéficos establecidos dentro del territorio parroquial, y, en general, de cuantos detalles podían aportar alguna luz para conocer el estado moral y material de la parroquia.

La tarea era árdua y fatigosa; y en ella se ocupaban bajo mi dirección dos escribientes, durante dos o tres horas de la tarde, en una de las habitaciones que yo ocupaba en el segundo piso del Palacio Episcopal. Gustaba de subir a esta oficina el Sr. Arzobispo-Obispo, con el fin de enterarse del estado en que se encontraban nuestros trabajos, y no pocas veces, con gran contento nuestro, cuando la tarde estaba buena, licenciaba a los escribientes después de la primera hora de trabajo, y despidiendo a su familiar, se complacía en llevarme en su compañía a la Casa de Campo, bajo cuyas arboledas paseábamos hasta que la proximidad de la noche nos obligaba a volver a casa.

En aquellos paseos solitarios tratábamos de los negocios más importantes entre los que estaban pendientes de despacho, y estas conversaciones, en que se aquilataban detalles y noticias, solían servir de preparación para la resolución de los mismos. Algunas veces tropezábamos con algún personaje de cuenta, de los pocos que gustaban de esparcir el ánimo en la apacible quietud de la Casa de Campo, y no pocos días nos encontramos con Cánovas del Castillo, que había dejado el Poder poco después de la llegada del Sr. Cos a Madrid, y frecuentaba mucho la Casa de Campo, cuando estaba lejos del Poder. Solía ir solo, apearse del coche en las cercanías del lago e internarse después, a veces leyendo un libro, por alguno de los paseos cercanos. Gustaba de la conversación del Sr. Arzobispo, y por lo regular, se reunía a nosotros y terminábamos juntos el paseo. Era Cánovas hombre de clarísimo talento y de extraordinaria cultura, que le permitía hablar con acierto de todas las materias, lo mismo de filosofía que de literatura, de hacienda que de marina, de artes que de historia. Tenía gracejo especial para calificar con cierta ironía burlona los sucesos de nuestra historia contemporánea y para trazar de un solo rasgo la silueta más acabada de los per-

sonajes que bullían entonces en la política o en los negocios. Gozaba yo indeciblemente y aprovechaba no poco en el conocimiento de las personas, oyendo desde la penumbra en que me colocaba mi posición secundaria, las interesantes charlas del ilustre hombre público, si bien caía algunas veces sobre mis entusiasmos juveniles como ducha de agua helada cierto escéptico pesimismo a que, sin duda, le habían llevado los desengaños de la política.

No había yo terminado aún la estadística comenzada, cuando me ví forzado a interrumpirla para atender a otra ocupación más urgente. Tiempo hacía que había surgido la idea de organizar una peregrinación a Roma en que predominasen las clases populares, mas el pensamiento tropezaba con grandes dificultades, y tal vez no hubiese podido realizarse sin el vigoroso arresto del Sr. Sancha, entonces Arzobispo de Valencia, y, sobre todo, sin la asombrosa actividad y la generosidad sin límites del señor marqués de Comillas. Gracias a la iniciativa de estos dos beneméritos promovedores de la acción social católica, pudo organizarse aquella memorable «Peregrinación obrera de 1894», que tan profundos recuerdos ha dejado en todos los que tuvimos la fortuna de formar parte de ella. Desde Valencia se hizo un llamamiento a toda España, y en Madrid nos aprestamos a corresponder al requerimiento de la Junta valenciana como convenía a la capital de la nación. Se constituyó una Junta, bajo la presidencia del marqués de Cubas, y esta Junta se fraccionó en diversas subcomisiones para el mejor desempeño de su cometido. A la Secretaría de Cámara del Obispado se le encomendó una intensa labor de propaganda en toda la diócesis, y principalmente en las feligresías de fuera de Madrid. Además era menester reunir y ordenar los muchísimos datos que pedían las diversas comisiones en sus reuniones frecuentes, que al poco tiempo fueron diarias. Toda esta labor excedía en mucho la cantidad de trabajo que podía prestar el personal de Secretaría, aun trabajando en horas extraordinarias. Para no perjudicar al despacho ordinario, el Sr. Arzobispo-Obispo me concedió que cuanto se refería a la peregrinación obrera se tramitase fuera de las oficinas de la Secretaría, en un local del Palacio Episcopal habilitado especialmente para este fin, y sirviéndome de auxiliares varios jóvenes elegidos por el P. Sanz, entre los indivi-

duos de aquella célebre congregación que dicho padre popularizó en Madrid con el nombre de «Los Luises». Pertenecían a ella jóvenes de las más distinguidas familias, y era su Presidente Esteban Crespi de Valldaura, conde de Orgaz. Habían sido elegidos por el P. Sanz, seis de estos jóvenes para auxiliarme, los que llegaban puntualmente de diez a diez y media de la noche al Palacio Episcopal, subían al local que habíamos destinado a oficina, en el que solía yo estarles esperando, y trabajábamos hasta terminar la tarea de aquella noche. Ordinariamente se concluía el trabajo a eso de las doce y media o una de la madrugada.

Ya puede presumirse que siendo todos jóvenes despiertos y de buen humor, la velada se amenizaba con chistes y anécdotas de buen género, que hacían más llevadero el trabajo. Muchas noches entraba a visitarnos el Sr. Arzobispo antes de acostarse, y era extraordinario el gusto con que veían esas visitas los improvisados oficinistas.

Era lo más frecuente que el Sr. Cos se detuviese sólo breves momentos entre nosotros, dirigiendo a los jóvenes unas cuantas palabras para animarlos a trabajar en la faena que se habían impuesto voluntariamente; alguna vez, sin embargo deteníase hasta que, a eso de las once y media, se les servía un te con bollos y agua con unos azucarillos tostados que hacía un confitero asturiano que se había establecido en Madrid y era una especialidad en esas golosinas, que él llamaba en dialecto asturiano «esponxiaus del cazo».

Era maravillosa la facilidad con que el Sr. Cos sabía entretener a los jóvenes con una conversación instructiva y amena que los tenía pendientes de su palabra, sin cansarse jamás de oírle; tenía además, el dón de hablar a cada uno conforme lo exigían su edad, su educación y sus estudios, y por esto hicieron célebres entre los Luises el te, los «esponxiaus» y las visitas del Sr. Arzobispo, y yo me veía asediado por los que, pretextando habilidades caligráficas, solicitaban ser agregados a la oficina, aunque muchos de ellos me confesaron en confianza que no les disgustaba el te con bollos, y les agradaban extraordinariamente los «esponxiaus», pero que su principal deseo era gozar de la agradable conversación del Sr. Arzobispo y preferían su visita a todos los demás atractivos de la velada. Con esto, el número de oficinistas fué aumentando, y tuvimos que utilizar el

suelo de la oficina para dibujar los anuncios y carteles manuscritos que con frecuencia nos pedían las diversas comisiones.

Una de las en que se subdividió la Junta Madrileña de Peregrinación se ocupó en la difícil labor de procurar la concurrencia de obreros del campo procedentes de los pueblos de la diócesis de Madrid, y esta comisión, que presidía el señor duque de Sotomayor, jefe superior del Palacio Real, y de la que era secretario el Sr. Aguirre de Tejada, al que más adelante su majestad el Rey D. Alfonso XIII distinguió haciéndole su secretario particular y concediéndole la merced de un título de Castilla, pidió que yo fuese agregado a ella, con el fin de que la Secretaría de Cámara le prestase un auxilio que estimó necesario para conseguir su objeto.

No se habían fundado entonces en la diócesis de Madrid sindicatos agrarios ni organización alguna entre los obreros del campo, y ésta era la principal dificultad con que tropezábamos, porque aun siendo relativamente muy reducido el coste del viaje, excedía en mucho a la cantidad de que podía disponer un obrero del campo y no podía pensarse en representaciones de colectividades que no existían. Hubo momentos en que muchos vocales de la comisión creyeron imposible vencer los obstáculos que se presentaban. Al fin, triunfamos los más optimistas y se organizaron viajes de propaganda a los principales pueblos de la diócesis, que se ofrecieron a realizar los jóvenes de nuestra flamante oficina; y tal fué el fruto de esta propaganda, ejercida con gran entusiasmo y discreción notable, que se consiguió reunir el número de 228 jóvenes obreros del campo, los cuales formaron parte de la peregrinación y constituyeron las secciones quizá mejor organizadas entre las procedentes de la diócesis de Madrid.

Llegó, por fin, el día señalado para la salida de los peregrinos, y éstos en número de unos 1.400, se organizaron en la iglesia de San José, y desde allí, formados de cuatro en fondo, se dirigieron a la estación del Mediodía, donde esperaban dos trenes especiales, que salieron uno después de otro, con diferencia de una media hora, poco más o menos.

El Sr. Arzobispo y muchas personas distinguidas que se habían propuesto acompañar a los peregrinos, habían salido en los días anteriores en dirección a Valencia, con el fin de embarcar

en los vapores que la Compañía Trasatlántica tenía dispuestos en el puerto del Grao para conducir a Civita-Vecchia los peregrinos de Valencia, Castilla y Andalucía.

La Junta de Madrid me había dado la comisión de ir al frente de los peregrinos de esta diócesis, con facultades amplias para resolver todas las cuestiones que pudieran suscitarse en el camino, y me había asignado como auxiliares en esta tarea a los jóvenes Luises, cuyos trabajos tan útiles nos habían sido en los preparativos de la expedición.

Todo marchó perfectamente al principio. Los peregrinos se distribuyeron en los dos trenes, colocándose en los coches que se habían asignado a su sección, cuyo número aparecía en la parte exterior e interior de los departamentos. En el primor tren hicieron el viaje las secciones cuya organización estaba totalmente terminada, y al frente de ella algunos de los Luises, mis auxiliares, y en el segundo las secciones que no estaban aún organizadas por completo y habían de terminar su organización durante el trayecto.

En este tren establecimos en uno de los departamentos de segunda una oficina con un pequeño escritorio, y en ella nos ocupamos los Luises restantes y yo en ultimar todos los detalles y revisar de nuevo la documentación de los expedicionarios, de los cuales la mayor parte estaban sometidos al servicio militar en calidad de excedentes de cupo o de reservistas y necesitaban licencia de las autoridades militares para ausentarse de España.

En todos los coches reinaba la alegría y el entusiasmo, y los andenes de las estaciones de paso estaban llenos de gente que aplaudía y vitoreaba a los expedicionarios, que contestaban a las aclamaciones de los pueblos con no menor estruendo. La noche interrumpió el bullicio, que se renovó apenas comenzó a clarear el día, y así llegamos a Valencia a las veinticuatro horas próximamente después de nuestra partida, sin la menor sospecha de lo que nos esperaba en el puerto de embarque.

En la estación de Valencia esperó el primero de los trenes al segundo, en que yo iba, y allí recibí un emisario del Sr. Arzobispo-Obispo, que en una larga carta me comunicaba la situación delicada en que nos encontrábamos.

La noche anterior, turbas no muy numerosas, pero perfectamente organizadas, habían acometido a grupos de obreros ve-

nidos de diversos pueblos de la región valenciana para unirse a la peregrinación y habían recorrido las calles de la ciudad apedreando el Palacio Arzobispal y varios centros católicos y redacciones de periódicos. Decíase además públicamente que tales desmanes no eran más que un anuncio de la gran batalla que había de librarse aquella tarde en el puerto de El Grao con el fin de estorbar el embarque de los peregrinos, y a pesar de que estos rumores se esparcían descaradamente y sin rebozo alguno, no se sabía que las autoridades hubiesen adoptado medidas de previsión para evitar la violencia con que se pretendía coartar la libertad de los que, en uso de un perfectísimo derecho, se dirigían a la capital del orbe católico.

Apenas recibimos estas noticias, se circularon a todos los trenes las órdenes más severas para que los peregrinos no se apartasen de sus secciones respectivas y permaneciesen siempre a la expectativa de las órdenes que se les trasmitiesen por medio de los respectivos jefes de sección, evitando en todo momento cuanto pudiera interpretarse como provocación, pero dispuestos a prestarse mútuo auxilio y a no dejarse atropellar.

A poco salieron de la estación de Valencia los dos trenes, uno después de otro, con breve intervalo de tiempo. El viaje se hizo en medio del más absoluto silencio de los obreros de Madrid, compartiendo todos los que viajábamos en aquellos trenes una emoción semejante a la que experimentaríamos un regimiento que se aproximase a la línea de combate y fuese a entrar en fuego dentro de breves instantes.

Llegamos a la estación del Grao sin incidente alguno, y apenas se apearon los peregrinos y quedaron agrupados en los andenes en torno de sus jefes de sección, creí oportuno explorar lo que pasaba en el puerto. Salí en compañía de uno de los Luises que me auxiliaban, y al salir, tropezamos con una turba, no muy numerosa de mozalbetes que, al vernos, prorrumpieron en estrepitosos silbidos. Seguimos adelante, con el fin de buscar algún vocal o representante de la junta valenciana que nos comunicase instrucciones; mas nuestros intentos fueron vanos y sólo conseguimos, al cabo de prolijas gestiones, averiguar que el vapor «Buenos Aires», en el que debían los madrileños embarcar, había señalado la hora de las cuatro de la tarde para el embar-

que. Faltaban, por tanto, más de cuatro horas que no sabíamos dónde ni cómo pasar.

Retrocedimos mi acompañante y yo a la estación, en cuyos andenes habíamos dejado a los peregrinos, e hicimos salir a éstos y formar agrupados en las proximidades del embarcadero más cercano al «Buenos Aires». Inmediatamente envié un emisario al buque para que rogase al capitán que nos permitiese embarcar cuanto antes, mas la respuesta fué terminante: el barco no había terminado sus preparativos, y por mucho que los acelerase, tendrían que pasar algunas horas hasta ultimarlos. Prometió, sin embargo, el capitán desplegar la mayor actividad en vista de lo crítico de las circunstancias.

Entre tanto no se observaban síntomas alarmantes. Por los muelles circulaba poca gente, y ésta en actitud pacífica: sin embargo, a eso de la una de la tarde recibí noticias poco satisfactorias: dos grupos de unos siete u ocho peregrinos cada uno, que habían intentado entrar en unos cafés-restoranes, a los que suelen acudir las gentes que frecuentan el puerto, con el fin de almorzar, habíanse visto amenazados por los concurrentes que llenaban en aquellas horas de mediodía los comedores, y habían tenido que desistir de su intento.

Entre dos y dos y media, comenzó a llenarse el puerto de gente y comenzamos también a oír silbidos lejanos y algunas voces que no entendíamos bien por la distancia. Poco a poco engrosaron las turbas de silbantes, compuestas casi en su totalidad por mujerzuelas y mozalbetes, pero todas ellas se mantenían lejos de los madrileños, y se dedicaban a insultar y apedrear los pequeños grupos de peregrinos que a derecha e izquierda nuestra se dirigían a embarcar en el «Belver», el «Rabat» o el «Baldomero Iglesias». Sobre todo, a eso de las tres de la tarde se armó gran tumulto a nuestra izquierda, en el sitio en que embarcaba la peregrinación salmantina, presidida por mi venerable predecesor en el Episcopado, el Rvdo. P. Cámara. En medio de ese vocerío lejano permanecíamos nosotros sin ser agredidos ni de palabra ni de obra, esperando tranquilamente el momento del embarque. Indudablemente aquella considerable masa de hombres, todos jóvenes y resueltos infundía respeto a los alborotadores.

Un poco después de las tres, dió el «Buenos Aires» la señal de comenzar el embarque, enviando al muelle un enorme lanchón, en el que embarcaron algunos cientos de madrileños. A este lanchón siguió otro, y luego otro, a muy corto intervalo, de tal manera, que en el breve espacio de veinte minutos, embarcaron más de mil peregrinos.

Quedamos en el muelle solamente unos doscientos peregrinos madrileños, y este fué el momento elegido por aquellas «valientes» turbas para acometernos. Agrupáronse los alborotadores en forma de semicírculo alrededor de los pocos expedicionarios que no habíamos embarcado, llevando en hombros una mujer desgredada que cubría su cabeza con un gorro frigio, y daba desaforados «vivas» a la República, y «muera» al Papa, a la Religión y a la Reina Regente; mas sea porque esa era la consigna, sea porque aún les imponía el grupo de los que desde la orilla del muelle les mirábamos sin dar muestras de temor ni de aturdimiento, no se acercaron a nosotros, y quedó un espacio vacío entre ellos y nosotros, que constituía una especie de zona neutral, que nadie ocupaba. De vez en cuando las turbas de chicleos arrojaban pedazos de cascote de una obra que había allí cerca y de vez en cuando algunas piedras de las que podían encontrar entre el cascote amontonado. Algunos de estos proyectiles llegaron a los peregrinos, pero sin causar daño. Lo que sí lanzaban los alborotadores eran dicterios atroces acompañados de silbidos estrepitosos, que interrumpían de vez en cuando para cantar himnos revolucionarios con atronador vocerío y espantosa desafinación.

Encendíase la sangre de los peregrinos al oír los insultos y silbidos, hasta tal punto que algunos menos sufridos empuñaron armas de diverso género y hubieran cargado sobre las turbas, si yo no los hubiese contenido, deseoso de frustrar un choque, que, por lo menos, hubiera dificultado el embarque; y con el fin de evitar el conflicto, que no podría menos de surgir si se prolongaba aquella situación, di orden de utilizar unas diez o doce lanchas que se habían acercado al embarcadero para ofrecernos sus servicios; mas apenas habíamos comenzado a preparar el embarque, el revuelo de los silbantes y un aumento de voces y silbidos nos dió a conocer que ocurría alguna novedad o que se

avecinaaba un ataque más serio contra nosotros. Ambas cosas eran ciertas.

Hacia el mismo embarcadero en que estábamos nosotros avanzaba el Sr. Cos acompañado del Conde de Orgaz, del sacerdote montañés D. Federico de la Pedrosa y de dos valencianos que le acompañaban hasta el «Buenos Aires». Le seguía una turba gritando, silbando y apretujándole, mientras sus acompañantes se abrían paso como podían a codazos y puñetazos. Acercámonos a él algunos y pudimos conseguir que llegase al embarcadero. Próximo a él estaba ya, cuando sintió un pinchazo en un costado; al sentirlo, dijo:

—Creo que me han pinchado.

Mas al preguntarle D. Federico de la Pedrosa qué había ocurrido, contestó que el pinchazo no tenía importancia alguna. En el vapor le reconoció el médico de a bordo, encontrándole una pequeña herida en el costado izquierdo, hecha por un instrumento afilado que, después de cortar las vestiduras, llegó a rasgar la piel. Por fortuna, la herida no fué profunda y cicatrizó rápidamente.

Entre tanto que la lancha que conducía al Sr. Arzobispo-Obispo de Madrid, bogaba en dirección al «Buenos Aires», los que aún no habíamos embarcado éramos acometidos por las turbas acaudilladas por Blasco Ibáñez, que acababa de ponerse al frente de ellas. Una banda de mozalbetes, disparando tiros de revólver, logró atemorizar a unos treinta peregrinos de los más jóvenes, procedentes de los «Patronatos de Artesanos» de Madrid, que se refugiaron, primero, detrás de un castillete de tablas que había en el muelle, quedando aislados de los demás y huyendo después a la estación, donde se apresuraron a tomar el primer tren que salió en dirección a Madrid.

Esta fué la única baja que tuvimos entre los mil cuatrocientos que formábamos la expedición. Todos los demás embarcamos, no sin haber repartido muchos codazos y no pocos bastonazos para abrírnos paso. Cuando estábamos embarcando los últimos llegaron, *por fin*, dos parejas de la Guardia civil de a caballo, que dieron una carga y dispersaron prontamente a los revoltosos.

Después de haber llegado al «Buenos Aires», donde fuimos

recibidos con grandes exclamaciones de júbilo por un millar de andaluces, que habían embarcado en Cádiz y Málaga, se hizo el recuento de todos los peregrinos madrileños y encontramos veintidos contusos, por piedras o cascotes de gran tamaño, y uno por bala de revólver en una mano. El médico del «Buenos Aires» y otros dos de los que iban en la expedición curaron las heridas y contusiones y renació la alegría que se había eclipsado al llegar a Valencia.

Salimos al anochecer del puerto de Valencia y navegamos toda la noche, que fué algo tempestuosa. Al amanecer divisamos las costas de la isla de Mallorca, cerca de la cual pasamos a media mañana, y a eso de mediodía comenzamos a sentir el balanceo molesto y desigual, característico del golfo de León. Mareáronse la gran mayoría de los peregrinos, pero no fué obstáculo el mareo para que muchos conservasen el buen humor en los ratos en que las molestias del mareo desaparecían. Recuerdo, entre otras cosas, una graciosa broma de unos obreros madrileños, que fantasearon las maravillas de la telegrafía sin hilos mucho antes de que ésta existiese.

Iba entre los peregrinos un honrado tendero del Rastro, que jamás había visto el mar ni se había imaginado qué cosa fuese. Desde que le vió en el Grao de Valencia le miró con harto recelo, a pesar de verle tranquilo, y sólo movido por el ejemplo de los demás se arriesgó a embarcarse. Algo se tranquilizó al encontrarse en el «Buenos Aires», buque de gran porte, que estaba anclado y daba la impresión de una gran estabilidad; mas apenas el barco comenzó a andar y sintió el ligero balanceo de las olas, agarróse con gran fuerza a uno de los ventiladores que había sobre cubierta, y no había forma de conseguir que saliese de allí ni para comer.

En esto comenzó a notarse el fuerte oleaje del golfo de León. El «Buenos Aires» saltaba sobre las olas oscilando fuertemente de babor a estribor y de proa a popa, y entonces el buen tendero del Rastro creyó que llegaba su última hora; se puso intensamente pálido, y entre bascas y angustias indescriptibles rogó a unos compañeros, que cerca de él estaban, algo mareados también, pero no hasta el punto de perder su habitual costumbre de reírse, siempre que se les presentase ocasión para ello, que rogasen al capitán que le desembarcase a él en cualquier punto cercano,

donde, al menos, podría morir con tranquilidad y después de recibir los auxilios espirituales. Añadía que a él le parecía que debíamos estar aún muy cerca de Valencia, porque hacía muy poco tiempo que divisaba tierra (1). Dijéronle sus interlocutores que era imposible lo que pretendía, porque los buques andaban mucho más que el tren, aunque por el reflejo del sol en el mar parecía que andaban menos, y que lo menos, lo menos, estábamos ya a *quinientas* leguas de la costa más próxima, que por lo demás podía recibir a bordo todos los Sacramentos, incluso la Extremaunción, y morir muy honrado entre tanta gente, que seguramente había de sentir mucho su muerte y en el puerto de desembarco había de hacerle unos muy lucidos funerales.

El atribulado viajero contestó que, a pesar de todo, sentía gran pena en morir lejos de su mujer y sin poder darle ciertas instrucciones muy precisas sobre asuntos importantes referentes a su comercio. Uno de los bromistas allí presentes, que por cierto era un tipógrafo madrileño, se ofreció a facilitarle la comunicación con su mujer, y, ayudado por otro, le fué llevando como pudo hasta uno de los palos del barco y le dijo que pegando con los nudillos lo más fuerte que pudiese sobre el palo y llamando al mismo tiempo a su mujer con voz clara y fuerte, podía después hablar todo lo que quisiese, en la inteligencia de ser oído por ella. Llegó entonces allí el sobrecargo y dió fin a la broma mandando que llevasen al pobre mareado a su camarote y le diesen una taza de té.

Amaneció el día siguiente, y a medida que fué avanzando la mañana se fué calmando el oleaje, hasta el punto de que apenas se sentía la oscilación del barco. El Sr. Cos, a pesar de haber cruzado el Atlántico más de una vez, era muy sensible al mareo, y apenas entramos en el golfo de León tuvo que retirarse a su camarote, del que no pudo salir en toda la tarde anterior; este día se levantó temprano y celebró misa después del Sr. Obispo de Cádiz, que también iba con nosotros, a eso de las ocho, para tener el consuelo de dar la comunión a muchos peregrinos que querían recibirla de su mano.

Durante la misa y la comunión cantaron varios cánticos religiosos los jóvenes madrileños, entre los que había muchos y

(1) Hacía dos horas que habíamos perdido de vista las costas de Mallorca.

muy buenos cantores. Al terminar la misa dirigió a los asistentes una alocución elocuentísima que dió motivo a una gran ovación de los peregrinos que la oyeron.

Después del desayuno recorrió el Sr. Arzobispo-Obispo los grupos que se habían formado sobre cubierta, deteniéndose en todos ellos y dirigiendo a cada uno de los peregrinos que los formaban aquellas cuatro palabritas agradables al caso, que eran su especialidad.

Cerca de mediodía atravesamos el estrecho de Bonifacio, y hacia el anochecer llegamos a las costas de Italia. Habíase adelantado el *Buenos Aires* a todos los demás barcos de la expedición, pero tenía orden de no entrar en el puerto de Civita-Vecchia, donde no habíamos de desembarcar hasta después que hubiese entrado y terminado las operaciones de desembarco el *Montevideo*, que era el buque almirante de la escuadra, porque, siendo el puerto de Civita-Vecchia de poco calado, no podían anclar en él a la vez dos buques del tonelaje de estos dos vapores. Por esta razón, toda la noche, que fué una templada y apacible noche de primavera, estuvimos voltejeando a lo largo de la costa hasta el amanecer del día siguiente.

A eso de las siete de la mañana, viendo el capitán que no aparecía el *Montevideo* (1), se reunió en consejo con el Sr. Arzobispo-Obispo de Madrid y con el Sr. Obispo de Cádiz y determinaron en dicha reunión entrar en el puerto.

Apenas ancló el *Buenos Aires*, subieron a él el duque de Bailén y el marqués de Sanfelices, que habían llegado por tierra a Civita-Vecchia, acompañados del Secretario de nuestra embajada cerca del Quirinal. Estos señores nos refirieron los debates a que habían dado lugar en las Cámaras españolas los sucesos de Valencia y las buenas disposiciones de las autoridades italianas en favor de los españoles. En confirmación de estas noticias, llegaron poco después al buque las autoridades civiles y militares de Civita-Vecchia, que ofrecieron sus respetos a los prelados es-

(1) Después se supo que el motivo de la tardanza del *Montevideo*, fué la grande aglomeración de peregrinos valencianos, que acudieron a última hora en mayor número del calculado, por lo que fué necesario improvisar rápidamente camarotes en el *Montevideo* y en el *España*, por consecuencia de lo cual no pudieron zarpar estos dos buques hasta muchas horas después que los demás.

pañoles, y con frases muy corteses dieron la bienvenida a los peregrinos.

El *Rabat*, el *Belver* y el *Baldomero Iglesias*, desembarcaron a los pasajeros que en ellos venían y después desembarcó el *Buenos Aires*. En último término desembarcaron los Obispos, a los que rindió honores militares una compañía de infantería que había en el muelle de Civita-Vecchia. Era la mañana del 14 de Abril de 1894.





IX

La hora de sexta.



El día 19 de Abril emprendió su viaje de regreso la primera mitad de la peregrinación obrera que había desembarcado en Civita-Vecchia el 14. En ella estaban comprendidos los peregrinos madrileños que hicieron su travesía en el vapor «León XIII», y fueron los primeros que arribaron al puerto de Valencia.

Quedó en Roma el Sr. Cos, ya para recibir y acompañar a la segunda mitad de la peregrinación, que llegó a la Ciudad Eterna al día siguiente de nuestra salida, ya para asistir a las diversas audiencias privadas que el Sumo Pontífice concedió a los Prelados españoles y a los ilustres personajes que fueron al frente de la peregrinación. Fué a todas luces León XIII el hombre más eminente de la segunda mitad del siglo XIX, y superó a todos, aun a los de más nombradía, en la claridad con que veía los asuntos y en la seguridad y firmeza con que los resolvía. Parecía colocado en un plano superior al en que nos movíamos los demás, y que desde una altura inaccesible a los entendimientos vulgares descubría los misterios y secretos más recónditos del corazón humano. Fué maravilloso el acierto con que señaló los males de su tiempo, sus consecuencias y los remedios oportunos. Veía el Papa con dolor agotarse las fuerzas de los católicos españoles en estériles e inacabables disputas, que con frecuencia degeneraban en polémicas violentas y rencorosas, mientras la indiferencia religiosa iba apoderándose rápidamente de aquellas *honradas masas*, cuyo catolicismo sirvió de tópico brillante para discursos y lucubraciones periodísticas durante un cuarto de siglo. Aprovechó León XIII la oportunidad de hallar-

se en Roma tantos Prelados y tan gran número de católicos españoles, procedentes de todas las regiones de la Península, para enderezar por derroteros más convenientes la actitud algún tanto batalladora y levantisca de muchos.

Sobre dos puntos versaron principalmente las enseñanzas del Papa: la necesidad de relegar a un término muy secundario las cuestiones de dinastía y formas de Gobierno, que hasta entonces habían ocupado el primer lugar en los programas de las agrupaciones que pretendían constituir la genuína representación de los católicos españoles, y el deber de prestar atención preferente al problema social, cuya pavorosa gravedad y terribles consecuencias preveía como en visión profética el gran Pontífice. Para que la acción católica lograra la eficacia necesaria, aconsejó a los católicos españoles la aceptación sincera del Poder constituido, al frente del cual estaba *una augusta señora, tan digna, por su acendrada piedad, su bien probada discreción y sus relevantes virtudes, no sólo del respeto, sino del amor y de la consideración de los españoles* (1).

No todos oyeron las palabras del Papa con la docilidad debida, porque, es ¡tan difícil arrancar de la mente prejuicios añejos! Sin embargo, casi todos los organizadores y directores de la peregrinación, entre los que había muchos ya de antiguo fervorosos adictos a la dinastía reinante, volvieron a España muy resueltos a trabajar con ahínco en la resolución del problema social, considerándolo como el más importante de todos los problemas, y aun los más apegados a las tradicionales divisiones de los antiguos partidos amainaron un poco en sus luchas, para seguir con más o menos exactitud las normas pontificias.

No fué el Sr. Cos de los menos resueltos a secundar los deseos del Sumo Pontífice, y apenas regresó a Madrid comenzó a ocuparse con preferente atención en el problema social. Aprovechando los trabajos estadísticos de la Diócesis, que se habían comenzado en los primeros meses del año 1893 y estaban ya casi terminados, y de otros trabajos de investigación que se hicieron

(1) Como ya habrán comprendido los lectores, aludía el Papa a su Majestad la Reina D.^a Maria Cristina de Habsburgo, que con tanta prudencia gobernó el Reino como Regente del mismo, y que por esta razón, y por haber formado el gran corazón de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, bien merece un recuerdo de gratitud de todos los súbditos de la nación española.

después, se trató de averiguar la situación en que se encontraban las masas obreras de Madrid en lo referente al cumplimiento de los deberes religiosos. El resultado de la investigación fué poco satisfactorio. La gran mayoría de los obreros, arrancados de las escuelas a la temprana edad de once o doce años, entraban en los talleres como aprendices, y allí pasaban toda la mañana del día festivo, so pretexto de rematar la obra empezada, sin que se les diese tiempo para acudir al templo, cumplir sus deberes religiosos y oír la divina palabra. De aquí que más del 85 por 100 de los obreros olvidasen el cumplimiento del precepto pascual. No era mejor, sino por el contrario, mucho peor la situación de los dependientes de comercio, de los que se puede decir que, salvo raras excepciones, pasaban la vida lejos del templo, destituidos de toda instrucción religiosa.

Honda impresión de tristeza causaron en el nobilísimo corazón del Sr. Cos estas noticias, y la impresión primera se agravó al saber las condiciones en que se trabajaba en muchas fábricas y talleres, donde los obreros, más que como hombres eran tratados como máquinas de producir, sin ninguna consideración a su cualidad de seres racionales redimidos por la Sangre de Jesucristo y miembros de su Iglesia.

El Sr. Arzobispo dió salida a la amargura de que estaba poseída su alma en una Junta general de las Conferencias de San Vicente de Paúl, en la cual, dirigiéndose al numeroso concurso de caballeros que le escuchaba, dijo estas graves palabras:

«Son la protesta (los excesos del socialismo y del anarquismo) del explotado contra el explotador; del que, produciendo mucho, come mal y viste peor; son la condenación del que, no produciendo nada, goza del sibaritismo más refinado. Desechado el principio que debe informar la existencia de la sociedad, no podía suceder más que esto mismo que está sucediendo; cuando falta la caridad, los de arriba se convierten en tiranos, y los de abajo se revuelven airadamente contra la tiranía. Y habéis de tener presente una cosa, y es que todas las bayonetas de que un Estado puede disponer no son garantía de que la rebelión del explotado contra el explotador podrá ser sofocada. ¿Quién os asegura que esas bayonetas no pueden volverse contra la sociedad que las dirige?»

El discurso, del que se transcribe el precedente fragmento,

causó emoción profunda en los oyentes, que, en su mayoría, no alcanzaban a ver la gravedad e inminencia del mal, y tacharon de excesivamente pesimistas las frases del Prelado. ¡Cómo extrañarlo, si en los momentos presentes, después de tantos años en que la crisis social se ha agravado en forma que excede a todas las previsiones, son muchísimos los que, o ignorantes del peligro o familiarizados con él, aún no acaban de comprender la necesidad de salir de la apatía en que viven!

Mas, a pesar de todos los obstáculos, comenzó a formarse en Madrid un considerable movimiento de curiosidad y de atención en derredor de los problemas sociales, a los que hasta entonces se había concedido escasa importancia. Sólo existían en aquella época dos centros de enseñanza, muy concurridos, sobre todo uno de ellos, para artesanos jóvenes de doce a veinte años, y los centros de Doctrina cristiana establecidos en los barrios extremos del Norte y Sur de Madrid por la infatigable señorita Dolores Sopena. La labor que se hacía en todos estos centros de enseñanza era benéfico-docente, muy meritoria, pero de escasa eficacia en el orden social.

En los comienzos del invierno de aquel año, vino a Madrid el Sr. Marqués de Comillas, a quien había encomendado el Papa León XIII la dirección del movimiento católico-social en España, y promovió una reunión numerosísima de las personas más significadas en las obras de acción católica de Madrid. La presidió el Sr. Arzobispo-Obispo, que hizo a todos un enérgico llamamiento en frases familiares e íntimas, no menos expresivas que las empleadas en la reunión de las Conferencias de San Vicente, de que se ha hecho mención. El entusiasmo que se despertó en los congregados en aquella reunión superó a las esperanzas de todos. Allí se aprobó un proyecto de organización de la acción católico-social presentado por el Sr. Marqués de Comillas y se nombraron una Junta central y diversas Comisiones para llevar a la práctica el proyecto, que era muy vasto y completo. Como había necesidad de recaudar recursos considerables, se inició una suscripción, que comenzó con inmejorables auspicios.

En los primeros meses del año 1895 trabajaron con ahinco, las Comisiones nombradas, y en la primavera de aquel año pudieron abrirse cinco Círculos de obreros, de los que fué el pri-

mero el de San José, que poco después alcanzó tan alto grado de prosperidad. Celebróse la apertura de este Círculo el día 21 de Abril con una solemne sesión, muy concurrida de obreros de los barrios de Puerta de Moros, calles de Toledo, Calatrava, Embajadores, Arganzuela y Lavapiés, todos ellos madrileños castizos de *rompe y rasga*. Presidió la sesión el Sr. Arzobispo-Obispo, que pronunció un discurso admirablemente acomodado a la manera de ser de aquellos obreros, que repetidas veces lo interrumpieron con sus aplausos, y al final prorrumperon en una ovación clamorosa, que duró largo rato.

La atención que prestó el Sr. Cos a la instrucción y moralización de los Obreros no se interrumpió en todo el tiempo que gobernó la Diócesis de Madrid. Presidía con frecuencia las reuniones de la Junta central, asistía a las distribuciones de premios de las escuelas de adultos establecidas en los Círculos de obreros, fomentaba la enseñanza de la Doctrina cristiana en los barrios extremos, y dondequiera que estimaba que su presencia y su palabra podía ser útil, allí estaba.

Además de la labor que se hacía en los Círculos de obreros, la Junta central y las diversas Comisiones en que se subdividía trabajaron mucho en preparar y promover la legislación social que poco después comenzó a presentarse, para su aprobación, a las Cortes por el Gabinete conservador en el que figuraba como Ministro de la Gobernación el Sr. Dato, al que cabe la honra de ser el iniciador de la copiosa labor legislativa llevada a la práctica desde entonces acá.

Hubieran sido copiosísimos los frutos de todos estos trabajos de carácter social si no los hubiese malogrado, en gran parte, la inconsciencia de la inmensa mayoría de los patronos, que veían muy lejano el peligro y creían poder prolongar indefinidamente el *statu quo*, limitándose a resolver de *cualquier modo* los conflictos que se les presentaban en sus fábricas o talleres, sin ver en estos conflictos los chispazos que anunciaban la tempestad que estalló a poco, y cuyos estragos no sabemos a dónde alcanzarán. El sistema de resistir *siempre* las pacíficas y amistosas reclamaciones de los obreros, aunque fuesen razonables, y ceder *casi siempre* a las exigencias tumultuarias, ha sido muy funesto, y ahora estamos tocando las consecuencias.



X

Guerras y sequía.



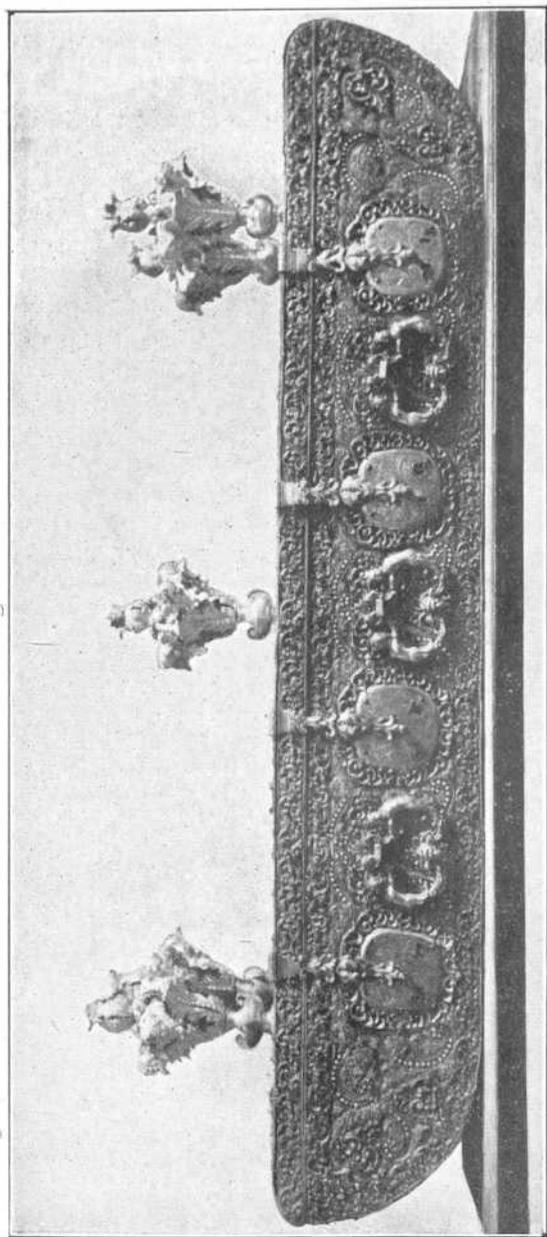
OMENZÓ la primavera de 1896 en medio de tristes presentimientos. La guerra separatista continuaba en nuestras colonias sin que se vislumbrasen indicios de una paz próxima: era cada día más sospechosa la actitud equívoca de los Estados Unidos, y los españoles veíamos con dolor salir de nuestros puertos lo más florido de nuestra juventud, para luchar trabajosamente con un enemigo insidioso, bajo las inclemencias de un clima mortífero. El Sr. Cos, que sentía intensamente el amor a la Patria, no pudo permanecer indiferente a sus dolores, e hizo cuanto le pareció que estaba en su mano para mitigarlos. Considerando que las calamidades públicas son castigos de las culpas y pecados de los pueblos, dispuso la celebración de un acto público de oración y penitencia en la tarde del Viernes Santo de aquel año, al cual convocó al Gobierno, a las autoridades y al pueblo de Madrid. Consistió el acto en un *Miserere* cantado en la Catedral a las tres de la tarde, hora en que se conmemoraba la muerte de Cristo Nuestro Señor. Asistió todo el Gobierno, presidido por Cánovas, y se cantó por un numeroso coro de más de cien voces el famoso *Miserere* de Allegri, que tradicionalmente se solía cantar en la Capilla Sixtina en los días de Semana Santa, y constituía uno de los tesoros más preciados del copioso archivo musical del Vaticano (1). Acudieron también a esta solemnidad re-

(1) Se dice que este *Miserere*, compuesto por Gregorio Allegri (1584-1652) se guardaba cuidadosamente en los archivos de la Capilla Sixtina, sin permitir que nadie sacase copia de él, hasta que Mozart, en su juventud, lo oyó y consiguió transcribirlo de memoria íntegramente. Se reputa una de las obras polifónicas más sentidas y expresivas.

ligiosa, representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial y un numerosísimo público que llenaba la gran nave, las capillas y tribunas de la Catedral y se desbordaba por el ancho pórtico y la escalinata hasta la calle de Toledo.

Mas como Dios quiere que cuando pretendemos conseguir alguna cosa, además de acudir a El con oraciones, utilicemos los medios humanos que la prudencia aconseje, el Sr. Cos no se limitó a pedir a los madrileños oraciones y súplicas, sino que solicitó de ellos recursos materiales con que reclutar y equipar un batallón de voluntarios que reforzase el ejército que combatía en la Isla de Cuba en favor de la dominación española. El pueblo de Madrid respondió generosamente a la invitación de su Obispo y pudieron reunirse cerca de quinientas mil pesetas, las cuales fueron suficientes para pagar las cuotas de enganche a un contingente de más de ochocientos voluntarios, con los que se formó el *Batallón de Voluntarios de Madrid*, dotado de todo el material necesario para entrar en campaña. El Gobierno quiso premiar el patriotismo del Arzobispo-Obispo de Madrid, concediéndole la gran cruz del Mérito Militar con distintivo blanco, cuyas insignias de oro y brillantes regalaron al agraciado los párrocos de la capital del Obispado.

A las preocupaciones en que traían envueltos los espíritus de los amantes de la patria los conflictos coloniales, uniéronse bien pronto preocupaciones de otra índole. Habían sido el otoño e invierno anteriores muy escasos de lluvias y nieves y vinieron después los meses de Marzo y Abril, tan extremadamente secos y calurosos, que los agricultores veían comprometidas sus cosechas. En uno de los primeros días de Mayo, acababa yo de bajar a mi despacho de la Secretaría de Cámara, a eso de las nueve de la mañana, cuando fui llamado por el Sr. Arzobispo-Obispo. Acudí al llamamiento y apenas me vió el Sr. Cos me dijo: «Esta noche se me ha ocurrido la idea de que teniendo en la Catedral el cuerpo de San Isidro, debemos organizar una rogativa pidiendo a Dios, por intercesión del Santo, el beneficio de la lluvia y no puedo desecharla. ¿Está V. ocupado ahora?—Llegarán en este momento—contesté—los escribientes y debo repartirles el trabajo. Si V. E. quiere, después de hacerlo, volveré para que nos ocupemos en organizar la rogativa.—Mejor será—repuso el Sr. Cos—que nos consagremos a ese trabajo por la tarde. De



Arca en que se guarda el cuerpo de San Isidro Labrador en la Catedral de Madrid.

esa manera podremos hacerlo con mayor tranquilidad». Bajé nuevamente a la Secretaría y me ocupé en despachar asuntos y en recibir visitantes, sin acordarme más de la rogativa, pero poco después de las doce fué llamado nuevamente con urgencia. En la Cámara Episcopal encontré con el Sr. Arzobispo-Obispo, al Marqués de Montalvo, que traía una misión especial de S. M. la Reina Regente. También a ella se le había ocurrido aquella mañana el pensamiento de organizar una rogativa y enviaba al Marqués con el fin de proponerlo al Sr. Obispo y ofrecerle su cooperación en el caso de que la idea fuese aceptada. Consideró el Sr. Cos providencial la coincidencia y comenzó desde luego a desarrollar planes, pidiendo al Marqués y a mí, nuestro parecer. Ambos encontramos muy hacedero el proyecto y salimos presurosos, el Marqués a comunicar a S. M. lo acordado y yo a redactar los avisos que era preciso cursar aquella misma tarde.

El cuerpo de San Isidro está encerrado en una arca de madera forrada de terciopelo cubierto por curiosas aplicaciones de plata de muy buen gusto. Esta arca fué labrada a fines del siglo xvii y se conserva dentro de otra de plata, fabricada en el siglo xviii y acomodada al retablo principal de la Iglesia a la cual fueron trasladadas las sagradas reliquias desde la parroquia de San Andrés, por orden de Carlos III. Cierran la urna exterior tres llaves y la interior ocho, las cuales guardan diversas colectividades y familias descendientes de aquel Ivan de Vargas, a cuyo servicio estuvo el Santo.

Reunidos que fueron los poseedores de las llaves, procedióse a abrir el arca exterior en presencia del Sr. Arzobispo-Obispo, de un representante de S. M. la Reina y del Cabildo Catedral, y se sacó de ella la interior, que fué transportada en hombros de seis Canónigos a la capilla de la Soledad, dotada de buena luz y de amplitud suficiente para que se colocasen todos los circunstantes en torno del arca. Abrióse ésta y apareció el cuerpo del Santo entero y momificado, pero conservando la elasticidad de los brazos y piernas y la piel íntegra, salvo una pequeña parte de los labios.

Algunos de los presentes tocamos el santo cuerpo e hicimos alguna presión sobre la piel, observando cómo ésta cedía a ella, volviendo después lentamente a su anterior posición. Las reliquias estaban cubiertas por una fina sábana de batista cuyo

centro ostentaba las armas de la villa de Madrid, bordadas en sedas de colores.

Al día siguiente se organizó una solemnísimas procesión con las reliquias del Santo, a la que asistieron las autoridades y una inmensa muchedumbre de fieles que formó dos larguísimas filas. En medio de ellas iba el arca que contenía el cuerpo, llevada en hombros por los devotos que solicitaron este honor. Fué tan grande el número de éstos, que para satisfacer los deseos de todos, hubo necesidad de establecer turnos que se relevasen cada diez minutos, y a pesar de que la procesión duró algo más de tres horas, al último se hizo el relevo cada cinco minutos, con el fin de dar entrada a todos los turnos, cada uno de los cuales se componía de ocho personas. Formáronse turnos de Grandes de España, de Generales, de Senadores, de Diputados, de terratenientes, de comerciantes, de industriales y de obreros, pudiendo asegurarse que todas las clases sociales se disputaron como la más alta distinción el tocar con sus manos y llevar sobre sus hombros el arca en que se encerraban las reliquias del humildísimo varón, al que sus grandes virtudes elevaron a la gloriosa dignidad de Patrón de la capital de España.

La procesión recorrió la calle de Toledo, Plaza Mayor, calles de Ciudad-Rodrigo, Mayor y Bailén, plaza de la Armería, plaza de Oriente, calle del Arenal, puerta del Sol, calles de Carretas y Atocha, plaza de Provincia, calle de Gerona, plaza Mayor y calle de Toledo por segunda vez, en medio del pueblo de Madrid que en su inmensa mayoría acudió a ver la procesión y llenaba las aceras de las calles y plazas. Las casas estaban todas engalanadas y en sus balcones se agrupaban las señoras (1), que al paso de las reliquias agitaban los pañuelos y arrojaban sobre ellas una lluvia de flores. Al llegar a la plaza de la Armería el arca que contenía el santo cuerpo, la tomaron sobre sus hombros ocho Generales de división y la condujeron hasta debajo del balcón central del Palacio Real, en el que estaban Su Majestad la Reina Regente rodeada de sus hijos, devotamente arrodillados, y allí la cedieron a ocho Diputados a Cortes, uno de los cuales era D. Alejandro Pidal, Presidente del Congreso, quienes la llevaron hasta la plaza de Oriente, en la que cedió-

(1) En las filas de la procesión sólo se dió entrada a los hombres.

ron el puesto a ocho Grandes de España. La devoción que demostró en aquella ocasión el pueblo de Madrid, fué verdaderamente extraordinaria. Todos se descubrían al paso de la procesión y era muy raro el que al pasar las reliquias no hincaba en tierra la rodilla (1).

La tarde se deslizó serena y apacible, y sólo cuando la procesión regresaba a la plaza Mayor, pareció una tenue neblina que empañaba ligeramente el brillo de las primeras estrellas que comenzaban a aparecer en el cielo. Sin embargo, ¡oh poder de la fantasía! alguno aseguró que le había caído en la cara una gota de agua.

La mañana siguiente desvaneció las esperanzas de los más confiados en la poderosa intercesión del santo labrador. Brilló en el cielo un sol espléndido en medio de un horizonte limpio de nubes; mas a eso de mediodía comenzaron a aparecer algunas que fueron extendiéndose poco a poco. Comenzaba aquella tarde la novena de rogativa que había de terminar el día 15 de Mayo, y a ella estaba invitado el Gobierno.

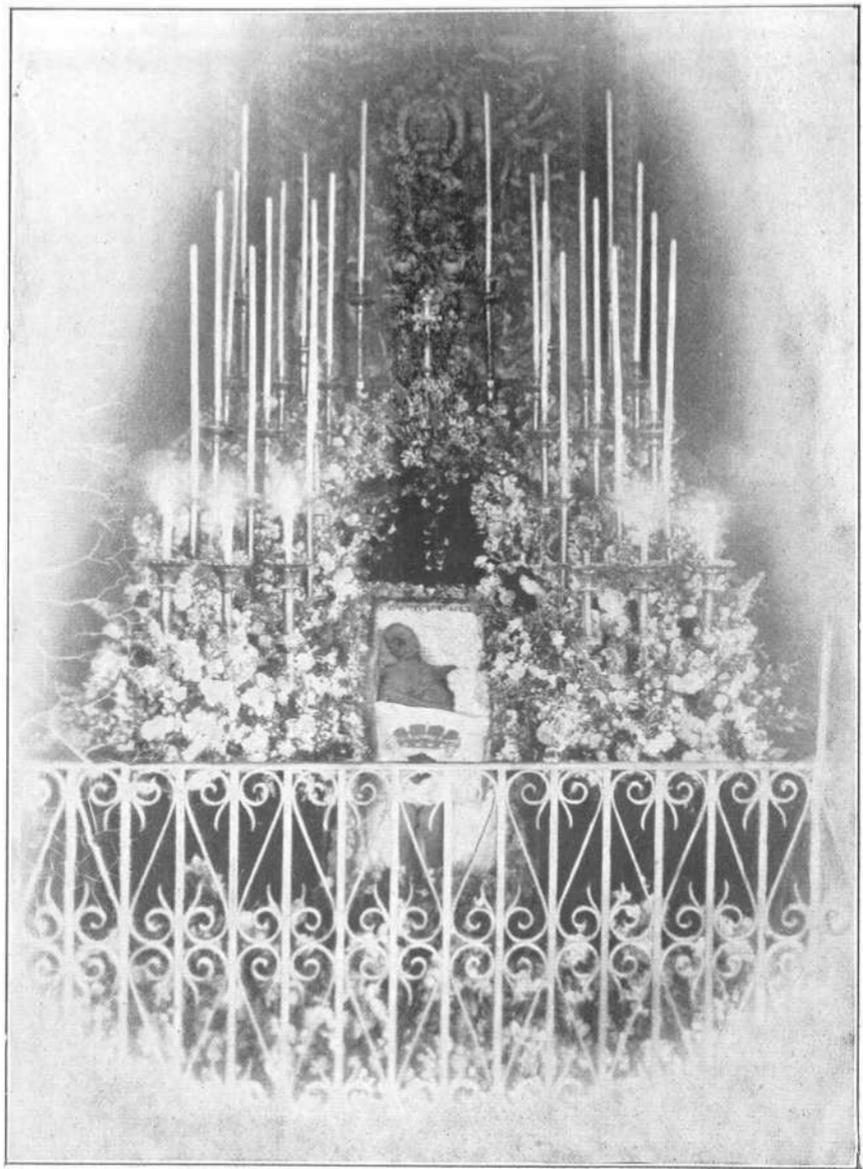
Asistieron todos los Ministros y a la cabeza de ellos Cánovas, que llegó de los primeros. Era yo el presidente de la comisión encargada de recibirlos a la entrada en el templo y me acerqué a saludar al Presidente del Consejo cuando éste llegaba al pórtico exterior. Contestó Cánovas a mi saludo y antes de entrar en la Catedral volvió la vista al cielo, examinó unos momentos los celajes y me dijo: «¿Sabe usted que San Isidro se por-

(1) Como muestra del fervor religioso de que hicieron gala los madrileños en aquel día memorable, recuerdo un suceso que pude observar muy bien, porque era yo el encargado de ordenar el relevo de los turnos que conducían el arca de las reliquias y por esta razón iba muy próximo a ella. Estaba en la acera de Los Consejos el torero *Reverte*, que era uno de los más famosos en aquella época: vestía airosamente un lujoso traje de chaquetilla corta, muy adornada de caireles de seda; acompañábanle otros tres toreros, vestidos también de igual manera y tenían todos en la mano un amplio sombrero cordobés. Al acercarse las reliquias de San Isidro se arrodillaron devotamente los toreros y lo mismo hicieron las demás personas que ocupaban la acera, excepto un hombre de edad ya madura, que dirigía a todas partes una mirada fría e impasible. Al verlo *Reverte*, se levantó rápidamente y dando al desconocido espectador un fuerte tirón de americana, le dijo: «¡Que pasa el Santo!» El interpelado se arrodilló sin decir palabra, y *Reverte* volvió a reunirse a sus compañeros, diciendo: «¡Pues no faltaba más!» al mismo tiempo que hincaba de nuevo la rodilla en tierra.

ta? Va a llover, y mucho. Así fué en efecto. Habíase retrasado un poco Linares Rivas, que era Ministro de Fomento, y al salir del coche fué necesario traerle un paraguas, porque llovía copiosamente. Desde aquel día en ninguno de los de la novena dejó de caer abundante lluvia.

El entusiasmo que se despertó en Madrid fué indescriptible. No contentos los madrileños con llenar la Catedral todos los días y a todas las horas durante los de la novena y en el de su fiesta, pidieron con grandes instancias que se expusiesen las reliquias de su Santo Patrono, de modo que pudiesen ser vistas de cerca por todos. Para satisfacer estos piadosos deseos, se colocó delante del altar mayor de la Catedral un magnífico dosel de la Real Casa: debajo del dosel, sobre un plano inclinado, rodeado de flores naturales y de luces, se acomodó el arca que contiene las reliquias, cubierta con una gran luna de cristal biselado que sustituía la tapa. Se suspendió todo culto durante una semana y se permitió, que desde las cinco de la mañana, hora en que se abrían las puertas del templo, hasta las doce de la noche en que se cerraban, desfilaran los devotos del Santo uno a uno y bajo la vigilancia de numerosos agentes de policía y guardias civiles por delante del santo cuerpo.

Ni un solo momento cesó el desfile en todo el tiempo que se permitió visitar las reliquias. El jefe de policía, Coronel Morena, calculó el número de visitantes en *trescientos veinte mil*. Esta magnífica apoteosis de un santo, al que durante su vida sobre la tierra, colocó Dios en uno de los más humildes puestos de la escala social, inspiró a un eminente catedrático de la Universidad Central esta frase: «Vea V.—me decía—cómo la Iglesia engrandece a los que el mundo menosprecia. Aquí venimos a honrar a San Isidro, y a postrarnos reverentemente ante sus reliquias, desde los Reyes hasta el pordiosero, y, sin embargo, el Santo mientras vivió, no llegó ni aun a la categoría de labrador modesto; fué sencillamente un mozo de labranza».



Santo cuerpo de San Isidro, tal como fué expuesto a la pública veneración de los fieles en Mayo de 1896.



XI

Hora de nona.

OR aquellos años ocupaba preferentemente la atención del Sr. Cos el problema de dotar a la diócesis de Madrid-Alcalá de Seminario decoroso y suficientemente amplio para alojar a los alumnos que se dedicasen a los estudios eclesiásticos. En las capitulaciones que precedieron a la erección de la mencionada diócesis el Gobierno se comprometió a dotarla de edificio que pudiese servir de Seminario, mas al cabo de ocho años muy corridos, esta promesa no llevaba trazas de cumplirse y los seminaristas madrileños continuaban amontonados en los desvanes del Palacio episcopal de la manera más antihigiénica y antipedagógica que pudiera discurrirse.

El primer Obispo de Madrid, Sr. Martínez Izquierdo, comenzó a negociar con el Gobierno la cesión de un edificio en Alcalá. Allí pensaba restablecer la Facultad de Teología de su gloriosa Universidad y reconstituir su profesorado sobre la base de la Iglesia Magistral, que por el Concordato de 1851 había pasado a la categoría de Colegiata, pero con organización especial y distinta de las demás Colegiatas, organización que no había llegado a determinarse de una manera definitiva a pesar de los años transcurridos. Estas negociaciones fueron rotas bien pronto por la mano alevosa de Galeote, que cortó la vida del señor Martínez Izquierdo antes de haber terminado el primer año de su pontificado en Madrid. Sucedió al Sr. Martínez Izquierdo el señor Sancha, el cual desechó la idea de crear en Alcalá el Seminario diocesano y, confiando en las relaciones de amistad sincera que le unían con las familias más distinguidas y aristocrá-

ticas de la Corte desde el tiempo que había sido Obispo Auxiliar de Toledo y en la extraordinaria habilidad con que sabía obtener donativos cuantiosos de sus diocesanos ricos, concibió el proyecto de construir en Madrid un edificio de nueva planta en el que pudiese instalarse el Seminario.

El Sr. Sancha consiguió bien pronto ofrecimientos de importancia y algunos donativos. El más importante de éstos fué la cesión que le hizo la Duquesa de Pastrana de unos extensos solares que poseía en la calle de Diego León, aunque con la condición de que, si por alguna razón, cualquiera que fuese, no llegaba a edificarse en ellos el Seminario, volverían a ser propiedad de la donante o de sus herederos. Pareció después al señor Obispo muy distante el lugar donde estaban emplazados los solares y resolvió comprar otro solar en el paseo del Cisne y tres casas contiguas con las que se constituyó una manzana completa y se comenzaron las obras bajo la dirección del Marqués de Cubas. El proyecto era magnífico e importaba cerca de tres millones de pesetas que entonces había esperanzas de reunir, mediante una suscripción que empezó con donativos muy cuantiosos. Lleváronse a cabo los trabajos de explanación y cimentación, en los que se emplearon varios meses, y cuando apenas se había iniciado la construcción de la planta de sótanos fué promovido al Arzobispado de Valencia el Sr. Sancha y fué nombrado Obispo de Madrid el Sr. Cos. La suscripción había disminuído ya notablemente, desvanecidos los primeros entusiasmos ante las dificultades de una obra larga y costosa, y al salir de Madrid su iniciador sufrió rudo golpe, quedando reducida a menos de la mitad. Continuáronse sin embargo las obras durante el primer año del pontificado del Sr. Cos, pero con gravamen pesadísimo para la diócesis, que tenía sobre sí la obligación de cubrir el déficit enorme que resultaba de la desproporción entre los exiguos recursos proporcionados por la suscripción y los gastos ocasionados por las obras. Presentóse, pues, un grave conflicto. Los recursos de que la diócesis podía disponer estaban comprometidos con la construcción de dos templos parroquiales, el de Santa Cruz y el de Ntra. Sra. del Pilar y con cuatro o cinco reparaciones de otras tantas iglesias rurales: era de presumir que la suscripción iniciada para construir nuevo Seminario continuase sufriendo mermas, como suele suceder en todas las suscripcio-

nes; el Sr. Cos no poseía aquella rara habilidad con que su antecesor sabía convertir los adoquines en billetes de Banco: ¿qué hacer en situación tan apurada? El Sr. Cos, que había estudiado muy bien el asunto, pensó que el único camino que podía escogerse era el de reanudar las negociaciones interrumpidas con la muerte del Sr. Martínez Izquierdo hasta conseguir que el Estado cumpliera la obligación de dotar a la diócesis de Seminario, conforme a las cláusulas convenidas con Su Santidad para la erección de la diócesis de Madrid.

Las circunstancias no eran muy a propósito para conseguir del Gobierno que consignase en los presupuestos del Estado cantidades de alguna importancia para la construcción del Seminario, aunque, como ocurría en el caso presente, a ello estuviera obligado por un solemne compromiso.

Después de varios años de relativo despilfarro, habían prevalecido ideas de orden y de economía. Castelar, con su abrumadora elocuencia, había proclamado en las Cortes la conveniencia de formar un presupuesto que llamaba *de la paz*, suponiendo con cándido optimismo que en mucho tiempo nadie podría acometer a España, ni por mar ni por tierra y que por consiguiente era posible reducir considerablemente los armamentos. La idea tenía muchos prosélitos, por lo cual el Gobierno deseaba presentar a las Cámaras un presupuesto nivelado y con notables reducciones en los gastos. Era Ministro de Hacienda el insigne vallisoletano Gamazo, el cual se hizo prontamente cargo de la justicia que asistía a la diócesis de Madrid en sus reclamaciones, y con el fin de satisfacerlas sin tener que gravar el presupuesto de gastos, ideó ceder para Seminario alguno de los edificios, casi todos viejos ya e inservibles, que el Estado utilizaba para servicios públicos desde los tiempos de la desamortización, y ofreció al Sr. Cos el antiguo convento de la Trinidad, que durante muchos años había ocupado el Ministerio de Fomento, que por aquellos días iba a trasladarse al nuevo y suntuoso edificio que acababa de construirse frente a la Estación del Mediodía. No era grande la generosidad del Estado que conforme a uno de los artículos del Concordato estaba obligado a devolver a las diócesis respectivas los edificios eclesiásticos ocupados con motivo de la desamortización en el momento en que dejasen de ser utilizados para las oficinas instaladas en ellos, y que, por otra

parte, se había comprometido a dotar de Seminario a la diócesis de Madrid. Al cumplimiento de estas dos obligaciones respondía entregando un edificio ruinoso, destartalado y lleno de grietas, que parecía próximo a derrumbarse, mas a pesar de todo el señor Cos se conformó con la resolución ministerial, comprendiendo que no era posible conseguir cosa mejor y que la no aceptación traería como consecuencia por lo menos una dilación por tiempo indefinido en las negociaciones.

En esto había comenzado la venta en pública subasta de los últimos bienes muebles e inmuebles de la casa de Osuna en el antiguo palacio de los Duques, situado en las Vistillas. Una mañana llegó a mi despacho el Duque de Uceda muy alarmado: había oído decir que iba a venderse el relicario de los Duques y deseaba impedirlo a todo trance; para elegir el medio de conseguirlo pedía consejo y cooperación. Subimos ambos a consultar el caso con el Sr. Cos y convinimos en que yo fuese a visitar a los liquidadores de la quiebra y les hiciese saber las leyes canónicas, que prohíben la venta de las reliquias. Fui muy bien recibido por estos señores, que accedieron a retirar de la subasta el relicario y ponerlo a disposición de la autoridad eclesiástica, con tal que ésta abonase el valor de las tecas que encerraban las reliquias. Así se hizo, abonando el Sr. Cos de su bolsillo particular 2.750 pesetas, mediante las cuales pasó a ser de su propiedad el relicario. Más adelante, siendo Arzobispo de Valladolid, lo cedió a su Catedral Metropolitana, en la que se conserva al presente (1).

Este asunto me obligó a visitar varias veces el palacio ducal de Osuna. En una de mis visitas encontré allí al Marqués de Vallejo, que acababa de comprar algunas de las cosas vendidas en la subasta de aquel día. El Marqués me interpeló diciendo: ¿Por qué no compran ustedes este palacio para Seminario?—Y ¿dónde está el dinero, Marqués? le contesté yo.—Creo, repuso el Marqués, que se podría negociar el cambio con el antiguo Ministerio, y aún deberían dar a ustedes dinero encima. Venga usted a ver toda la posesión detenidamente. Estoy seguro de que ha de gustarle.—Recorrimos primero el palacio, antiguo

(1) Este relicario era de gran importancia por el número de reliquias que contenía, entre ellas, una espina de la Santa Corona y un dedo de San Francisco de Borja.



Seminario de Madrid: Fachada principal.

caserón muy mal distribuido, pero con salones ricamente decorados y detalles de gran magnificencia; uno de ellos eran las puertas de caoba hechas de una sola pieza. Bajamos después a los jardines y en ellos quedé verdaderamente maravillado. Forma allí el terreno un suave declive primero y una pendiente más rápida después, constituyendo una serie de terrazas escalonadas sobre la vega del Manzanares. Era aquella tarde una de las últimas del invierno; el sol hacía brillar como un espejo el lago de la Casa de Campo y derramaba abundantemente sus rayos sobre las umbrías de los alrededores; más allá se divisaba la masa verde grisácea de los encinares del Pardo; a lo lejos cerraba el horizonte la sierra de Guadarrama, coronada de nieve en su cumbre y ostentando en su falda azulada como magnífico blasón, el Monasterio del Escorial, cuya blanca mole se destacaba a simple vista sobre las casas del pueblo de San Lorenzo. El espectáculo era deslumbrador y desde aquel momento quedé convertido en el más decidido y ardiente defensor de la adquisición del palacio para Seminario.

Referí puntualmente al Sr. Arzobispo-Obispo mi conversación con el Marqués de Vallejo y la impresión que me había causado la visita detallada de la antigua morada de los Duques. Noté que no era indiferente al Sr. Cos la opinión del Marqués de Vallejo, persona competentísima en asuntos financieros, mas a pesar de esto no parecieron interesarle muchos las noticias que yo le daba, ni dió a entender que le hubiesen contagiado mis entusiasmos.

Al cabo de una semana, poco más o menos, me llamó un día por la tarde el Sr. Arzobispo-Obispo y me preguntó:—¿estarán en el palacio de Osuna los representantes de la comisión liquidadora?—Supongo que sí, contesté, porque es hora en que suelen estar.—Vamos allá, dijo el Sr. Arzobispo.—Estaban en efecto dos de los comisionados, que nos enseñaron detenidamente el palacio y los jardines. El emplazamiento de la finca gustó extraordinariamente al Sr. Cos, el cual, desde el día siguiente, abrió las negociaciones con la comisión liquidadora para la compra del palacio, mas pronto se tropezó con un obstáculo que parecía insuperable. La comisión se empeñaba en que se le cediesen en cambio del palacio, el antiguo convento de la Trinidad mas el solar del Paseo del Cisne con toda la obra allí construída o la canti-

dad de un millón doscientas cincuenta mil pesetas en que estaba tasado el palacio. La diócesis no tenía el dinero disponible; la venta así del solar del Paseo del Cisne como del que había sido Ministerio de Fomento, si no había de hacerse por menos de la cuarta parte de su valor, exigía largas gestiones; la liquidación de los bienes de la casa ducal de Osuna debía terminarse dentro de un plazo muy breve y por esta razón la comisión liquidadora apremiaba para que se le diese pronta y categórica contestación, y si se accedía al cambio que ella proponía, además de entregarle inmuebles que por su situación valían tres veces más que el palacio de Osuna, la diócesis de Madrid se hacía dueña de un solar magnífico, pero, careciendo de dinero para edificar el Seminario, se encontraba con que lejos de haberse resuelto el conflicto, éste había empeorado, hasta el punto de convertirse en insoluble, desvanecida ya la esperanza de que el Estado acudiese con nuevos recursos a la construcción de Seminario.

Vino a resolver la dificultad la *conciencia timorata* de algunos políticos, restos del antiguo partido progresista. En los progresistas de la segunda mitad del siglo XIX se solía amalgamar de un modo raro una fe religiosa, a veces muy arraigada con una aversión recelosa a cuanto de cerca o de lejos se relacionase con curas y frailes y aun con toda la jerarquía eclesiástica, desde el Papa hasta el más mísero monaguillo de iglesia rural. Toda la gente de iglesia era sospechosa, según el criterio progresista, de pertenecer a aquella *mano oculta de la reacción* que tanto dió que pensar y que escribir a los oradores y periodistas del partido desde el año 54 hasta la época de la Restauración.

Algunos de estos progresistas habíanse agazapado en el partido liberal, acaudillado por Sagasta, y al ver que podría establecerse en el centro de Madrid, a dos pasos de la Puerta del Sol y del Ministerio de la Gobernación, nada menos que un semillero de curas, corrieron muy alarmados a referir sus cuitas a don Alberto Aguilera y a rogarle que estorbase el proyecto. Trató Aguilera de tranquilizarlos, haciéndoles ver la escasa importancia que tenía el emplazamiento del Seminario para la preponderancia de unos o de otros ideales políticos, pero no pudo conseguirlo. Ellos, los recurrentes, eran muy cristianos, católicos como el que más, pero no podían transigir con que en lo más

céntrico de la Corte se estableciese un Seminario. En algo se había de conocer que los progresistas de fin del siglo no desmerecían de aquellos que durante el famoso bienio de 1854 a 1856, gritaban: *Abajo los curas y viva la Virgen del Carmen* (1).

Para desvanecer los escrúpulos de sus correligionarios políticos, ideó Aguilera presentar a las Cortes un proyecto, que fué fácilmente aprobado, de reformas urbanas, entre las que se incluía la apertura de una calle que dividía en dos parcelas casi iguales, el solar del antiguo Ministerio de Fomento. Para que el proyecto pudiera realizarse, se autorizaba al Ministro de Gracia y Justicia para que negociase con la Diócesis la compra del edificio que se le había cedido recientemente y se destinaban los solares resultantes, después de abierta la calle, a la construcción de cuarteles de la Guardia civil (2). Las negociaciones se terminaron en breve plazo y en ellas se convino que el Estado recobrase el viejo edificio de la Trinidad, mediante el pago de 2.500.000 pesetas, distribuidas en cinco plazos anuales. Con esta

(1) La fama que adquirió esta frase en la época del bienio, trae su origen del hecho siguiente:

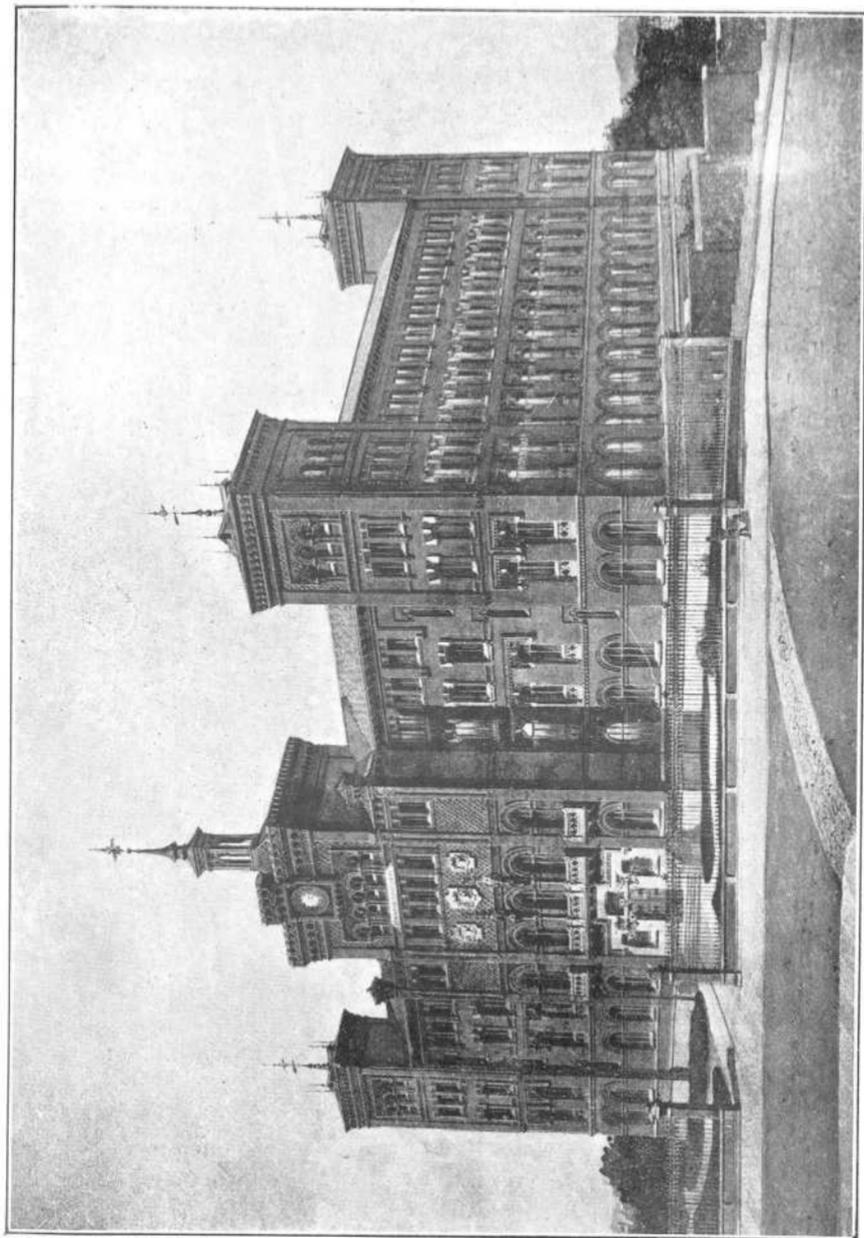
Corría el verano de 1855 y estaba en todo su apogeo la Milicia Ciudadana, creada después del triunfo de la revolución de 1854. Pertenecían a dicho cuerpo y eran fervorosos partidarios de él, varios comerciantes de la calle de Postas y de otras calles vecinas. Era uno de estos comerciantes, devoto cofrade de la Virgen del Carmen y siendo aquel año Hermano mayor, tocábale hacer su fiesta. Desplegó en ella toda la pompa posible, y para solemnizar la procesión, que salió de la iglesia del Carmen y recorrió algunas calles de aquel barrio, se le ocurrió llevar la música y un piquete de milicianos del batallón a que él pertenecía. Terminada la procesión, volvían a sus casas los milicianos, muy empenachados con su morrión de medio celemn y su altísimo pompón, cuando al salir de la Puerta del Sol y embocar la calle de Esparteros, columbró uno de los milicianos al cura de Santa Cruz, con el que tenía añejos resentimientos por no sé qué alusiones del cura en alguna plática dominical, y aunque el cura bajaba la calle muy pacífico y hasta un poco receloso ante aquel aparato bélico, el miliciano, afirmándose sobre los talones y erguido como gallo en pelea, gritó con voz estentórea: *Muera el cura de Santa Cruz.*—*Muera*, contestaron los demás. Alborotóse el Hermano mayor de la cofradía del Carmen, estimando el grito sospechoso de irreligiosidad, y dirigiéndose a sus compañeros, les dió una gran voz, diciendo: *Sí, sí, abajo los curas, pero viva la Virgen del Carmen.*—*Abajo los curas y viva la Virgen del Carmen*, vocearon todos los milicianos.

(2) Al fin no se realizó este plan. Se derribó el edificio; pero no se abrió la calle ni se edificaron los cuarteles y después de mucho tiempo el solar se dividió en parcelas y se vendió.

cantidad, la diócesis pudo comprar el palacio de Osuna con sus jardines, obteniendo una rebaja de consideración en el precio, por el pago al contado, y proyectar la construcción de un edificio apropiado para Seminario. Hicieron los proyectos los Arquitectos D. Miguel Olabarría y D. Ricardo García Guereta, después de haber presentado unos borradores al Sr. Arzobispo-Obispo, quien los examinó minuciosamente y los corrigió por sí mismo, habiendo antes oído el parecer de una comisión, que estudió con el mayor cuidado las condiciones higiénicas y pedagógicas que debe reunir un edificio destinado a la enseñanza e internado de alumnos.

Se contrataron las obras y avanzó la construcción con gran rapidez; pero la Divina Providencia dispuso que antes de verlas terminadas dejase de ser Obispo de Madrid el que con tanto acierto había conseguido resolver el árduo problema de dotar a la diócesis de un Seminario, que no dudo colocar entre los mejores de España.





Seminario de Madrid.



XII

Horas vespertinas.



DESPUES de algunas vacilaciones, aceptó el Emmo. señor Cardenal Cascajares el Arzobispado de Zaragoza, y fué elegido para sucederle en el de Valladolid, el Sr. Cos. Fué preconizado en el Consistorio de 16 de Abril de 1901 e hizo su entrada solemne en la capital de la archidiócesis, el día 15 de Octubre del mismo año, día en que la Provincia Eclesiástica de Valladolid celebra la fiesta de su Patrona Santa Teresa de Jesús y en que el nuevo Metropolitano conmemoraba el aniversario de su entrada en Mondoñedo, capital de su primer obispado.

Fué el día 15 de Octubre de 1901 uno de esos que en las planicies de Castilla anuncian con su destemplanza la proximidad del invierno. Soplabá un viento frío del Noroeste y de vez en cuando un chubasco hacía más desapacible la temperatura; mas esta circunstancia no fué obstáculo para que saliese a recibir al Arzobispo una enorme concurrencia de vallisoletanos, a los que agradó sobremanera la afabilidad y majestuosa presencia del Sr. Cos, y el grato recuerdo que el pueblo de Valladolid conservaba del Sr. Cascajares, que ya entonces había fallecido antes de haber tomado posesión del Arzobispado de Zaragoza, no impidió que el entusiasmo popular se manifestase de una manera hartó más expresiva y clamorosa de lo que suele en la seria y austera tierra castellana.

La Santa Sede había dispuesto que el Sr. Cos continuase rigiendo en calidad de Administrador Apostólico la diócesis de Madrid hasta que se posesionase de ella su sucesor, y por este motivo continué yo residiendo en Madrid y ejerciendo el cargo de

Secretario de la Administración Apostólica hasta mediados del año siguiente; pero el Sr. Arzobispo quiso reservarme el puesto de Secretario del Arzobispado de Valladolid y se sirvió de un Secretario interino hasta que pude ir a Valladolid y encargarme de la Secretaría, después de haber entregado la diócesis de Madrid al Sr. Guisasola. Llegué yo a la ciudad castellana en los primeros días de Julio de 1902 y encontré al Sr. Arzobispo totalmente repuesto de la enfermedad gripal que tantos estragos había causado en su salud en el año 1900.

En Octubre de aquel mismo año 1902, emprendió el Sr. Cos, con gran actividad, la visita de las parroquias y conventos de la capital. Se hizo un examen muy minucioso y detallado de todos los objetos de arte con el fin de catalogarlos y evitar las ventas que se habían hecho sin conocimiento de la autoridad eclesiástica, y se comenzó a organizar la enseñanza catequística en las parroquias. Estos trabajos y los de promulgar un reglamento completo para el régimen del Seminario y revisar los programas y libros de texto, ocuparon preferentemente la atención del Sr. Arzobispo durante el año 1903. Servíale yo de secretario y de amanuense en estas faenas y aún me quedaba algún tiempo para revisar y ordenar los papeles del archivo arzobispal, porque las ocupaciones de la Secretaría del Arzobispado de Valladolid eran mucho más llevaderas que las del Obispado de Madrid.

El invierno de 1903 a 1904 fué en Valladolid muy riguroso y se distinguió por unas nieblas heladas y persistentes que en muchos días no dejaban ver el sol. En aquellos días tristes e invernizos se filtraba el frío por todas partes en el desabrigado palacio Arzobispal, y para poder pasar las noches y trabajar durante ellas sin quedar aterido, era menester refugiarse en dos habitaciones únicas en que había colocadas estufas de poder suficiente para mantener la atmósfera templada. La salud del señor Arzobispo se resintió de los fríos extremados y por algunos días temimos los que convivíamos con él que se reprodujese con más gravedad el catarro gripal que había padecido tres años antes, pero afortunadamente pronto se desvaneció este temor y antes de diez días pudo hacer ya su vida ordinaria.

Poco tiempo pude cooperar a la activa y provechosa labor que el Sr. Cos hacía en la Archidiócesis de Valladolid, porque

el día 2 de Julio de 1904 fué propuesto para el Obispado de Astorga, y en Febrero del año siguiente me ví obligado a separarme del que por espacio de doce había sido para mí más que superior jerárquico, guía y consejero discretísimo y amigo cariñoso. La manera cómo llegó a mí la noticia de mi promoción al episcopado, fué muy singular, y quiero referirla porque refleja muy bien el carácter del Sr. Cos.

Por los meses de Abril y Mayo del citado año de 1904, comenzaron a correr en Valladolid rumores de que era probable mi designación para ocupar una de las cinco sedes episcopales vacantes a la sazón. No coincidían estos rumores en cuál era la sede a que se me destinaba; suponían unos que era la de Jaca y otros la de Canarias, cuyo Obispo se decía iba a ser trasladado a la Península; yo, sin embargo, que no tenía el menor antecedente de tal promoción, no dudé en calificar de paparrucha cuanto se decía a este propósito cuando algunos amigos me hablaron de ello. Un día se acentuaron los rumores porque en la información telegráfica de uno de los diarios que entonces se publicaban en Valladolid, se decía que se había convenido entre el Gobierno español y la Santa Sede mi promoción al episcopado. Publicábase el periódico por la mañana, y se apresuró un amigo mío canónico de la Catedral, a visitarme para saber si era cierta la noticia. Me encontraba yo, que no había leído el telegrama, muy ajeno a todo otro pensamiento, afanándome en hacer compatible un desayuno de café con leche con la lectura de los estudios de Menéndez Pelayo sobre los orígenes de la novela en España, cuando entró el canónico saludándome de sopetón con un «Que sea enhorabuena». Levanté los ojos del libro que estaba leyendo y le pregunté muy extrañado:

—¿Por qué es la enhorabuena?

—¿No sabe usted nada?—me dijo el visitante.

—¿De qué?—volví a preguntar.

—Se me han caído los palos del sombrero—repuso mi amigo el canónico. El periódico *La Libertad* publica un telegrama en que se afirma estar ya convenida la promoción de usted al episcopado; pero si eso fuera verdad, a estas horas habrían pedido su aceptación.

—Puede usted creerme—le dije—que no tengo el más leve indicio, y como supongo que si de ello se tratase intervendría en

el asunto el Sr. Arzobispo y éste ni remotamente me ha dado a entrever cosa alguna, antes al contrario, con frecuencia ha hablado, algunas veces en presencia de usted, dando por supuesto que yo he de estar en su compañía mucho tiempo, estimo la noticia de *La Libertad* una de las muchas que ruedan por los periódicos sin fundamento sólido.

Era a la sazón Capitán General de Valladolid el General Suárez Valdés, que por las circunstancias de ser asturiano y de haber ejercido mando en Santiago de Cuba al mismo tiempo que el Sr. Cos era Arzobispo de aquella metropolitana, sostenía con éste relaciones de cordialísima amistad, de la cual participábamos los que convivíamos en el palacio Arzobispal. Pocos días después de la publicación del telegrama de *La Libertad*, llegó una tarde al palacio el General, y no habiendo encontrado al Sr. Arzobispo entró en mi habitación y me invitó a pasear un rato en el corredor que circunda el pequeño jardín de la mansión episcopal. Apenas comenzamos nuestro paseo, me interpe-
ló el General:

—¿En qué quedamos? ¿Doy a usted o no la enhorabuena?

—¿Se refiere usted—pregunté—a la noticia de *La Libertad*?

—Sí—contestó Suárez Valdés.

—Pues—continué diciendo—siento decir a usted que no sé una palabra.

—¿Y este señor (el Arzobispo) no se ha espontaneado con usted?—repuso el General.

—Ni él me ha hecho la más ligera indicación ni yo me he atrevido a preguntarle.

—¿Quiere usted que yo le pregunte?

—Hágalo usted—dije—, aunque me parece que si él sabe algo, no le hará usted quebrantar el secreto.

Al cabo de un rato llegó el Sr. Arzobispo, que inmediatamente salió al corredor en el que seguíamos paseando el General y yo.

—Aquí he venido a saludar a V.—dijo el General—y de paso a saber si se puede dar la enhorabuena al señor secretario, porque ¡se dicen por ahí tantas cosas!, pero él dice que no tiene noticia alguna,

—No haga V. caso de lo que se dice—contestó el señor Arzobispo.—En estos asuntos no se puede tener por cierta la noti-

cia hasta cinco o seis días después de haber tomado posesión del cargo.

Yo pedí licencia para retirarme a mi habitación y allí estuve hasta que al cabo de un rato salió el General acompañado del señor Arzobispo de las estancias episcopales, y pasaron por delante de la puerta vidriera de mi cuarto de trabajo y llamaron con los nudillos en los cristales para que yo saliese a despedir al visitante. Salí inmediatamente y acompañé hasta la puerta de la calle al General, quien al bajar la escalera, después de haber perdido de vista al Sr. Arzobispo, que había salido a despedirlo hasta el extremo de la galería que circunda el patio, me dijo:

—Nada he podido averiguar. Este Sr. Arzobispo es el libro de los siete sellos.

Pasaron días y, entrado ya el mes de Junio, llegaron los señalados para que el clero de la archidiócesis practicase los Ejercicios espirituales. Aquel año se dispuso que los ejercitantes se dividiesen en dos tandas, con la primera de las cuales se retiró al Seminario, durante ocho días, el Sr. Arzobispo.

Quedé yo encargado del gobierno del arzobispado y como el señor Cos era exactísimo cumplidor del método que enseña San Ignacio en su precioso libro de los *Ejercicios*, me dió orden de que despachase cuantos asuntos ocurriesen sin acudir a él más que en casos excepcionales, en que me pareciese preciso consultarle. El quinto día de Ejercicios llegó entre la correspondencia oficial una carta del Nuncio Apostólico dirigida al Sr. Arzobispo. En ella el representante de Su Santidad, Mons. Rinaldini, comunicaba confidencial y amistosamente al Sr. Cos haberse ultimado una vasta combinación episcopal que detallaba puntualmente. En ella estaba yo comprendido y designado para ocupar la diócesis de Astorga. Cogí la carta y fui al Seminario. Estaba el Sr. Arzobispo en la capilla con los demás ejercitantes y viendo que tardaría en salir casi una hora, encerré en un sobre la carta de la Nunciatura, puse en la parte exterior *interesante y reservada* y la dejé sobre su mesa-escritorio.

Terminaron los Ejercicios espirituales, volvió el Sr. Arzobispo a su palacio, se reanudó la vida ordinaria, pero nada me habló del asunto. Tampoco hice yo la menor alusión a él en mis conversaciones, dejando al tiempo la misión de aclarar el enigma.

Pocos días después comenzó en el Seminario la segunda tan-

da de Ejercicios y fui yo del número de los sacerdotes ejercitantes. Tres días de ejercicios habían transcurrido en medio de la mayor tranquilidad, cuando en la mañana del cuarto, al salir de uno de los actos piadosos que se practicaban en la capilla, ví venir muy alborozado por uno de los tránsitos al mayordomo del palacio arzobispal, agitando un papel en la mano. El papel era la carta en que el Ministro de Gracia y Justicia me comunicaba oficialmente estar propuesto para el Obispado de Astorga y una carta particular del mismo al Sr. Arzobispo en la que, dando por supuesta la aceptación, le encargaba que a vuelta de correo le enviase el acta de prestación de juramento que encabeza el expediente de presentación de Obispos, porque dentro de pocos días había de celebrar el Papa Consistorio y era preciso hacer oficialmente la presentación con la anticipación necesaria para que en él fuesen provistas las sedes episcopales vacantes. Salí inmediatamente del Seminario y fui al palacio, donde me esperaba el Sr. Arzobispo, el cual me abrazó, y después de felicitar me muy efusivamente, me dijo:— «Dè estas cosas, aunque sabía algo, nada he querido hablarle mientras no fuese cosa segura, ahora casi lo es».

Se tramitó el expediente con gran rapidez, pero se retrasó la preconización varios meses, porque surgieron en Roma algunas dificultades para la celebración del Consistorio y entonces aún no se había establecido la costumbre de preconizar los Obispos sin las solemnidades consistoriales.

En aquel verano de 1904 tuve ocasión de coadyuvar, aunque modestamente, a una de las obras más hermosas que el Sr. Cos realizó en Valladolid durante su pontificado, que fué la fundación del Asilo de jóvenes vagabundos, vulgarmente llamado *Asilo de golfos*, que tantos bienes ha producido en los pocos años que lleva de vida. El Sr. Arzobispo encargó a un fervoroso católico seglar, ya fallecido, y a mí, elegir local para establecer el Asilo y gestionar su adquisición, la cual se ultimó en poco tiempo merced a un conjunto de circunstancias favorables, que parecían presagiar la protección de Dios en favor de la empresa.

Celebróse por fin el Consistorio que se proyectaba primeramente celebrar en el mes de Julio, el 14 de Noviembre. Se consagró dicho Consistorio a conmemorar de una manera especial el quincuagésimo aniversario de la definición del dogma de la

Inmaculada Concepción y en él fuimos preconizados ocho Obispos españoles, que por esta razón tenemos la dicha de tener un origen concepcionista. Yo fui consagrado por el Sr. Cos en la Catedral de Valladolid el 5 de Febrero de 1905 y algunos días después me despedía de él en la estación de dicha ciudad con el hondo sentimiento que ambos hubimos de experimentar al cabo de más de doce años de constante convivencia y de íntima compenetración espiritual.





XIII

Gloriosas iniciativas.



UANDO queremos hablar de hechos que no trasponen los límites de la realidad, hablamos en prosa; si queremos glorificar las acciones de los héroes legendarios, acudimos a la forma poética; mas si queremos comunicar a las muchedumbres las hondas emociones de nuestra alma, la misma emoción de que nos sentimos henchidos nos obliga a expresarla por medio del canto. De esto se deduce la gran importancia del canto en las funciones litúrgicas, en que se manifiestan al exterior los sublimes pensamientos que la Fe y la Esperanza suscitan en el alma del creyente y las delicadas vibraciones del corazón inflamado por la Caridad. La majestad de un Dios omnipotente, los vislumbres de una eternidad gloriosa, el reconocimiento al Redentor que nos eleva y glorifica, sólo puede expresarse por medio de las modulaciones musicales, ora suaves como una plegaria, ora enérgicas y viriles como del luchador valeroso; ya melancólicas, como del desterrado que suspira por la patria; ya doloridas como de penitente arrepentido; ya alegres y regocijadas, como de triunfador que va a recibir la corona que sus victorias merecieron. El canto eclesiástico es tan antiguo como la Iglesia misma; comenzó a resonar en las ceremonias del culto en los tiempos apostólicos; tuvo acentos de sublime heroísmo en las catacumbas y en las lóbregas prisiones, desde donde los cristianos, en vísperas del martirio, hacían llegar a los oídos de sus perseguidores, atónitos, los alegres himnos del triunfo próximo, y ha continuado ocupando lugar muy preeminente en la liturgia eclesiástica. Mas para que el canto eclesiástico desempeñe el cometido que le corresponde,

es menester que exprese fielmente las emociones que en el alma nacen al calor de la idea religiosa, y no se profane con dejos de sensualidad.

El canto eclesiástico surgió del sentimiento de las muchedumbres enfervorizadas, y fué, en sus principios, sencillo y lleno de unción religiosa. Entonábalo el pueblo, distribuído en dos o más coros, salvo los casos en que el primer cantor, arrebatado por una inspiración artística y devota, entonaba un diálogo musical con el pueblo, de que nos ha quedado algún maravilloso ejemplar en los graduales y responsorios de la antigüedad más remota. El Renacimiento, que tan extraña mezcla hizo de lo divino y de lo humano, de verdades cristianas y de fábulas paganas, dejó sentir su influencia en la liturgia sagrada, y despojó al canto, que formaba parte muy principal de ella, de su antigua sencillez; puede, sin embargo, perdonársele esta culpa, en atención al mayor interés artístico de las composiciones musicales que nos legaron los grandes maestros de aquella época y a la unción religiosa que supieron conservar en ellas, si bien la reforma sustrajo el canto eclesiástico de las grandes masas populares y obligó a introducir en las solemnidades religiosas coros seleccionados de corto número de cantantes.

Sobrevino pronto la decadencia y comenzaron a invadir los templos profanidades de mal gusto. Poco a poco la austera y devota gravedad del canto eclesiástico se fué sustituyendo por una música ligera, más a propósito para distraer y deleitar el oído que para elevar el alma a Dios; mas cuando llegó la música religiosa a la más profunda abyección fué en el siglo XIX. Perdida toda noción de lo que deben ser las augustas ceremonias del culto, los maestros de música, aun los más eminentes, llevaron a las Catedrales todo el artificio empleado para expresar las pasiones y los afectos sensuales de los personajes de la farsa teatral, y las iglesias se convirtieron en salas de concierto. Sus acentos de dolor, de arrepentimiento, de humildad profunda, que parecen salir entre lágrimas y sollozos del pecho del Real Profeta en el *Miserere*; las sublimes estrofas del *Dies irae*, en que parece oírse la trompeta del Juicio final, aterrando a los hombres con su sonido, adquieren su expresión musical en las composiciones de este siglo funesto para el arte religioso, con las mismas notas con que, en el teatro, el tenor o la tiple se dicen sus

amores, entre los trémolos de los violines o los gorjeos de la flauta.

En Madrid llegó a darse el caso de que alguna vez se arreglaron misas adaptando la letra a diversos fragmentos de ópera; de tal suerte, que los asistentes, con sólo cerrar los ojos, podían creerse ante el escenario del teatro Real, con la sola diferencia de oír peores cantantes y menos concertada orquesta.

Todos los que aún sentían amor al arte religioso y no querían ver la augusta grandeza de las ceremonias del culto en los abismos de la perversión y del mal gusto, clamaban por una reforma, que inició León XIII y llevó a cabo Pío X con gran decisión y energía. El Sr. Cos, cuyo espíritu era eminentemente artista, había sido siempre muy amante de la buena música, y se había esforzado en fomentar el esplendor de las funciones religiosas, procurando que en ellas el canto eclesiástico revistiese la severidad propia de la grandeza y dignidad de las sagradas ceremonias, y apreciando debidamente el valor artístico de las composiciones polifónicas de los siglos XVI y XVII, fundó en Madrid la *Schola Isidoriana*, cuyo fin principal era estudiarlas y darlas a conocer al público.

El *Motu proprio* de Pío X impulsó a los Obispos de la provincia eclesiástica de Valladolid a llevar a cabo en sus respectivas diócesis una reforma radical de la música religiosa. Aprovechando la ocasión de habernos reunido en la ciudad de Astorga durante el otoño de 1905 para celebrar las acostumbradas conferencias episcopales, acordamos publicar una pastoral colectiva y un reglamento encaminado a ordenar las funciones religiosas, así en las catedrales como en las parroquias. Esta pastoral y este reglamento, que constituyen el modelo más perfecto que puede imaginarse, se publicó el 22 de Noviembre de 1905 y su redacción fué obra exclusiva del Sr. Arzobispo.

La Santa Sede se apresuró a expresar por medio de la Secretaría de Estado su satisfacción por el acto que habían realizado los Obispos de la provincia eclesiástica de Valladolid con estas alentadoras palabras:

«El Santo Padre tributa un muy particular elogio a los nobles esfuerzos hechos por el episcopado español para imprimir a la reforma de las sagradas melodías un carácter eminentemente

práctico, y en modo alguno duda que el fiel asentimiento con que el mismo episcopado se ha adherido uniformemente a las prescripciones pontificias, será seguido y coronado del más feliz resultado que Su Santidad se promete» (1).

Más conocido este documento episcopal en el extranjero que en España, mereció las más altas alabanzas de las revistas profesionales de Europa. *Música Sacra*, de Milán (Enero de 1906), dice «que el edicto y reglamentos sobre música sagrada de la provincia eclesiástica de Valladolid, puede servir de manual a todos los que estudian la reforma de la música sagrada desde el punto de vista práctico». *Santa Cecilia*, de Turín (Enero de 1906), añade: «El documento más completo que conocemos salido de manos de los Rvdmos. Prelados de las diócesis católicas de todo el mundo, es ciertamente éste. Este reglamento es de importancia excepcional y merece ser reproducido por completo». La *Revue du Chant Gregorien*, de Grenoble (Mayo y Junio de 1906), hace el elogio del edicto y reglamento valisoletanos con estas palabras: «Este excelente *Reglamento* publicado por los Obispos de la provincia eclesiástica de Valladolid en el segundo aniversario del *Motu proprio*, es ciertamente el más perfecto, el más inteligente que se ha puesto en práctica. Nosotros no acertamos a proponer un modelo más hermoso a las diócesis y provincias de todos los países». Otras publicaciones periódicas se expresaron en términos igualmente laudatorios.

No pareció bastante al ánimo decidido del Sr. Cos haber dado este paso de gigante para llegar, dentro de los límites de su provincia eclesiástica, a una reforma de la música religiosa conforme a los deseos manifestados por Su Santidad Pío X en su *Motu proprio*, y concibió la idea, que podría parecer harto atrevida, de celebrar en la capital de la archidiócesis un Congreso de música sagrada. No fueron pocos los obstáculos que se opusieron al proyecto. La apatía de los unos, el escaso sentimiento artístico de los otros, el mal gusto dominante, la enorme y pesada masa de falsas apreciaciones acumuladas por tantos años de extraviada rutina, estuvieron a punto de hacer fracasar

(1) Carta del Emmo. Cardenal Secretario de Estado, fecha 24 de Febrero de 1906.

la hermosa iniciativa del Sr. Arzobispo; pero su constancia y decisión hasta llegar al fin, que era una de sus cualidades más características, superaron todas las contradicciones, y el Congreso se celebró con gran éxito en los días 26, 27 y 28 de Abril de 1907.

Auxiliaron poderosamente la prolija labor de organización que exigió este Congreso, el insigne maestro compositor de música religiosa Goicoechea (Vicente), tal vez el más inspirado entre los compositores contemporáneos, muerto prematuramente poco después, y el no menos insigne padre Otaño, que tanto ha trabajado y continúa trabajando para encauzar la música de las solemnidades del culto por los senderos del arte y de la unción religiosas, y otros distinguidos artistas y compositores. Asistieron a las sesiones del Congreso personalmente o por medio de representación, 32 Obispos, muchos maestros de capilla de diversas regiones de España y algunos de Francia y de Italia. Puede decirse que ninguno de los que en España se interesan por la restauración de la música religiosa dejó de concurrir de un modo o de otro al llamamiento del Metropolitano de Valladolid.

Entretanto se acercaba la fecha del jubileo sacerdotal de Su Santidad Pío X y preparábanse en Roma fiestas solemnísimas, a las que se proponían asistir Obispos de todo el orbe católico en número muy considerable. Cuatro meses antes del en que éstas habían de celebrarse, me detuve un día en Valladolid al regresar desde Madrid a la capital de mi diócesis y hablé al señor Arzobispo de mi propósito de asistir a ellas. Esta noticia le animó a emprender en mi compañía el viaje a Roma, hacer la visita *ad limina Apostolorum* y conocer personalmente al Papa.

Emprendimos el viaje a mediados de Octubre, y después de habernos detenido un día en Lourdes y unas horas en Marsella, llegamos felizmente a Génova, donde se disfrutaba de más hermosos días y de la más suave temperatura que pudiera imaginarse. Conocía yo mucho a Génova y sus alrededores por haberla visitado varias veces, y por esta razón pude servir de guía al Sr. Arzobispo, que había pasado por su estación en sus viajes a Roma sin detenerse nunca en la bella capital de la Liguria. Subimos al Castellaccio para gozar de los extraños cam-

biantes de luz con que los últimos rayos del sol poniente tiñen la superficie del mar en el abierto golfo que forma el Mediterráneo, recorrimos detenidamente los suntuosos mausoleos del cementerio, admiramos las bellezas de los templos y de los museos y contemplamos la incesante animación del puerto, a la sazón muy concurrido por emigrantes alemanes e italianos. El Sr. Cos parecía rejuvenecido. Complacíase mucho en la visita de los monumentos artísticos, y, sobre todo, en aquel ambiente suave, iluminado por los tibios rayos del sol de otoño, y a pesar del continuo movimiento en que pasábamos los días, no daba muestras de cansancio alguno.

Al cabo de tres días resolvió el Sr. Arzobispo continuar su viaje a Roma, con el fin de aprovechar las dos semanas, un poco largas, que faltaban hasta que llegase la fecha del jubileo sacerdotal del Papa, para gestionar varios asuntos importantes. Yo, que por el momento no tenía precisión de ir a Roma, determiné alargar el viaje recorriendo la Lombardía y el Veneto durante aquellos quince días. Una mañana despedía en la estación de Génova al Sr. Cos, que partía en un tren *directo* a Roma, y una hora después salía yo en el *rapidísimo* de Milán en dirección a la capital de la Lombardía.

Al cabo de quince días llegué a Roma y me reuní de nuevo con el Sr. Arzobispo de Valladolid y con los Sres. Guisasola, Arzobispo de Valencia; Cardona, Obispo de Sión, y Laguarda, Obispo de Barcelona, que acababan de llegar de España. Los cinco Obispos españoles fuimos los representantes de nuestra nación en las fiestas jubilaires de Pío X. Consistieron éstas principalmente en una solemnisima misa pontifical celebrada en San Pedro por el Papa, y a la que asistimos 18 Cardenales y 278 Obispos, procedentes de todos los países en que está establecida la jerarquía eclesiástica. Distinguíanse entre todos, los Obispos orientales, por sus ornamentos fastuosos, largas melenas y espesa barba, y algunos por su bigote recortado, que les daba cierto aspecto militar. La solemnidad fué en extremo impresionante y bien merecía el viaje a la Ciudad Eterna.

Después de otros diez días, emprendimos el Sr. Cos y yo el regreso a España por París. Antes de salir de Roma, uno de los Cardenales mejor relacionados con el Papa, me confió en reserva la noticia de que la prudencia y piedad del Sr. Arzobispo

de Valladolid había impresionado profundamente a Su Santidad, por lo que era muy probable que en la primera ocasión que ocurriese le fuera impuesto el rojo capelo. Las circunstancias demoraron aún algunos años este ascenso. Iniciada poco después en España la campaña contra las Ordenes religiosas y en desacuerdo la Santa Sede con el Gobierno español de Canalejas, quedó por mucho tiempo en suspenso la provisión de los cardenalatos vacantes que suelen concederse a Prelados españoles.





XIV

Un luminoso atardecer.



LEGÓ el otoño de 1911, que yo había dedicado casi totalmente a visitar los extensos arciprestazgos que la diócesis de Astorga tiene en la provincia de Orense: promediaba el mes de Noviembre y me encontraba en el pueblo de Fontey, surgido de poco acá en torno de la estación de Rua-Petín (Valdeorras), cuando recibí una carta del Sr. Arzobispo de Valladolid. En ella me decía que acababa de saber oficialmente que iba a ser creado Cardenal en el Consistorio que había de celebrarse en Roma el 27 de aquel mes, y que se apresuraba a comunicarme la noticia y a invitarme a la ceremonia de la imposición del solideo rojo que se verificaría en Valladolid a la llegada del Guardia Noble encargado de presentar al Cardenal nuevamente creado esta primera insignia de la alta dignidad de que ha sido investido.

Apresuré un poco la visita del arciprestazgo de Valdeorras y pude terminar a tiempo para llegar a Valladolid dos días antes del señalado para la llegada del Guardia Noble. Era éste un joven arrogante que lucía el vistoso uniforme del Cuerpo a que pertenecía con notable soltura y elegancia.

Se celebró la ceremonia en la Catedral, con gran concurso de gente. Habiéndose divulgado en la ciudad la noticia de que, según las instrucciones recibidas, solamente podría ostentar el Guardia Noble su uniforme de gala en la ceremonia palatina de la imposición de la birreta cardenalicia, varias personas notables acudieron telegráficamente a Roma solicitando licencia para que se le permitiese usar también dicho uniforme en Valladolid. Vino a tiempo la concesión y la muchedumbre, que lle-

naba la Catedral metropolitana, pudo contemplar el airoso uniforme, en que parecen fundirse un romántico recuerdo de las legiones romanas y la gentileza inconfundible del Renacimiento italiano.

Algunos días después llegó el Ablegado Pontificio, portador de la birreta (1), y se verificó en la Capilla del Palacio Real de Madrid la solemnidad de imponer esta insignia a los Cardenales creados en el Consistorio de 27 de Noviembre y residentes en España (2).

Era el Sr. Cos el que había sido primeramente nombrado al ser creados los Cardenales, por lo que gozaba de mayor antigüedad que los otros dos que recibieron juntamente con él la investidura de la birreta roja. Esta circunstancia le obligó a dar las gracias, en nombre de todos, a S. M. el Rey. Hízolo así en un breve discurso muy sentido en el que aludió a los años que había sido Obispo de Madrid durante la menor edad de S. M. y evocó discretamente los recuerdos de los maternales y prolijos cuidados con que S. M. la Reina Madre había procurado fortalecer el espíritu y formar el corazón del Soberano.

Varias circunstancias retrasaron notablemente el Consistorio en que los Emmos. Purpurados españoles recibieron el capelo. Celebróse por fin dicho Consistorio el 12 de Diciembre de 1912, y en los primeros días de Diciembre llegaron a Roma los Eminentísimos Cardenales Cos y Almaraz, a los que tuve la honra de acompañar.

Fuimos primeramente a Barcelona, con el fin de asistir al tercer Congreso Nacional de Música Sagrada que se celebró en la ciudad condal en los días 21, 22, 23 y 24 de Noviembre, y desde Barcelona continuamos el viaje por el mediodía de Francia.

En Roma recibieron los Cardenales españoles en el palacio de la Embajada cerca del Vaticano, situado en la plaza de España, las visitas *di calore* y recibieron el capelo en el Consistorio del día 12. Son las ceremonias de los Consistorios graves y solemnes, de tal manera que impresionan profundamente aun a los que asisten a ellos con frecuencia, pero mucho más a los que, como a mí me sucedía, las presenciaba por primera vez.

(1) Era éste Mons. Lauri, hoy Arzobispo titular de Efeso y Nuncio en Varsovia.

(2) Fueron éstos, además del Sr. Cos, los Emmos. Sres. Viço y Almaraz.

Ocupa el Papa un alto sitial, al que se asciende por una amplia gradería. Comienza el Consistorio subiendo uno a uno los Cardenales presentes revestidos de *capa magna*, cuya larga cola se extiende por las gradas del trono papal para prestar obediencia al Sumo Pontífice, y en esta ceremonia destacóse notablemente la majestuosa figura del Sr. Cos, que contrastaba de una manera singular con el Cardenal que le seguía, un Prelado austriaco de baja estatura que cojeaba mucho a causa de un ataque reumático y falleció poco después casi repentinamente.

Pocos días después tomó posesión el Sr. Cos del título de Santa María del Pópulo, que le fué asignado por Su Santidad, con arreglo al ceremonial que es uso y costumbre, y a mediados del mes de Diciembre tornamos a España por París, donde nos detuvimos unos días con el fin de que el Emmo. Purpurado celebrase una conferencia con su colega el Cardenal Amette y conociese los principales monumentos de la capital de Francia, la cual no había visitado hasta entonces.

Mientras estábamos en Roma, el Cardenal Rinaldini, quien mientras vivió me manifestó constantemente una estimación y un afecto grandísimo y muy superior al que yo merecía, me confió la noticia de que el Sr. Cos había sido propuesto para el arzobispado de Valencia y que él había rehusado aceptarlo. El caso ocurrió de esta manera: hallábanse la ciudad y la archidiócesis de Valencia profundamente perturbadas por las agitaciones que sin fundamento sólido, pero con gran estruendo y apariencia de graves complicaciones se promovieron hasta conseguir la dimisión del Rvmo. P. Nozaleda, designado poco tiempo antes por Su Santidad a propuesta del Gobierno para ocupar aquella Sede metropolitana, y era preocupación grave del Ministerio que a la sazón gobernaba, buscar al P. Nozaleda un sucesor que lograse tranquilizar los espíritus inquietos y poner en orden los asuntos de la archidiócesis, que habían sufrido graves perjuicios. La Santa Sede que, para evitar mayores males, había admitido la dimisión del Arzobispo preconizado, había dado a su representante en España instrucciones terminantes para que obtuviese del Gobierno la propuesta de un candidato de tan relevantes cualidades que justificase la condescendencia de la Corte Pontificia, y el Sr. Montero Ríos, que presidía el Consejo de Ministros, estimó que nadie reunía en más alto grado que el

Sr. Cos las cualidades de tacto y prudencia apetecidas. Del mismo parecer fué el Nuncio de Su Santidad, y ambos, por separado, escribieron al Sr. Arzobispo de Valladolid instándole a que aceptase su traslado a Valencia. Tomóse el Sr. Cos unos pocos días para dar una contestación definitiva, y al cabo de ellos declinó el honor que se le hacía, dando para ello tan graves razones que así el Presidente del Consejo de Ministros como el Nuncio las conceptuaron muy fundadas y no insistieron más.

El Emmo. Cardenal, después de su regreso de la Ciudad Eterna, se ocupó en llevar a la práctica el proyecto que venía elaborando desde dos años atrás, de celebrar un Congreso Catequístico Nacional en Valladolid. Fué éste una lucidísima manifestación de lo mucho que había progresado en España la enseñanza catequística, que como un granito de mostaza había nacido en Oviedo en medio de los tumultos y perturbaciones promovidos por la honda crisis que se llamó *Revolución de Septiembre de 1868*. La semilla había sido sembrada por la actividad fecunda del Sr. Sanz y Forés y cultivada con esmero y delicadeza hasta ser transformada en robusta planta por el señor Cos; al cabo de cuarenta y tres años había crecido de tal modo, que era árbol frondoso cuyas ramas se extendían por toda España; cosa natural era que el primer catequista que había seguido en la enseñanza de la doctrina cristiana, métodos inspirados en la moderna pedagogía, se complaciese en ver de manifiesto los adelantos de la catequesis en el largo período que abarcaba cerca de medio siglo.

Concurrieron al Congreso Catequístico de Valladolid, los principales catequistas de España, distinguiéndose entre ellos el insigne pedagogo D. Andrés Manjón, insuperable en el arte de exponer a los niños con meridiana claridad, las verdades más abstrusas; el genial, entonces famoso Arcipreste de Huelva y hoy preclaro Obispo de Málaga, maestro en la manera de enseñar, con acompañamiento de castañuelas, a los alegres hijos de la *tierra de María Santísima*, los dogmas de la Fe; el Padre Urrutia, fundador del célebre *Catecismo de la Clerecía* de Salamanca y otros muchos maestros excelentes y celosos, que en parroquias, escuelas y colegios, estaban consagrados a la meritisima labor de instruir a los niños en los dogmas de la Religión Católica.

El Congreso puso de manifiesto que la labor catequística estaba en España mucho más adelantada de lo que se sospechaba e infundió grandes alientos en los allí congregados para redoblar sus esfuerzos y trabajar con más ardor en ilustrar a las nuevas generaciones, formando en ellas falanges de cristianos conscientes y convencidos de fe robusta, capaces de renovar en los tiempos presentes las virtudes heroicas, la elevación de miras, el amor desinteresado y fecundo en obras de caridad, que distinguió a los cristianos de los primeros siglos.

Pronto vinieron sobre Europa aquellos días caliginosos y amenazadores que precedieron a la gran guerra. La inquietud más angustiosa y la incertidumbre más alarmante se habían apoderado de todos los espíritus. Con espanto se vió, al mediar el verano de 1914, surgir en el centro de Europa, como un volcán de actividad siniestra, en el cual, como poseídas por un vértigo suicida, se iban precipitando las más prósperas, más ricas y más poderosas naciones del mundo.

Una nueva pesadumbre vino a entenebrececer más el horizonte. El corazón magnánimo y bondadosísimo de Pío X no pudo resistir el dolor de ver que a pesar de sus esfuerzos en pró de la paz, estallaba la contienda más formidable que se registra en la historia del mundo, y tras una breve enfermedad fué a recibir de Dios el premio de sus muchas y grandes virtudes. Era preciso que los Cardenales, no pertenecientes a la Curia Romana, emprendiesen el viaje a la Ciudad Eterna, con el fin de asistir al Cónclave para la elección de nuevo Pontífice. Hallábase el Sr. Cardenal Arzobispo de Valladolid en Avilés, en la casa de campo de sus lealísimos y cariñosísimos amigos de Oviedo, don Policarpo Herrero y D.^a Teresa Collantes de Herrero y desde allí me escribió, instándome para que le acompañase a Roma y me ocupase en los preparativos del viaje, entonces prolijos y difíciles a causa de la guerra.

Emprendí lo más rápidamente que me fué posible la marcha desde un pueblecito de las cercanías de Llanes, en el cual me hallaba disfrutando unos días de vacación en compañía de mis buenos amigos los Condes del Valle de Pendueles y sus hijos y llegué a Madrid, donde al día siguiente de mi llegada se unió conmigo el Emmo. Sr. Cardenal Cos, y al cabo de veinticuatro horas, transcurridas en obtener los pasaportes del Ministerio de

Estado, salimos en el tren expreso de Barcelona, en unión de los Eminentísimos Cardenales Almaraz y Guisasaola. En Barcelona se agregó a nosotros el Sr. Cardenal Martín de Herrera y embarcamos en el vapor *Buenos Aires* de la Compañía Trasatlántica, que la generosidad y cortesanía del Marqués de Comillas puso a disposición de los Cardenales españoles.

Llegamos a Génova después de una travesía feliz, aunque no exenta de sobresaltos. Con frecuencia se presentaron a la vista cruceros y torpederos franceses que vigilaban las costas del Langüedoc y de la Provenza y en dos ocasiones temimos que nos detuviesen y registrasen el vapor, causándonos las molestias consiguientes a un registro en tiempo de guerra. Ningún temor podíamos abrigar la mayoría de los pasajeros cuyos pasaportes estaban en regla; pero nos enteramos que entre los pasajeros que habían embarcado en Barcelona, procedentes de la República Argentina, venían dos mocetones alemanes, que al saber que su patria estaba en guerra, se apresuraron a venir a Europa, con el fin de alistarse en las filas del ejército alemán. Encontrando cerrados todos los caminos del Mar del Norte, habíanse embarcado con nombre y pasaporte de dos argentinos que habían quedado en España. Habíales proporcionado la sustitución de nombres otro argentino, que alarmado ante la presencia de los cruceros franceses, dió cuenta de sus temores al capitán del barco y el capitán me comunicó lo que ocurría, con el fin de que yo previniese a los Cardenales, por si nos veíamos sometidos a las incomodidades del registro. Afortunadamente el crucero francés, al ver la bandera de la Trasatlántica española, nos envió un saludo por medio del telégrafo de banderas y enfiló la proa al Norte, dejando libre nuestra ruta. Los alemanes desembarcaron en Génova e ignoro cuál habrá sido su suerte.

Llegamos al anochecer a Génova e inmediatamente vino a bordo del *Buenos Aires* un delegado del Prefecto de la ciudad y puso a disposición de cada uno de los Cardenales españoles, un departamento reservado del tren que dentro de dos horas iba a partir en dirección a Roma y otros tres para los secretarios y familiares de los mismos. Aceptaron los Cardenales con gratitud los corteses ofrecimientos de las autoridades italianas y encomendaron al representante del Prefecto que hiciese presente a éste su agradecimiento.

A eso de las diez de la noche desembarcamos y nos trasladamos al tren, que partió poco después. Llegamos a Roma con tiempo para asistir a dos de los tres funerales solemnes que se celebran en la Capilla Sixtina por el Papa difunto. Los cantores de la Capilla Sixtina cantaron bajo la dirección del maestro Perosi, música muy selecta, con tal maestría, que el placer de oírla compensaba cumplidamente las molestias del viaje a Roma en el mes de Agosto y en plena guerra europea.

La elección de Papa demuestra evidentemente el origen divino de la Iglesia Católica. Con tan grande rigor se exige a los Cardenales que prescindan de toda mira baja y mezquina, es tan grave el juramento que pronuncian al emitir el voto, poniendo a Dios por testigo de que eligen al que en conciencia creen más apto, y es tan absoluto el secreto que se les impone, que, según frase del Cardenal Cos al salir del Cónclave, parece que no se ha omitido precaución alguna de las que dicta la prudencia para que se haga una buena elección. Por estos motivos, en los días que precedieron a la elección no pudo conjeturarse fundadamente cuál había de ser el resultado de ésta; mas no por eso dejaron de formarse mil cábalas y combinaciones que corrían de los corrillos y reuniones íntimas a los periódicos y, sancionadas por la autoridad de la prensa periódica, tornaban convertidas en axiomas incontrovertibles a los hogares, a las tertulias de los cafés y a donde quiera que se reunían dos personas interesadas en la elección del nuevo Papa, y puede decirse que no había romano ni extranjero residente en Roma que no lo estuviese. Estudiábanse con la mayor avidez las palabras más sencillas y aun los gestos de los Cardenales, y sobre tan débil fundamento se hacían suposiciones absurdas. Lo más frecuente era indagar la historia, tendencias y amistades de cada uno de los electores con el fin de llegar por estos medios a conocer hacia dónde se inclinaría en la emisión del voto. La reserva en que, cumpliendo con su deber, se habían encerrado los miembros del Sacro Colegio, no alcanzaba al clero de Roma ni al personal de las Curias, ni al de los numerosos colegios pertenecientes a las diversas naciones establecidos en Roma y cada uno manifestaba sus preferencias. Casi todos se agrupaban en tres distintas tendencias. Inclinábanse algunos al Cardenal Maffi, Arzobispo de Pisa, cuya ciencia es universalmente reco-

nocida y al que se suponía propenso a iniciar una política de benevolencia con el Gobierno italiano, siempre que pudiesen quedar a salvo los derechos inalienables de la Iglesia y su independencia. Otros se mostraban favorables a la elección del Cardenal Ferrata, fundándose en su acertada gestión mientras fué Nuncio en París en circunstancias verdaderamente difíciles, y, sobre todo, en su compenetración con el modo de pensar del Cardenal Rampolla, cuya figura, siempre prestigiosa, se había agrandado después de su muerte. Una tercera fracción consideraba solución mejor la que asegurase la continuación de la política de Pío X y por esto preferían al Cardenal Serafini, al Cardenal Pompilii o algún otro de los que estimaban más afectos al Pontífice difunto. No faltaba algún voto suelto en pro de otras soluciones, entre ellas la de elegir un Pontífice no italiano, como muestra de la catolicidad de la Iglesia y proponiendo en este caso al Cardenal Van-Rossum, holandés de origen, pero residente en Roma desde antes de pertenecer al Sacro Colegio.

En esto comenzó el Cónclave, y como no puede admitirse comunicación alguna entre los conclavistas y los que no lo son, quedamos más desorientados que nunca. Desde el primer día de Cónclave no faltaron en la plaza de San Pedro grupos de curiosos que, aun en las horas más calurosas resistían impávidos los rayos ardientes del sol de Agosto. Sobre todo en los momentos en que se esperaba ver salir por una larga chimenea de hierro, que asomaba sobre el techo de la Capilla Sixtina la célebre *sfumata*, estaba la inmensa plaza llena de personas de todas clases, entre las que no faltaban extranjeros a pesar de la guerra en que estaban empeñadas por aquel tiempo Rusia, Francia, Bélgica e Inglaterra contra los imperios centrales.

No dejé de concurrir algunos ratos ninguno de los días que duró el Cónclave, complaciéndome en ver el aspecto de la plaza y en oír los comentarios que se hacían entre los concurrentes. Uno de los días, el cuarto del encerramiento de los Cardenales, había pasado gran parte de la mañana en la *Farnesina*, admirando las obras de arte que este palacio atesora, y a eso de las once me trasladé a la plaza de San Pedro. Iba sin ostentar al exterior insignia alguna episcopal, con el fin de pasar inadvertido. Aún no había llegado, por la columnata de la izquierda hasta la fuente de aquel lado, en torno de la cual se agrupaban

la mayor parte de los curiosos con el fin de disfrutar de la sombra y de la frescura que esparcía en derredor la caída del agua, cuando encontré a un Obispo colombiano, con el que había trabado conocimiento en el *Buenos Aires* durante la travesía de Barcelona a Génova y que tampoco llevaba al descubierto cosa alguna que diese a conocer su cualidad de Obispo.

Reunidos los dos comenzamos a recorrer la plaza, pero al poco tiempo se le ocurrió a mi compañero que nos sería más cómodo alquilar uno de los muchos coches que por allí ofrecían sus servicios e instalarnos en él con la capota echada. Así podríamos oír sin ser vistos y esperar con mayor comodidad el momento de la *sfumata* que aquel día se retrasaba algo más de lo acostumbrado en los días anteriores. A poco de habernos instalado en el coche el Obispo americano y yo, sentimos hablar acaloradamente detrás de la capota del carruaje. Procedían las voces de varios monseñores pertenecientes a diversas oficinas eclesiásticas de Roma, que discutían acerca de las cualidades y aptitudes de los distintos Cardenales que se suponían con probabilidad de ascender al Papado. Eran la mayor parte partidarios del Cardenal Maffi, cuya prudencia y sabiduría ensalzaban hasta las nubes. Contradecían otros esta opinión, exponiendo las dotes de gobierno del Cardenal Ferrata. Alguno intervino con timidez y como dándose cuenta de lo aventurado de su proposición, se atrevió a decir que quizá las circunstancias aconsejaban interrumpir la costumbre de elegir un Papa italiano, y convenía elegir Papa entre los Cardenales pertenecientes a otras naciones. Aducía varias razones en favor de su opinión y citaba como muy aptos para ser elevados a la suprema dignidad de la Iglesia, a los Cardenales Van-Rossum y Mercier. Levantó este parecer grandes protestas entre los que formaban el grupo; sobre todo uno de ellos mostróse opuesto a la elección del Cardenal Mercier y después de una animada controversia con el que había propuesto la idea, cortó la discusión diciendo: «Si quieren elegir a un extranjero, que elijan al Cardenal Cos, que haría un hermoso Papa».

Poco antes del medio día del día quinto de Cónclave, se vió al fin sobre el techo de la Capilla Sixtina la *sfumata* blanca. La multitud que llenaba la plaza se arremolinó sobre la escalinata de la Basílica gritando «*e bianca, e bianca*». Momentos

después los servidores del Vaticano adornaron con un hermoso tapiz el balcón central de San Pedro y en diversas ventanas de los aposentos de la morada pontificia que miran a la plaza, comenzaron a aparecer cartelones en que aparecía el nombre del elegido, que la distancia no permitía leer con claridad, pero pronto cesaron las dudas. Por una de las ventanas apareció un gran cartelón en el que estaba dibujada una iglesia y todos comenzaron a decir con gran asombro *Della Chiesa es el elegido*. Su nombre no había sonado en ninguna combinación. Así se demostraba una vez más que Dios rige a su Iglesia por encima de todos los cálculos y previsiones humanas.

Poco después el Cardenal Della Volpe anunció solemnemente desde el balcón de San Pedro que había sido elegido Papa el Cardenal Della Chiesa y había tomado el nombre de Benedicto XV. Algunos decían que quizá por primera vez, desde 1870, el nuevo Papa daría la bendición desde el balcón que mira a la plaza, y un regimiento de Infantería que estaba al pie de la escalinata se preparó para presentar armas, pero prontamente se desvaneció la duda porque desde el Vaticano se avisó que la bendición se daría en el interior del templo. En él entró la muchedumbre que había concurrido a la plaza y esperó la llegada del Pontífice. Apareció el nuevo Papa acompañado de los Cardenales y se acercó a la tribuna de la nave central, desde donde con voz algo insegura y emocionada bendijo al pueblo. En aquel momento los Cardenales a quienes correspondió el lugar más próximo al Papa fueron los Cardenales españoles Cos y Guisasola.

Al día siguiente se presentó a Su Santidad el Sacro Colegio con el fin de hacer lo que se llama *la tercera adoración*, y después de los Cardenales fuimos admitidos los Obispos que a la sazón nos encontrábamos en Roma. Suele el Papa, cuando el Obispo que ante él se postra es personalmente conocido, dirigirle la palabra brevemente; pero como yo conocía al Papa muchos años antes de ser Arzobispo de Bolonia, me detuvo largo rato evocando los gratos recuerdos de su estancia en Salamanca, cuando era Secretario de la Nunciatura en Madrid, y preguntándome por el estado de cosas y personas de la ciudad que él había conocido. Al terminar el acto de la *adoración* me preguntaron varios Prelados italianos si yo había conocido al Papa en

fecha anterior. Les contesté que años atrás, cuando ambos ocupábamos cargos de categoría análoga, el Papa el de oficial de la Secretaría de Estado y yo el de Secretario del Obispado de Madrid, sosteníamos relación frecuente y cariñosa. Al salir de la sala *dei paramenti*, algunos de los asistentes me señalaron diciendo: «Es el amigo del Papa».

Después de la ceremonia de la Coronación de Benedicto XV volvieron los Cardenales españoles y los que les habíamos acompañado a Italia, a embarcar en el *Buenos Aires*, que esperó en el puerto de Génova nuestro regreso y llegamos a Barcelona sin haber sufrido el menor contratiempo en la travesía, a pesar de que la *gran guerra* rugía con furor cada vez más desatado.





XV

El ocaso.



EMEJA la vida una alta montaña, de base cubierta de ostentosa y florida vegetación, pero cuyas vertientes van siendo cada vez más áridas y penosas, hasta llegar a una cumbre estéril y peñascosa. El que comienza a subir esa montaña, vése halagado por la umbría de los bosques y el aroma de las flores; poco a poco la senda se hace más áspera, las flores dejan de recrear la vista, los árboles son escasos, el sol abrasa, hasta que, después de llegar trabajosamente a la cumbre, el viajero contempla cuán engañosas y efímeras fueron las delicias que en sus comienzos le ofrecía el camino, cuán laboriosa ha sido la subida y cuán triste y desolado se ofrece al final; y al alma que piensa y reflexiona sólo le queda para solaz de su melancolía la vista del cielo, que despliega sobre su cabeza magnificencias infinitamente superiores a las que puede ostentar la tierra que se extiende bajo sus pies.

Este sentimiento de resignada melancolía por las ilusiones desvanecidas y los desengaños recibidos y de esperanza consoladora en la bienaventuranza que se espera, es tanto más intenso cuanto mayor es la elevación de miras y más segura la conciencia del deber cumplido. El Sr. Cos, cuya alteza de miras fué siempre grande y que durante toda su vida estuvo animado de vehementes ansias de cumplir con exactitud sus deberes, no se sustrajo a la ley general, y a medida que avanzaba en la edad, sentía más intensamente la melancolía paciente y tranquila del que ve acercarse el ocaso de la vida, apenado por la tristeza natural que causan las desilusiones, las ingratitudes de los hom-

bres, las amargas que constituyen la obscura sombra que nos envuelve desde el tiempo de la juventud y se hace más densa y caliginosa en la vejez, pero con la paz de conciencia que engendra la convicción de haber deseado siempre el bien y de haberlo procurado con empeño.

Acostumbraba yo visitar al difunto Cardenal alguna que otra vez entre año, y aprovechando los pocos días que podía conversar conmigo, solía conceder vacación al familiar que le acompañaba de ordinario, y llevándome en su compañía a alguno de los pinares de las cercanías de Valladolid, allí, en la apacibilidad del campo, evocaba con delicia los tiempos lejanos de su estancia en Oviedo, las chistosas peripecias de su visita pastoral de la diócesis de Mondoñedo, las ocurrencias peregrinas de los negritos que acudían a visitarle en su mansión de Boniato en Cuba; y después de recordar hechos distantes y personas ya difuntas, decía con dejos de amargura que armonizaban muy bien con la melancolía del sol poniente, cuyos últimos rayos brillaban entre las copas de los pinos:

—Todos han desaparecido. ¡Qué pronto pasan los años! ¡Cómo se conoce que ya soy muy viejo!

Dios quiso probar los últimos años del Sr. Cos con pesadumbres y contrariedades diversas, que le fueron tanto más dolorosas cuanto los años habían aumentado su sensibilidad. La sólida y acendrada piedad del Cardenal le hizo buscar en estas tribulaciones refugio contra ellas en una mayor unión con Dios, y por eso sus oraciones eran cada día más prolijas. En los ratos de soledad dedicábase casi por entero a la práctica de actos piadosos.

En la primavera de 1918 fué atacado por una bronconeumonía doble, que puso en peligro su vida; mas la gravedad pasó pronto, sin que quizás el enfermo se hubiese dado cuenta de ella, y se repuso con más presteza de lo que podía presumirse en un anciano de ochenta años. Sin embargo, cuantos seguimos de cerca la enfermedad comprendimos que había dejado honda huella en aquel organismo, ya debilitado por una larga vida de constante trabajo.

Transcurrió lo que restaba de aquel año y una parte del siguiente sin que el eminentísimo Cardenal sufriese nuevas acometidas de la dolencia anterior, si bien frecuentes catarros bron-

quiales que le obligaban a guardar cama algunos días, demostraban que la enfermedad no abandonaba su presa.

El día 14 de Junio de 1919, a eso de las dos y media de la tarde, estaba yo tranquilamente en mi habitación de estudio leyendo, con algún trabajo, porque el día había estado caliginoso desde la mañana, y a medida que avanzaba la tarde ibase cubriendo el cielo con una nube tormentosa que difundía densa obscuridad, hasta el punto de parecer que se acercaba la noche.

En esto, repiqueteó fuertemente el teléfono y me avisaron desde la estación central que llamaban desde Valladolid e iban a ponerme en comunicación con el Palacio arzobispal, pero sólo por espacio de muy poco tiempo, porque la tempestad se echaba encima con formidable aspecto y era menester aislar los aparatos telefónicos.

Inmediatamente sentí la voz del Sr. Obispo auxiliar del eminentísimo Sr. Cardenal, que, apenas se cercioró de que estaba en comunicación conmigo me dijo:

—Venga V. inmediatamente.

—¿Qué ocurre?—contesté al punto—. Pero mis palabras sólo fueron contestadas por un trueno temeroso que ocasionó la súbita interrupción de la conferencia, por haber aislado los aparatos en la estación central.

La tempestad aumentaba en intensidad por momentos, llovía copiosamente y soplabá un viento huracanado; fué, por tanto, preciso esperar a que calmasen su furia los elementos. Transcurrían las horas sin que disminuyese el furor de aquella tempestad, una de las más duraderas que he conocido y que a mi impaciencia parecía inacabable. Al fin, a las seis y media pude montar en el automóvil; la lluvia no había cesado, pero caía en menos abundancia, y los truenos sonaban ya lejanos anunciando que la nube tempestuosa se había alejado hacia el Norte. Las carreteras estaban llenas de charcos que dificultaban la marcha del automóvil, y las cunetas parecían ríos; mas a pesar de eso, pude llegar a Valladolid al anochecer. Al llegar a Palacio me enteraron los familiares de que el Sr. Cardenal había experimentado un enfriamiento, y a consecuencia de él se había producido una irregularidad cardíaca que, en opinión de los dos médicos que le habían visitado, traería como conse-

cuencia la muerte en plazo breve. Avisaron al enfermo de mi llegada, y éste mandó que entrase inmediatamente.

La impresión que me causó fué muy dolorosa. Estaba sentado en un sillón, tenía el rostro desencajado y hablaba difícilmente con voz entrecortada por la fatiga. Quiso hablarme de varios asuntos y hacerme distintos encargos, pero no logré entender la mitad de lo que me dijo; sin embargo, me dí por enterado de todo para no fatigarle más.

Cerca de las doce de la noche pidió que le recostasen en la cama, y poco después, me retiré a la habitación que se me había destinado. Casi no pude conciliar el sueño en toda la noche; apenas me quedaba dormido me parecía oír que me avisaban de que el Sr. Cardenal se moría, y despertaba sobresaltado.

Al clarear el día fuí a visitar al enfermo, y los dos familiares que le habían velado me dijeron que había pasado la noche mucho mejor que las anteriores y que en aquel momento parecía dormir tranquilamente. Celebré muy temprano misa aquel día, que era domingo de la Santísima Trinidad, y cuando me avisaron que el Sr. Cardenal se había levantado entré a verlo. Había mejorado mucho, el rostro había recobrado su aspecto ordinario y hablaba sin fatiga. Me recibió risueño y estuvo largo rato hablando, sin mostrar cansancio. Parecía otro hombre distinto del de la noche anterior. A pesar de la mejoría creímos conveniente administrarle aquel día el Viático solemnemente, y lo propusimos al paciente, que accedió a ello con gusto, aunque manifestó que se encontraba mucho mejor.

En la tarde de aquel día traje procesionalmente desde la Catedral, acompañado del Cabildo y del clero de la ciudad, y seguido de un inmenso gentío, el Santo Viático, con toda la solemnidad que dispone el ceremonial de Obispos. Recibiólo el señor Cardenal vestido de roquete y muceta roja, y sentado en un sillón. Antes de recibir la Sagrada Forma quiso que su Obispo auxiliar leyese en su nombre una breve alocución dirigida al clero y fieles de la archidiócesis vallisoletana. En ella pedía a todos perdón por las faltas cometidas en el desempeño de su altísimo y difícil cargo, y les rogaba que pidiesen a Dios por su alma después de muerto. Después recibió de mi mano la Comunión, con muestras de grandísimo fervor, y quedó largo rato dando gracias al Señor por el favor recibido, mientras la proce-

sión regresaba a la Catedral, con la misma solemnidad con que había salido.

En los días siguientes continuó mejorando. En largas conferencias que celebró conmigo me encomendó el arreglo de varios asuntos y ordenamiento de papeles relacionados con una modificación que deseaba hacer en su testamento. Erame ya necesario volver a Salamanca para celebrar la fiesta del *Corpus*, y por esta razón aplacé para después de la octava de esta festividad el cumplimiento de los encargos que su eminencia tuvo a bien confiarme. Regresé a Valladolid pasados los días de las fiestas eucarísticas, y encontré al Sr. Cardenal muy repuesto. Ya salía a pasear en coche y estaba muy esperanzado de recobrar las fuerzas perdidas durante el verano, especialmente en Avilés, donde solía pasar los meses estivales y adonde tenía proyecto de marchar pronto. Estuve en Valladolid doce días, acompañando al enfermo en sus paseos y arreglando sus asuntos, conforme a las instrucciones que él me daba, y al cabo de ellos dispuse el retorno a Salamanca. Había comenzado ya el mes de Julio, apretaba el calor, y con el fin de evitar sus molestias, determiné salir de Valladolid a las cinco y media de la mañana, con el fin de llegar a Salamanca a eso de las ocho y celebrar misa en esta ciudad. Por esta razón me despedí del Sr. Cardenal por la noche del día anterior al de mi salida; pero cuando corridas ya las cinco y media, me dirigía apresuradamente por una de las galerías del Palacio arzobispal a montar en el automóvil, que hacía sonar su bocina en el patio, me avisaron que su eminencia se había levantado de la cama y deseaba despedirse nuevamente de mí. Apenas entré en su habitación, se incorporó en el sillón en que estaba sentado, abrió los brazos y me abrazó apretadamente. Estaba emocionadísimo y parecía no poder separarse de mí. Sin duda su corazón le decía que era la última vez que habíamos de vernos en esta vida, aunque yo entonces no lo creía así. Le prometí hacerle pronto una visita en Avilés, y con esto me desprendí de sus brazos y marché precipitadamente al coche que me esperaba. Durante todo el viaje no pude apartar de mí el recuerdo de aquella triste despedida.

La mejoría no fué definitiva ni mucho menos, y frecuentes alternativas hacían temer a la hora menos pensada una súbita agravación, que trajese por consecuencia la reaparición del pe-

ligro de muerte. Tuvo, sin embargo, el enfermo gran empeño en ir a Avilés, creyendo encontrar gran alivio en aquel clima marítimo, e hizo el viaje en ferrocarril, con grandes precauciones y acompañado de su médico. Al principio se encontró algo mejor; pero pronto volvieron a presentarse las peligrosas alternativas de antes, y al fin regresó a Valladolid en el mes de Septiembre, en peor estado que al comienzo del verano.

Quise ir a visitar al Sr. Cardenal mientras veraneaba en Avilés; pero me lo impidió una avería que sufrió mi automóvil al pasar por Comillas y la necesidad de regresar a Salamanca antes de haberla reparado por completo. En el mes de Septiembre y Octubre me ocupó la visita de varios arciprestazgos, y en todo este tiempo no pude cumplir la promesa hecha al despedirme del enfermo en el mes de Julio. Pensaba reparar esta omisión visitándole después del día de la Natividad del Señor y acompañarle durante aquellos días de Pascua que, por la misma razón de que son alegres para todos los que gozan de buena salud, suelen ser tristes para los enfermos a quienes no es dado participar del general regocijo; pero Dios no lo permitió. Dos o tres días después de la fiesta de la Inmaculada recibí una carta de Valladolid, en que se me decía que el Sr. Cardenal había experimentado una agravación en su enfermedad, y se atribuía esta agravación al tiempo frío y lluvioso.

El día 15 de Diciembre el Obispo auxiliar me comunicaba que el peligro se había presentado de nuevo, y que, en vista de ello, había recibido el enfermo nuevamente el Santo Viático sin solemnidad exterior; me decía también que si continuaba agravándose, me avisaría para que fuese a Valladolid. En la tarde de aquel día se me avisó telefónicamente que continuaba en el mismo estado de gravedad, si bien se había iniciado una leve mejoría. El día 16 las noticias fueron de que no parecía haberse agravado, y, por el contrario, continuaba la pequeña mejoría iniciada el día anterior, aunque ésta no se acentuaba, y, por lo mismo, no inspiraba confianza a los médicos. En la noche siguiente, a eso de la una de la madrugada, repiqueteó con fuerza el teléfono interior, que está instalado a la cabecera de mi cama; desperté un poco sobresaltado, y desde la portería me comunicaron que acababan de participar desde Valladolid que Su Eminencia había fallecido a las once de la noche.

Aquella mañana, después de ofrecer al Señor la misa en sufragio del difunto, emprendí el camino en dirección a Valladolid, con el fin de rendir el último tributo a mi querido metropolitano.

Celebráronse los funerales al tercer día, con gran sencillez y a canto gregoriano, como había dispuesto el difunto en su testamento, pero con toda la pompa oficial que demandaba su elevada jerarquía. Tributáronsele honores militares de capitán general que muere con mando en plaza; ofició el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Toledo, y asistimos todos los que habíamos sido Obispos sufragáneos suyos. Después del oficio de sepultura fué depositado el cadáver, según ordenaban las cláusulas testamentarias, en una fosa abierta en el pavimento de la capilla de San José, de la Catedral Metropolitana.

Al día siguiente mi querido amigo D. Rufino Blanco, me rogó que escribiese un artículo necrológico en honor del señor Cardenal, para que viese la luz pública en un número de *El Universo* que deseaba consagrar a la memoria del difunto. Deseando cumplir el encargo, me dediqué aquella noche a evocar el recuerdo de los episodios de la vida del ilustre Prelado que acababa de quedar sepultado en la humilde tumba de la capilla de San José y que yo conocía, y fueron tantos y tan interesantes los que acudieron a mi memoria, que me pareció oportuno darlos a conocer en esta serie de artículos que he publicado, a medida que me lo han permitido mis muchas y graves ocupaciones, totalmente reñidas con toda clase de empresas literarias, aun siendo tan modestas como la presente. Más que escribir una biografía del Sr. Cos, he procurado dibujar su carácter y dar a conocer el temple de su alma verdaderamente grande. Cuando tantas estatuas se levantan en honor de los que durante su vida acaudillaron ejércitos, ganaron batallas y llevaron tras de sí la desolación y la muerte, séame permitido elevar este humilde monumento de hojas de papel impresas para honra y gloria de una alma buena, elevada por Dios a las más altas dignidades de la Iglesia, que hizo cuanto pudo para cumplir su deber y por donde quiera que pasó derramó el bien a manos llenas.



A P É N D I C E

PARTIDA de bautismo del Emmo. Sr. Cardenal Cos.

Don Mateo Escogedo Salmón, cura ecónomo de la parroquia de Santa Eulalia de Cabuérniga, diócesis y provincia de Santander:

Certifico, que en un libro de bautismos que empieza el año de mil ochocientos treinta y cinco, y se guarda en este archivo, al folio treinta y dos y vuelto, se lee la partida siguiente:

Terán

José María

Justo

En el lugar de Terán Parroquia de Santa Eulalia Valle de Cabuérniga, Provincia y Obispado de Santander a nueve de Agosto de mil ochocientos treinta y ocho, yo Dn. Man.¹ Gon.^z del Piélago Pbro Cura Beneficiado de esta Parroq.^a de Sta. Eulalia con destino a el lugar de Terán y Selores, Bauticé Solemnen.^{te} Puse los Stos. Oleo y Crisma e hice las demas ceremonias q.^e el Ritual Romano dispone a un niño que nació el dia seis de dho mes y año a las once de la noche al que puse por nombre José María Justo: es hijo legítimo de Dn Isidro de Cos nral del lugar de Viaña en este Valle y de D.^a Fran.^{ca} Macho que lo es de la Villa de Pesquera Jurisdicción de Reynosa y vecinos que Son de este pueblo de Terán, de oficio labradores: Es nieto p.^r línea paterna de Dn Andres de Cos y de D.^a María Salceda ya difunta naturales y vecinos q.^e son y fueron del esp.^{do} lugar de Viaña: y por la materna de Dn Antonio Macho de Villegas nral de Rio Seco ya difunto y de D.^a Josefa Joquina de las Cuebas nral de la espresada Villa de Pesquera y vecinos que es y fueron de este dho lugar de Teran. Fueron sus padrinos Dn

Jose Fernz de los Rios y D.^a Teresa Calderon vecinos de Sopena y Teran de estados viudos y hacendados, a quienes advertí el Parentesco espiritual y demás obligaciones que contrajeron, y la Madrina le tocó al tiempo de echarle el agua. Fueron testigos Dn Man.¹ de la Vega y Dn Domingo del Rio, vecinos de Teran y Selores de oficio labradores y p.^a q.^e conste lo firmo dho día mes y año=Dn Man.¹ Gonz.^z del Pielago=Rubricado».

Así resulta del original a que me refiero.

corregido=linia=Entre lineas=viudos=Y para que conste a petición del M. I. S. Dr. Vicario General de esta diócesis, expido la presente en Terán a cinco de Octubre de mil novecientos veintitres.

(Firmado)

Hay un sello.

Mateo Escogedo Salmón.

(Rubricado)

CARTAS que se refieren al ofrecimiento del Arzobispado de Valencia

1.^a

Presidencia del Consejo de Ministros.—Particular.

Madrid, 12 de Julio 1905.

EXCMO. E ILMO. SR. D. JOSÉ MARIA DE COS.

Señor y amigo de toda mi veneración y respeto: Sentí muchísimo no poder ofrecer a V. mis respetos cuando estuvo aquí con motivo del casamiento del hijo de mi inolvidable amigo el señor Garnica. Si hubiera podido, no sólo hubiese tenido muchísimo gusto en ofrecérselos, sino en hablarle de lo siguiente:

Está vacante la silla Archiepiscopal de Valencia; se necesita para allí un Prelado de altas dotes y cristiana prudencia y de condiciones especiales de gobierno. Me he fijado en V. como que llenaría el desideratum, sobre este asunto, de este Gobierno, a que tengo el honor de pertenecer. El Sr. Ministro de Gracia y Justicia algo indicó sobre esto al muy reverendo Nuncio que acogió muy bien el pensamiento, mas es claro que para darle el trámite correspondiente, necesito contar con el consenti-

miento de V. que le ruego y agradeceré mucho que me lo preste. Los que como V. por sus altas dotes y singulares virtudes han llegado a las alturas de la jerarquía, más que a sí mismos, se deben al bien de la Iglesia; y en tan nobles sentimientos que tengo la seguridad de que a V. inspiran, fío yo para abrigar la esperanza de que su contestación ha de ser satisfactoria.

Me valgo de la máquina para escribir a V. porque con motivo de la vida atareadísima que estoy llevando estos días, tengo el pulso imposible y no podría V. leer mi mala e indescifrable letra; mas para el caso es completamente igual, pues su contenido no pasa de V. que la recibirá y de mí que se la trasmito por el mecanógrafo.

Mi señora y familia solicitan de V. su apostólica bendición, lo mismo que su afectísimo amigo y seguro servidor q. l. b. l. m.

2.^a carta

EXCMO. Y RVMO. SR. ARZOBISPO DE VALLADOLID.

Mi venerado hermano y querido amigo: He guardado hasta ahora la reserva con V. de un asunto que le concierne (y puede que V. lo haya extrañado) porque se me había hablado de la cosa como de una idea del Presidente del Consejo, y aunque me pareciera muy acertada y casi inspirada por la Providencia, quise esperar que se me hiciera una indicación positiva de las intenciones del Gobierno, pudiendo éstas modificarse antes. Efectivamente el Sr. Ministro de Gracia y Justicia me habló de las dificultades que el anterior nombramiento había dejado para la provisión de Valencia y en confidencia me dijo también que el señor Presidente, preocupándose mucho de buscar la solución más adecuada para las circunstancias locales y más conforme a los intereses religiosos y políticos de la referida diócesis, veía la necesidad de enviar allí a un Prelado ya maduro y experimentado, sabio, y no comprometido con partidos políticos y que no encontraba a ningún otro que reuniese como V. las referidas cualidades. Por mi parte me manifesté desde luego favorable a la idea del traslado de V. a Valencia, confirmando por propia experiencia la justa opinión del Presidente sobre sus dotes personales. Añadí pero que no sabía si V. aceptaría en el caso la propuesta,

y el Ministro me contestó que para lograr el intento confiaba en las amistosas relaciones del Sr. Montero Ríos con V. Mientras yo estaba esperando una ocasión para volver a hablar con el Ministro sobre este particular, me ha hecho él saber esta mañana por el Sr. Neyra que se había consultado a V. confidencialmente y recibida contestación negativa, y por eso me rogaba en nombre también del Presidente de ayudarles a remover a V. de su resistencia y a convencerle del servicio señalado que haría a la Iglesia y a la Patria, prestando su consentimiento para que el Gobierno le proponga a la Sta. Sede para la vacante de Valencia. Este es el fin de la presente que con mucho gusto he aceptado de escribirle, y muchísimo me alegraría si mi intervención obtuviera el deseado resultado.

Que Dios, pues, ilumine a V. y le anime a aceptar que se haga su presentación a la Sta. Sede. Puedo imaginar las razones que V. habrá expuesto en contrario y no me parecen invencibles; la más fundada creo que es la paz y tranquilidad de que disfruta en esa; pero por eso es un sacrificio que se le pide en bien de la Iglesia. Por otro lado la Sede de Valencia es más antigua y más importante; la ciudad de residencia más agradable y el clima más templado y estaría mejor aún para su salud.

No repare a las faltas habiendo escrito ésta muy de prisa. Esperando una buena contestación, me repito de V. muy atento seguro servidor y af.º hermano y amigo q. b. s. m.

A. Arzobispo de Heraclea,

Nuncio Aplico.

Madrid, 20 de Julio de 1905.

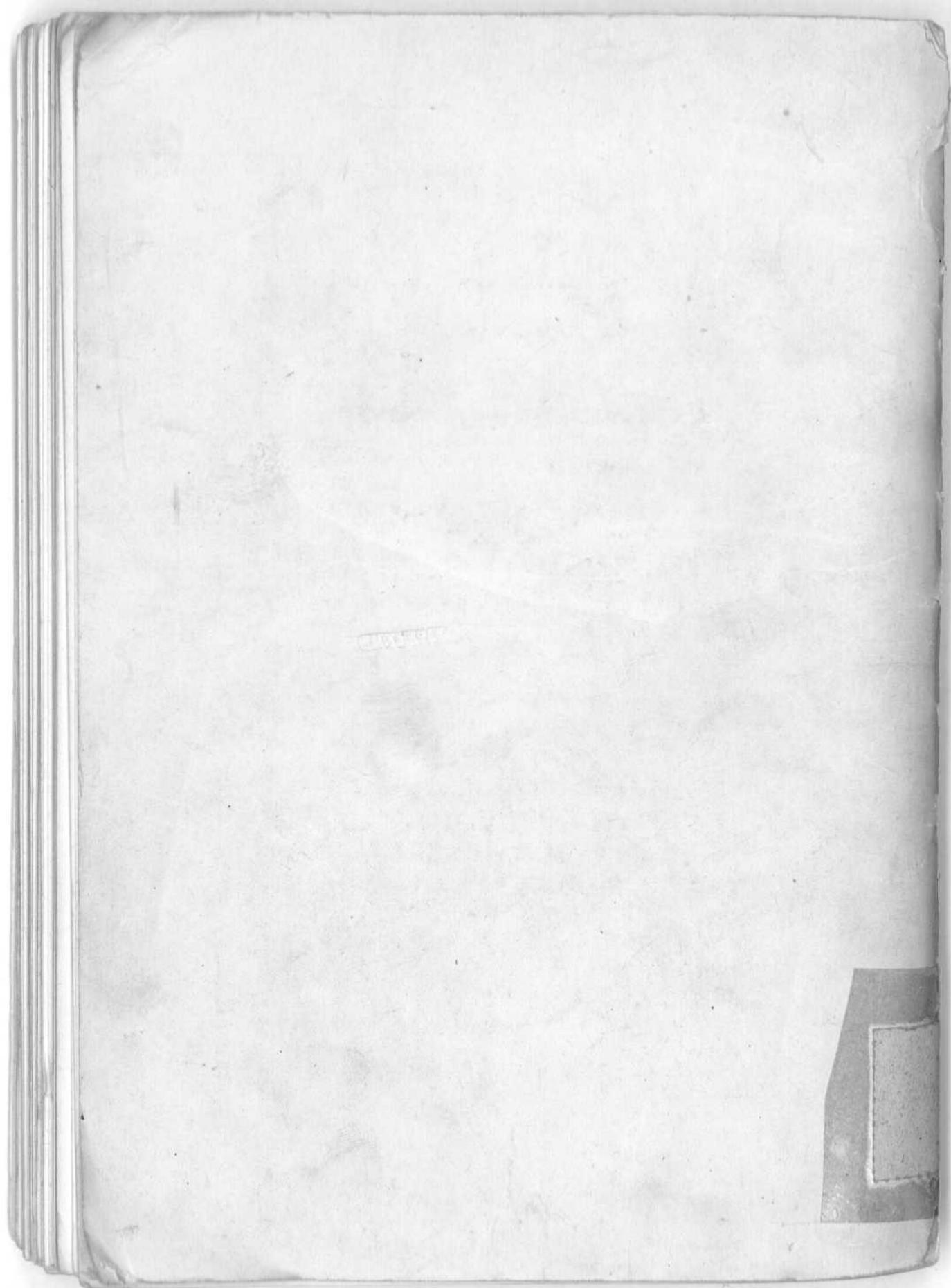
EPITAFIO QUE CUBRE EL SEPULCRO DEL EMMO. SR. CARDENAL COS .

EN LA CATEDRAL DE VALLADOLID

QVIETI · ET · MEMORIAE
IOSEPHI · MARIAE · COS · MACHO
DOMO · CABVERNIGA
VIRI · EMINENTISSIMI
DE · PATRIA · ET · DE · ECCLESIA
OPTIME · MERITI
PONTIFICIS · VALLISOLETAN ·
QVEM · PIVS · X̄ · PONT · MAX ·
IN · PATRVN · CARDINALIVM · COLEGIVM
COOPTAVIT
VIX · ANN · LXXXI · M · IV · D · X̄ ·
COMITATE · RELIGIONE · CONSILIO
ELOQVIO
LAVDEM · OMNEM · SUPERGRESSUS
DECESS · XVII · KAL · IANVAR · ANN · M · CM · XIX
DOMINO · BENE · MERENTI
TESTAMENTI · CVRATORES · HEREDES
F · C ·

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
A guisa de prólogo.....	v
I.—El amanecer.....	1
II.—Las primeras horas de la mañana.....	7
III.—A plena luz.....	13
IV.—Sol radiante.....	21
V.—Los esplendores del mediodía.....	31
VI.—Más allá del Atlántico.....	43
VII.—El sol en el cénit.....	51
VIII.—Horas meridianas.....	61
IX.—La hora de sexta.....	75
X.—Guerras y sequía.....	81
XI.—Hora de nona.....	87
XII.—Horas vespertinas.....	95
XIII.—Gloriosas iniciativas.....	103
XIV.—Un luminoso atardecer.....	111
XV.—El ocaso.....	123
Apéndice.....	131



SA

B
COS
die